

coleccion de
misterio y terror

MOLOBO

VIDAL FERNANDEZ SOLANO

hispa
B
hresca

EDICIÓN CORREGIDA Y AMPLIADA

MOLOBO

Vidal Fernández Solano

© Vidal Fernández Solano, 2019

© De esta edición: Bresca Editores, 2019

© Diseño de portada: Angélica McHarrell

www.mcharrell.com

Impreso en España

Queda terminantemente prohibida, salvo las excepciones previstas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y cualquier transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual según el Código Penal.

Para Inés y Mar, mis chicas favoritas

El que tiene miedo a la oscuridad no es el amo de su casa

Lars Kepler

La Vidente

La partida

Me llamo Jaime, aunque todos por aquí me llaman Jim, y nací en Valencia, Spain, como les suelo decir a las personas cuando me las presentan. Hace toda una vida mis padres, gracias a una posición económica muy holgada, me enviaron a estudiar finanzas a Estados Unidos, y aquí vivo desde entonces. Puedo decir que soy un hombre afortunado; nada más acabar mis estudios — con excelentes resultados—, me ofrecieron un trabajo de corredor de Bolsa y no dejé pasar la oportunidad.

Desde entonces vivo en la Gran Manzana, ganando dinero a espuestas, muchísimo, más de lo que me hubiera atrevido a soñar en mi juventud. Soy el envidiado propietario, si bien lo más exacto es decir «era», de un piso por el que hube de pagar una fortuna, doscientos metros cuadrados en uno de los barrios más caros, muy próximo a Central Park, un deportivo que vive aburrido en una plaza de aparcamiento puesto que el transporte público es lo mejor que se ha inventado para desplazarse en una gran urbe y un sinfín de comodidades. Esa es la ventaja de desenvolverse en el mundo de los negocios con N mayúscula.

Sin embargo, como casi todo en el mundo, este estado de complacencia superficial e indolente no es gratuito. Su precio: mi vida personal. Por supuesto, tengo media docena de amigos en mayor o menor grado de amistad. Eso me permite una vida social al uso, sábado en la noche. Algunas veces, si hay suerte, la noche no acaba en solitario; las más, no obstante, mi regreso al hogar va seguido de una resaca dominguera de grado medio o elevado en la escala Richter. Mucha gente mataría, literalmente, por disfrutar de una existencia como la mía. Todo pura apariencia: trabajo y más trabajo, con frecuencia hasta muy tarde, para retornar a la soledad de mi enorme y vacío hogar. No me casé, ni tuve hijos. Ni siquiera puedo gozar de la compañía de un perro o un gato. ¿Quién los cuidaría tantas horas al día como paso fuera de casa? Me temo que acabarían enloqueciendo o falleciendo, reducidos al ostracismo.

Mi familia, allí en España, fue menguando, primero murieron mis padres y de mi único hermano hace años que no tengo noticias. Con mis amistades

comparto juergas, confidencias —a falta de una compañera con quien sincerarme a diario—, vacaciones ocasionales. Cuando me detengo a pensarlo me doy cuenta de que, en realidad, más que amigos son conocidos. No puedo decir que tenga a nadie en quien confíe ciega e íntimamente. He aquí un alma solitaria, podríamos decir.

Esta existencia plana y monótona cambió hace unos meses, a media mañana en la oficina. Me empecé a sentir mal, mareado y con el estómago revuelto. Si hubiese sido lunes hubiera pensado en una resaca más pesada de lo normal, pero no lo era. También se me pasó por la cabeza una digestión mal finiquitada, pero el desayuno que había tomado, como casi todos los días hasta entonces, había sido más bien frugal. Sin embargo levanté el auricular del teléfono y marqué la extensión de mi secretaria, sentada unos metros más allá, fuera de la puerta de mi despacho. Ellen contestó con esa voz pretendidamente complaciente que usan todas las secretarias, al menos en la correduría donde yo trabajo.

—Dime, jefe.

Odio que me llamen así, pero hace ya mucho tiempo desistí de intentar convencerla para que utilice mi nombre.

—Me parece que me ha sentado mal el desayuno. Creo que voy a tener que visitar el cuarto de baño para sacarlo de donde está. Si no te importa prepararme una manzanilla para después te estaría muy agradecido.

—Tus deseos son órdenes. Por descontado que no me importa. Para eso, entre otro millón de cosas, es para lo que me pagas.

Siempre tenía que sacar a relucir su extrema eficiencia y disponibilidad. Sin embargo, su actitud dejó de irritarme poco después de entrar a trabajar para mí. En realidad sí que era eficiente, a pesar de toda esa colección de molestos «defectillos».

Iba a replicar algo, aunque si he de ser sincero no me acuerdo de lo que era. Un dolor punzante en el pecho me hizo tragar las palabras. Ni siquiera fui consciente de haber perdido la consciencia. Según supe después, lo que encontró Ellen cuando tocó a la puerta del despacho infusión en mano era yo, patas arriba, sin sentido y sin pulso.

—Ha sido un amago de infarto, señor —dijo el médico cuando juzgó que le estaba escuchando tras abrir los ojos en medio de una espesa nube de calmantes. La habitación aséptica del hospital no hizo más fácil que me ubicara y el médico me puso al día con un breve párrafo—. No muy grave,

pero por algo se empieza. Desde mi punto de vista, tiene usted dos opciones, pero yo lo reduciría: una, seguir como hasta ahora jugando a la ruleta rusa y confiar en su suerte. Puede que no pase nada y llegue a ser más viejo que yo mismo, pero no pierda de vista que ahí dentro —señaló mi pecho— lleva usted un arma cargada; la otra, despedirse de su rutina y comprar otra nueva, edificada sobre unos cimientos de tranquilidad y en un estilo sano y natural, ya me entiende: nada de comida basura, un poco de ejercicio... Sabe a lo que me estoy refiriendo, ¿verdad?

Filosofar sobre el estrés de la sociedad moderna y sus inconvenientes era justo lo que menos me apetecía en aquel momento, pero por lo que fuese no me vi con ánimo de contradecirle: para eso el médico era él.

—Sí doctor, lo sé, pero yo no lo veo tan fácil como pueda parecerle.

—No es una cuestión de facilidad —replicó con ese aire indiferente que usan todos los de su profesión—, sino de supervivencia. Usted mismo.

De modo que lo pensé. Traspasar esa zona de confort constituyó una de las mayores proezas de la que puedo alardear, pero al final, tras una larga serie de desvelos, decidí que quería darme la oportunidad de alcanzar una honorable vejez, disfrutar del dinero ganado a costa de tanto trabajar a destajo y quién sabe, quizás conocer a una mujer... Así que vendí —muy bien, he de admitirlo— mi piso y mi coche, y compré un todoterreno y una casita con un generoso terreno lleno de bosques en Hazard (sí, sí, la de la canción), Nebraska. Bueno, en realidad está en medio de la montaña a unos diez kilómetros del pueblo. El vecino más cercano tenía (y sigue teniendo) su granja a unos diez minutos por carretera —y una aventura indómita si uno lo hace bosque a través— de mi casa.

Hace tres meses me mudé. Dicho así suena a poco. Trasladar la vida urbanita al campo es mil veces peor que desintoxicarse de las drogas o el alcohol.

Sin embargo el día que llegué aquí me pareció el colmo de la felicidad: respirando aire sin contaminar, después de acabar con la mudanza —que no el desempaque— y tenía la sana intención de ponerme manos a la obra para arreglar un poco la casa, porque estaba más bien abandonada. Había pertenecido a un anciano matrimonio cuya hija vivía en la costa y no quería saber nada del aire puro. Unos van, otros vienen. Quizás pudiese encontrar un trabajito en el pueblo, nada especial, pero así podría llenar mis días y darme la ocasión de tratar con gente.

Regreso

—Si me alcanzas, tendrás tu premio —ella reía mientras iba corriendo entre los árboles del bosque; él la seguía a poca distancia, resollando. Había bebido demasiado y no le apetecía la carrerita, pero la perspectiva del premio lo impulsaba, a pesar de todo, a seguir adelante ladera arriba, entre los oscuros troncos de los árboles.

La luna brillaba con fuerza en el cielo, pero una vez traspasado el límite del bosque el juego se había tornado en una carrera de obstáculos. Mucho había presumido de conocer la zona como la palma de su mano. Billy tropezó y cayó de bruces. En la caída se arañó todas las partes al descubierto de su cuerpo además de alguna que no estaba a la vista. Con gran esfuerzo recuperó la verticalidad y bufó:

—Como no pares de correr, no me van a quedar fuerzas para disfrutar de mi recompensa.

Taylor se echó a reír. Esa risa juguetona que invitaba a algo más le llamó desde algo más arriba.

—Está bien, ya he parado —se recostó contra un grueso tronco, en actitud de gatita mimosa. Unos minutos después, él llegó y se apoyó en el árbol frente a ella, tan cerca que ella tragó el aliento lleno de alcohol.

—¿Y ahora qué? —Él comenzó a restregarse con lascivia contra el cuerpo femenino. En ocasiones anteriores se había detenido en detalles más tiernos, como a ella le gustaba, pero después de la accidentada persecución no se sentía con ganas de preliminares—. Ya te he alcanzado —apretó su cuerpo un poco más contra el de la chica, saboreando la excitación.

—No seas tan impaciente. Tenemos toda la noche por delante...

Si no hubiese estado tan colocado y hubiera bebido menos, se habría tomado mejor la observación de Taylor. Ella también llevaba lo suyo. Las sílabas salían a borbotones por su boca y arrastraba las palabras al hablar, pero ninguno de los dos estaba en condiciones de apreciarlo.

—No sé si ha sido una buena idea venir al bosque de noche. Podíamos haber ido a cualquier otro lado.

—No seas cagón, tío. Aquí tenemos toda la intimidad del mundo. A no ser que

te dé corte que te miren los búhos... —sonrió con picardía—. Mira lo que he traído.

Abrió su pequeño bolso y extrajo un porro y un mechero. Billy sonrió. Él había traído un par de preservativos. Taylor lo encendió y aspiró profundamente.

—Primero nos entonamos un poco y luego... bueno, no hemos venido a observar la naturaleza ¿verdad?

—¡Qué tonto eres a veces! Anda, toma.

Él dio un par de caladas muy largas. Mientras el humo inundaba sus pulmones, sintió que el cansancio se retiraba y se recargaba de energía. Esa noche lo iban a pasar muy bien, con mayúsculas, los dos. Una vez más, dejó que el humo le llenara por dentro. Estaba un poco atontado, pero eufórico al máximo. Su entropierna lo confirmaba.

Ella le sacó la camisa de los pantalones e introdujo las manos dentro de la misma, recorriendo su pecho y su espalda. Él comenzó a jadear y se tensó como un puma, saboreando la caricia.

—Eso es, nena, desnúdame despacio, quiero sentirte mu...

El impacto fue de tal magnitud que ambos se elevaron unos centímetros en el aire antes de volver a caer contra el suelo. Cuando Billy abrió los ojos, sin saber qué había pasado, vio a la chica. Había caído algo más lejos, y debía de haber chocado en un tronco, por lo que parecía. Estaba allí sentada, atontada por el golpe, la borrachera y la conmoción. En su rostro se empezó a dibujar una expresión mezcla de sorpresa y horror, mientras le miraba. No, no era a él a quien miraba, sino algo detrás de él. Empezó a gritar como una posea, se incorporó trastabillando y salió corriendo a través del bosque, alejándose, como alma que lleva el diablo, sin mirar hacia atrás.

—Pero ¿Qué coñ...? —antes de poder ponerse en pie, se vio, de manera inexplicable, volando de nuevo. Un segundo después llegó el dolor, agudo e insufrible.

El segundo golpe le alcanzó en la parte baja del esternón, estrellándose contra el árbol en el que estaba apoyado tan sólo un momento antes. Ya no quedaba nada de la erección, ni del porro, ni de la agradable sensación tóxica del alcohol. Solo un dolor insoportable y la sensación difusa de que las cosas no solo no iban bien para él, sino de que ese era el último lío en que se iba a meter en su vida. Sin embargo, embotado como estaba por la droga y el alcohol, no era consciente del alcance de sus lesiones. Ni de lo poco que

quedaba de su miserable existencia.

Se puso en pie con dificultad, y miró hacia abajo. Las sombras de las copas de los árboles no permitían ver con claridad y le costó discernir lo que había a sus pies, sobre la hojarasca.

En medio de un gran charco de sangre, flotaban sus tripas. Los intestinos, el estómago, el hígado... ¿Cómo habían ido a parar allí? Mientras la luz se apagaba en sus ojos, no tuvo tiempo a volverse para ver lo que se le venía encima.

Toma de contacto

Me levanté de un humor estupendo, en una fresca mañana del mes de mayo. En las montañas el invierno remolonea unas pocas semanas más antes de marcharse y Hazard no era una excepción. Había traído la comida justa para pasar mi primer día de mi nueva vida, esa tan relajada que había planeado. Como primera obligación, antes de poner un poco en orden mis pertenencias y el escaso mobiliario que había traído conmigo de la gran urbe, tenía que bajar al pueblo para amueblar también la nevera y la despensa. Sin embargo, cambié de opinión nada más asomarme a la ventana de la cocina, mientras humeaba el café. «Más avanzada la mañana me acercaré, ahora voy a darme una vuelta por mi flamante propiedad», fue el plan que tracé en mi mente.

Cogí la chaqueta y salí con la tostada aún en la mano y los cacharros que había utilizado en el fregadero, como el buen amo de casa desastroso en que pretendía convertirme. Ya los lavaría más tarde.

La casa se encontraba en un claro que habían abierto en el bosque, que medía unos doscientos metros de lado a lado. Toda una pradera solo para mí. No existía ningún tipo de valla delimitadora, aunque en medio de la montaña tampoco imaginé qué utilidad hubiera tenido. Detrás de la casa, típica construcción de madera elevada sobre pilotes y con un porche delantero, había un huerto abandonado que me prometí a mí mismo recuperar y así disponer de hortalizas frescas. Había, así mismo, un pozo y un pequeño cobertizo para herramientas, vacío y con la puerta descolgada.

Me acerqué al lindero del bosque. Mis oídos no estaban acostumbrados a tanto silencio. Quiero decir que echaba en falta el barullo urbano, porque realmente no había silencio; se oía la brisa retozando entre el ramaje de los árboles, millones de pájaros cantando... y a lo lejos me parecía escuchar el agua correr. A ojos de alguien que siempre haya vivido en un medio rural puede parecer a una idiotez, pero un espíritu cosmopolita como el mío solo había escuchado correr el agua en el grifo o en una fuente. Con toda probabilidad dentro del bosque habría un arroyo o algo similar. Dentro de mi propiedad, ni más ni menos. Convertirme el dueño de un pedazo de arroyo y de bosque en ese momento significó más que poseer una planta entera del Empire State. Una

vez hubiera acabado de adecentar los alrededores de la casa, me pondría el casco de explorador y echaría un ojo por ahí; el espíritu aventurero olvidado desde mi niñez corría por mis venas viento en popa.

Cuando el sol se elevó en el firmamento, subí al coche y enfilé el camino de tierra que llevaba a la carretera, unos trescientos metros más abajo por la ladera. Un letrero viejo como el mundo indicaba que debía tomarla hacia la izquierda.

En diez minutos estaba en el pueblo. En la calle principal —tampoco es que hubiera gran cantidad de ellas—, apenas dos o tres automóviles transitaban. Aparqué y me dirigí al «almacén» del pueblo, de esos donde se vende de todo lo que uno pueda necesitar. Y si no lo tienen, te lo encargan, «no problem, man».

Detrás del mostrador una joven sonriente levantó la vista de unos papeles que estaba revisando. Uno de los mechones rubios que conformaban su media melena cayó hasta colocarse entre un par de ojos de un azul violáceo como pocas veces he visto en mi vida.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle?

Salí de mi ensueño para regresar al mundo que se había esfumado durante unos instantes. Había ido a reponer provisiones, no a embelesarme con jovencitas rubias de ojos llamativos.

—Me acabo de mudar y necesito algo de comida, herramientas y algunas cosas más. Voy a echar un ojo por la tienda e intentar encontrarlo todo por mí mismo. Si preciso ayuda se lo haré saber. Supongo que no habrá inconveniente alguno. Ella negó con la cabeza antes de concentrarse de nuevo en lo que fuese que estuviera haciendo y yo me detuve unos instantes, mirándola. Tras un segundo examen visual, me di cuenta de dos cosas: una, que era una verdadera belleza, y dos, que esta Blancanieves era mucho más joven de lo que yo había apreciado a simple vista. Casi una niña.

Terminé de hacer la compra, con éxito, debo decir, excepto por un poco de malla mosquitera que era incapaz de encontrar y necesitaba para reparar la puerta de atrás, la que daba de la cocina al huerto, esa puerta que dejabas abierta en verano para que corra el aire sin que entren visitantes sin invitación. Me dirigí al mostrador y le pregunté a la muchacha:

—Perdona, necesito un par de metros de tela antimosquitos, pero no la veo por ninguna parte. ¿Me puedes ayudar?

—Espere aquí un segundo —dijo ella tras hacer un mohín pensativo—. Creo

que nos queda algo en la trastienda.

Y desapareció por una puerta que había al final del mostrador. Me entretuve mirando los papeles que tan absorta la tenían. Albaranes de compra. En los estantes detrás del mostrador había tarros de vidrio llenos de golosinas de todos los colores y formas. El cebo perfecto para niños y madres con parada obligatoria en la caja registradora.

—Buenos días señor. ¿Buscaba algo?

Me sobresalté al oír la voz femenina a mis espaldas. No había visto a nadie en la tienda ni la campanilla de la entrada había avisado de la llegada de alguien mientras yo compraba. Al volverme para comprobar quién era la dueña de la juvenil voz, me quedé de piedra. Era la chica del mostrador. La que se había ido a la trastienda hacía apenas diez segundos.

Ella permanecía allí, esperando una respuesta. Y yo sin poder reaccionar, pensando cómo podía haber dado la vuelta entera a la tienda en menos que canta un gallo. La muchacha esbozó una mueca divertida ante lo que debía de ser una expresión de estupefacción absoluta. Una «cara de tonto», para abreviar.

—Aquí tiene. ¿Dos metros le bastan? Es lo que me queda.

Ahora estaba detrás del mostrador de nuevo. Las miré sucesivamente a las dos. ¡Qué tonto! Eran gemelas. Por un momento había barajado ideas absurdas. Empezaba a ver ovnis. Debía de ser el aire del campo.

Cuando vieron la expresión, primero confundida, luego aliviada, de mi cara, se echaron a reír. Tenían una risa contagiosa, de modo que me uní al coro.

—No se enfade —dijo la que acababa de llegar—. Es una broma que siempre gastamos cuando entra alguien nuevo. No lo hacemos con mala intención.

Lejos de enfadarme, encontré la ocurrencia divertida. Decidí presentarme. Tenía la lejana idea de que en los pueblos era lo más adecuado. Para ser sincero, no sé de dónde había sacado ese estúpido prejuicio.

—Tranquilas, es muy ingenioso. Me llamo Jaime Pons, Jim.

Les tendí la mano. En el mundo de los negocios es lo adecuado. Las viejas costumbres se resisten a ser olvidadas.

—Nosotras nos llamamos Tracie y Stacie. Nos encargamos de la tienda cuando nuestra madre tiene que hacer algún recado —dijo Tracie, la que me había atendido primero—, pero normalmente es ella la que está aquí. Si viene usted otro día no le mencione lo del numerito, por favor. No le hace ni pizca de gracia que tomemos el pelo a los clientes. Menos aún a los forasteros.

—En realidad no soy del todo forastero, pero no lo haré, prometido. Parecéis muy jóvenes. ¿No deberíais estar en el instituto?

Cruzaron una mirada llena de misterio. De esas que preceden a un chisme local.

—Hoy han suspendido las clases. Por lo de la investigación del sheriff.

Investigación. Sheriff. No parecía que un pueblo tan diminuto diese para tanto.

—¿Investigación? ¿Es que ha pasado algo?

—En realidad no, pero como la protagonista fue la hija del sheriff, pues ya sabe, no es lo mismo...

Madre de Dios. En aquel pueblo había materia para varias telenovelas.

—Perdonadme si soy cotilla, pero me he instalado aquí ayer y quisiera ir poniéndome al corriente de la vida en el pueblo. ¿Me lo contáis o está reservado para no forasteros?

Sus sonrisas se hicieron más amplias. La ocasión de chismorrear un poco no se desperdicia, y más en un pueblo pequeño y aburrido. Antes de comenzar, me hicieron prometer una vez más que guardaría el secreto bajo tortura china. En este caso fue Stacie la que me fue introduciendo en situación.

—Fue hace una semana, más o menos. Taylor, la hija del sheriff, va a clase con nosotras, ¿sabe? Bueno, pues, como le decía, se fue con Billy Evans, su novio...

—Es su novio, pero su padre no lo sabe —puntualizó Tracie.

—Eso es una bobada, todo el mundo lo sabe. Y no me interrumpas, la que está contando la historia soy yo, ¿no? El caso es que los dos se fueron a las afueras, cerca de esa casa que dicen que está maldita...

—Nadie dice que está maldita, eso son cosas de la abuela, pero ya sabes que está un poco pirada.

En medio minuto mi cabeza había amenazado con entrar en cortocircuito a causa del rápido intercambio de detalles y el flujo ingente de información. Lamenté no haber comprado una libreta y un lápiz para ir tomando notas.

—¿Quieres callarte y dejarme acabar? —Stacie parecía realmente ofendida—. Se fueron allí a... enrollarse, ya sabe lo que quiero decir, en el coche del padre de Billy. Billy es mayor, ya tiene carnet, como tiene diecisiete... El caso es que cuando estaban allí algo pasó. Taylor dice que les atacaron unos extraterrestres o algo así. La verdad es que yo creo que estaban los dos colocados y discutieron o lo que sea. El caso es que ella salió corriendo hasta la carretera, donde la recogió un coche, y Billy no ha vuelto a aparecer desde

entonces. El coche del padre lo encontraron estrellado contra un árbol del bosque, pero no había ni rastro del chico. Nosotras creemos que seguramente se había fumado un par de petas y se la dio con el coche y como se lleva fatal con su viejo se ha marchado para evitar la paliza.

Soy capaz de memorizar millones de datos sin esfuerzo. Números, empresas, cotizaciones... En el caso «Taylor-Billy», ya me había extraviado a la mitad de la perorata.

—Es que el padre de Billy es un borracho, y como su madre murió, el chico es un bala perdida, eso es lo que dice mamá. Bueno, y la abuela también. Muchas veces Billy ha amenazado con irse de este pueblo de mierda, y yo creo que es lo que ha hecho. Y hoy el sheriff y su ayudante han ido a la escuela a preguntarnos uno por uno si sabíamos algo que Taylor no hubiera dicho. Luego nos han mandado a casa con el resto del día libre.

Me llevó un eterno medio minuto en reorganizarlo todo en mi mente. No obstante, entre tanto parloteo, no se me había escapado un detalle.

—¿Y decís que también tenéis una casa encantada en este pueblo? Qué interesante. Ya que estamos, y como no tengo prisa, soy todo oídos.

Otra mirada cómplice. Más información que suministrar al «forastero» de turno.

—Encantada no —rectificó Stacie—. He dicho maldita. Tenemos una abuela que se supone que es vidente, al menos eso dice ella, aunque casi todo el mundo en el pueblo piensa que está un poco loca. Nosotras en realidad nunca hemos presenciado ninguna de sus «experiencias», como las llama ella. Tampoco nos lo ha permitido, dice que no tenemos edad y que nos lo tomamos demasiado a broma. Pero es muy buena persona, no crea. Un poco extraña, pero muy cariñosa. Es ella quien dice que un espíritu maligno habita esa casa...

—Eso no es lo que digo, querida, si no te enteras bien de las cosas por lo menos no le des información errónea a personas que desconoces.

Los tres volvimos la cabeza al mismo tiempo. Por la puerta habían entrado dos mujeres, una de mediana edad y otra mayor, que era la que había hablado. La más joven llevaba el pelo castaño recogido de manera distraída en un moño. Era delgada y de buena presencia, pero con una expresión en la cara que indicaba que era mejor no acercarse mucho por si mordía. Sus ojos acusaban sin duda alguna a las gemelas. Cuando se percató de que yo la observaba, disimuló rebuscando algo inexistente dentro del bolso. Como no parecía

encontrarlo, levantó la cabeza y se dirigió a las chicas. Si se pudiera cortar tejido y huesos con el tono de voz, prefiero no imaginar en qué se habría convertido aquella escena.

—Os he dicho mil veces que no molestéis a los clientes con vuestras tonterías, seguro que este señor tiene cosas mejores que hacer que aguantar las estupideces de dos niñas tontas —acababa de conocer a su madre, evidentemente—. Ya hablaremos después. Perdónelas usted —se dirigió a mí—, por más que una dice las cosas...

Pensé que lo más cortés y diplomático en una candorosa escena familiar como aquella sería quitarle hierro al asunto.

—Descuide —respondí—no me estaban molestando en absoluto. Mi nombre es Jim, me acabo de instalar en el pueblo, así que tampoco tengo nada mejor que hacer hasta que encuentre un trabajo. Por ahora las labores caseras ocuparán mis días por completo —la idea de suministrar un poco de información a cambio me pareció justa—, fíjese que interesante.

—Yo soy Paulette Perkins—intervino la mujer mayor. Era una mujer menuda y sonriente, de pelo gris, sesentona y elegante, nada similar a la loca desquiciada que me habían pintado las muchachas—y esta es mi hija Anette. A mis nietas ya las conoce. Desde que el marido de Anette se fue, están un poco dejadas, una mujer sola no puede atender el negocio, ocuparse de su casa y además educar a dos adolescentes chismosas que van dejando mal a su abuela. Desde luego, ni en sueños podría yo haber imaginado una mañana tan bien aprovechada como aquella. A ese paso, en menos de una semana podría llevar un archivo con las intimidades de todos los vecinos del pueblo. Ni asombrado ni estupefacto. No me veo capaz de describir cómo me sentía allí, en medio de semejante «desnudo» familiar. Si me hubieran pinchado, no habría dejado caer ni una gota de sangre.

—¡Mamá!—Anette le dirigió una mirada furiosa a su madre—. No tengo bastante con mis hijas para que tú también te pongas a airear los asuntos de la familia. Discúlpeme, Jim —se sonrojó mientras me tendía la mano. He leído sobre tribus perdidas que ejercen la imposición de manos como medio de aceptación en el grupo, pero jamás pensé que eso siguiese vigente en la Norteamérica contemporánea—, estoy encantada de conocerle. Como puede ver estoy rodeada de niñas pequeñas. Venid conmigo un momento a la trastienda, pequeñas arpías charlatanas, creo que es el momento de tener una conversación madre-hijas de carácter urgente. ¿Te importa quedarte diez

minutos en la tienda, mamá?

—Para nada, querida, este joven me hará compañía.

Así que me quedé a solas con aquella mujer, cuyos ojos emanaban serenidad.

—¿Está usted de paso por el pueblo?

—En realidad no. Soy un nuevo vecino. Recién acabo de instalarme.

Me miró de un modo extraño, similar a un escáner registrando hasta el último detalle de mi persona de arriba abajo. En realidad, la sensación que tuve es que también me estaba examinando «por dentro». No deja de ser una estupidez, pero así fue.

—De modo que acaba de unirse a esta pequeña población. Dígame, ¿dónde vive?

—Ayer mismo estrené mi nuevo hogar. Por eso he venido a aprovisionarme. Vivo en la montaña, en la casa que antes era de los Wilson.

La sonrisa desapareció. Su rostro se contorsionó de tal manera que no reconocía a la anciana bondadosa y afable que había tenido ante mí unos momentos antes.

—No debe usted vivir allí. Le acecha un grave peligro que amenaza su vida. Un mal enorme se cierne sobre esa casa...

Ajá. Habíamos llegado al meollo de la cuestión. Después de todo, quizás sí estuviese un poco trastornada.

—Perdone, yo respeto las creencias de todo el mundo, pero no creo en el espiritismo y todo eso. Ya me han dicho sus nietas...

—¡Usted ignora de lo que habla! —El exabrupto me dejó las palabras congeladas en los labios—. Porque sea una vieja no quiere decir que esté loca. ¡Debe salir de allí hoy mismo. —Empezó a gritar como una posesa y yo sentí que debía desaparecer en ese mismo instante—. ¡Morirá como los otros! ¡No sea insensato! ¡Escúcheme bien! ¡Váyase a vivir a otro sitio!

—Lo siento, se me hace tarde —logré balbucear, confuso y amedrentado por aquel estallido emocional—ha sido un placer...

Salí de la tienda como alma que lleva el diablo, avergonzado como un niño pequeño al que pillan robando un caramelo. Había cometido una falta de tacto con aquella mujer, al fin y al cabo sólo era una abuela, y yo había dudado de su cordura y de su credibilidad, huyendo como una rata cobarde. Una vez en el coche me sentí un poco mejor y volví a casa.

Vecinos lejanos

Cuando llegué había una camioneta aparcada frente a mi casa. Tenía tanto barro encima que no se podía afirmar de qué color era. A fecha de hoy aún no lo he averiguado, para ser sincero.

Un hombre con un ridículo sombrero de paja y ataviado con un peto que competía en limpieza con la camioneta estaba husmeando por la ventana del porche dentro de mi casa. Era un individuo alto, delgado, de cabello canoso y desgreñado. Aparentaba ser de mediana edad, cincuenta y bastantes, mal afeitado y peor encarado.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle en algo?

—¿Es usted el nuevo inquilino de esta casa?

No hay cosa que más deteste que un entrometido que encima es descarado.

—¿Y con quién tengo el honor de compartir esa información?

La cogió al vuelo. No era tan botarate como me había parecido en un primer momento. La expresión de su cara cambió. El aspecto zafio que tenía se suavizó un poco. Al mirarme, puede apreciar en aquellos ojos un destello de inteligencia, tristeza quizás, y también otra cosa que no supe identificar.

—Lo siento, tiene razón. Estas no son maneras. Aquí no estamos acostumbrados a visitas y me temo que mis modales no están afinados. Me llamo Herbert Kelly, Herb, y vivo en la granja que hay dos kilómetros más arriba, supongo que habrá visto el camino que sale de la carretera cuando ha venido aquí.

Lo había visto, desde luego. Yo no lo hubiera llamado «camino», pero ahí estaba. Y, según parecía, además de las cabras era transitado por aquel trasto sucio y desastroso. La camioneta, quiero decir.

—Yo soy Jim—le tendí la mano—y no soy el nuevo inquilino, sino el propietario. Me he mudado ayer. Perdone si he sido brusco, yo tampoco estoy aún adaptado al cambio de rutina. Puesto que vivimos al lado —«¿Al lado? debes de estar loco, compadre», pensé al instante. Pero mantuve la cara de póker. Ir entablando relaciones en un entorno extraño es siempre lo más conveniente—, quizá pueda usted ayudarme un poco. A aclimatarme, vengo de la ciudad y todo me resulta ajeno, a conocer a la gente del lugar o las costumbres que tienen por acá. De paso, no me vendría mal encontrar un empleo, pero no sé dónde dirigirme y si usted supiera de algo... Pase y hablemos un rato si quiere. Lo único que puedo ofrecerle de momento es una cerveza. Y no me trate de usted, se lo ruego. A partir de ahora nos veremos con cierta frecuencia, supongo.

Herb no parecía suponer lo mismo. Si había apreciado mi tosco intento de romper el hielo no lo demostró. Ni siquiera hizo ademán de moverse ni un centímetro.

—Ahora no puedo quedarme, Jim, discúlpame. Tengo que volver al trabajo. Cultivo unas tierras al otro lado del río y las estamos desbrozando y abonando, mis hijos y yo, quiero decir, tengo mujer y dos hijos. Ven un día a comer y así podrás conocerlos. Para lo del trabajo yo en tu lugar me acercaría a la oficina del sheriff. Tengo entendido que la vieja señorita Jennings se va a jubilar y dejará libre su puesto de administrativo y telefonista. Tienes pinta de ratón de oficina más que de campesino, si me permites la observación. De todos modos, en caso de que necesites una mano con la casa o con lo que sea no dudes en avisarnos. Por cierto, ¿vives solo o tienes familia?

Vaya. Pues sí que íbamos intimando rápido. Cada minuto quedaba más claro que los parámetros de comportamiento entre las gentes de aquel pueblo y los míos vibraban en una frecuencia de onda muy diferente.

—Solo. No estoy casado ni tengo hijos.

—Si yo fuera tú compraría un perro; el invierno es muy largo y hay veces que nos quedamos incomunicados por unos días. Y de paso, hazte con un arma —dudó unos instantes antes de seguir, tratando de decidir si revelar más información o guardarla para otro momento—. Ya sabrás lo de las desapariciones y todo eso. Es difícil ir al pueblo y que no te lo cuente alguien. Apuesto a que así ha sido —entonces pareció cambiar de opinión y llevar la conversación por otros derroteros—. No hagas mucho caso de los chismes de la gente. La vida por aquí es bastante aburrida y de algo hay que hablar. Eso sí, en alguna ocasión hemos visto lobos e incluso algún oso cuando la comida escasea montaña arriba. Sé prudente y ten en cuenta las opiniones de los nativos. Que tengas un buen día, Jim —con un ademán, se dio media vuelta y la conversación quedó flotando en el aire.

Ni siquiera me dio tiempo a preguntarle. El espíritu cotilla ya había hecho presa en mí y me moría de ganas por escuchar hasta el más nimio detalle de todas aquellas historias tan misteriosas. Siempre he sido de naturaleza escéptica, pero he de reconocer que en aquel momento todo me pareció una aventura nueva y excitante. «Misterios y trapos sucios de la vida rural». Casi veía el título de la novela en mi mente. Incluso pensé que sería interesante ponerme a escribir una. A fin de cuentas, tal y como había dicho Herb, los inviernos en medio de las montañas de Nebraska tenían pinta de ser eternos. Herb se subió a la camioneta y se marchó levantando una nube de polvo camino abajo. Tendría que indagar un poco más lo de las «desapariciones». Las gemelas me habían dicho que su amigo había desaparecido, no que

hubiese «desapariciones», aunque la abuela habló de muertes, en plural. La vida campestre prometía mucho entretenimiento, más del que al principio había pensado. Al día siguiente iría a ver al sheriff para pedir el trabajo y ya de paso intentaría obtener algo más de información acerca de todo este asunto. Mi nunca descubierto lado investigador había despertado de su letargo con fuerza, y toda aquella historia tan intrigante me pareció una curiosidad folclórica, propia de paletos que en su vida se han alejado del pueblo más que para ir al hospital o de vacaciones, como mucho. Solo después me daría cuenta de lo equivocado que estaba.

Una visita inesperada

Cuando me desperté al día siguiente dispuesto a hacer de Sherlock Holmes el sol ya estaba alto en el cielo. El campo me dabas ganas de dormir, yo que era más bien insomne. Desayuné muy tranquilamente, pero hube de posponer mi incursión al pueblo porque llegó una visita inesperada. Un coche aparcó frente al porche y de él se bajaron Anette y su madre, que traía una bandeja en la mano. «Vaya, vaya. Los nuevos vecinos somos una atracción de feria», pensó una parte de mí, esa que se encarga de la aportación sarcástica. Sin embargo, la otra parte, apaciguadora, respondió al punto: «No seas así, hombre. Sé agradable con todos ellos, vienen a verte a domicilio y a facilitar tu entrada en sociedad».

De cualquier manera, allí estaban las dos. Me asomé a la puerta para saludar, intrigado.

—Buenos días, Jim, ¿acepta visitas mañaneras? —dijo Anette, con una mano sobre los ojos para hacerse sombra.

El enfado del día anterior parecía haberse esfumado por completo. Las dos traían puesta su mejor sonrisa.

—Si es por bien, las acepto a cualquier hora. ¿Qué las trae por aquí? —No le quitaba ojo a la vieja, no fuera a ser que le diera otro ataque de histeria como el del día anterior.

—Venimos en son de paz, no tema —esta vez fue Paulette quien tomó la palabra. Un ligero escalofrío recorrió mi espalda, a pesar de que la mañana era tibia. Ni que me hubiera leído el pensamiento—: Quisiera pedirle disculpas por lo de ayer, me puse nerviosa sin motivo. Habrá pensado que soy una vieja chiflada, pero no es así, lo siento mucho.

—Creo que podemos tutearnos, vamos a ser vecinos espero que por mucho tiempo. Pasad y sentaos a tomar un café, por el momento no hay peligro en la casa —otra vez don Irónico al ataque, no pude evitarlo. Inmediatamente me di cuenta de que había cometido una falta de tacto imperdonable, pero ya no podía dar marcha atrás.

Paulette no replicó, de modo que pasaron y se sentaron en el salón, cuyo ventanal daba al porche y dejaba entrar la luz matinal a raudales, creando una

atmósfera de calidez perfecta y acogedora. Cuando llegase el invierno, iba a ser una delicia sentarse allí y sentir la caricia del astro rey. Ahora, unos meses después, ese invierno está cerca, pero ya no lo veo tan claro como en ese momento.

Paulette rompió el hielo.

—Te he traído esta tarta de manzana, es casera, y las manzanas son de mi huerto. —Por un momento titubeó, azorada, como si no supiera por dónde empezar—. Realmente estoy muy avergonzada, debí parecer una vieja estúpida invadida por supersticiones de pueblo, pero quiero darte una explicación completa. No me gusta ser juzgada a la ligera.

—No tienes que darme ninguna explicación. Yo sólo soy un forastero recién venido al pueblo y aún...

—Lo sé —me interrumpió—, pero aun así quiero que escuches lo que tengo que decirte. Es algo serio y quiero que lo tengas muy en cuenta. No quiero que formes una opinión sin conocer el fundamento desde el principio.

—Está bien, adelante —me repantingué en el sillón—. Por cierto, gracias por la tarta, soy muy goloso. El café está preparado, así que podemos estrenarla ahora mismo.

—No te molestes —terció Anette antes de que me levantase—, hemos desayunado hace poco. Otro día vendremos con las chicas y haremos una presentación más formal. No nos vamos a quedar mucho tiempo, tengo que atender la tienda.

Me detuve un poco en su persona. Pensándolo bien era una mujer guapa, aunque se veía que no tenía por costumbre ir muy arreglada. Me la imaginé en bata y zapatillas, con el pelo revuelto, recién levantada. Sí, la idea era interesante. No me iba a costar mucho echar raíces allí, y entre tarta y tarta...

Paulette carraspeó. Intuí que se había percatado de algo a causa de mi mirada o de mi silencio. Esa mujer no perdía un detalle. La invité a hablar, para eso había venido ¿no?

—Soy todo tuyo por un rato, Paulette. Dime.

Tomó aire antes de empezar. Yo vi venir el discurso, pero lo que me contó me demostró, una vez más, lo equivocado que estaba. Esa sensación detestable me acompañó muy a menudo en aquellos primeros días. Desde entonces hasta ahora las cosas no han hecho sino empeorar. Mucho, para ser exactos. Pero vayamos por partes. Paulette tomó impulso y se lanzó cuesta abajo.

—Mi familia ha vivido en este pueblo durante varias generaciones. Yo nací

aquí y, como ves, aquí sigo. Lo que te voy a contar se verá ridículo a ojos de alguien que viene de una ciudad, como tú. Pero te ruego que escuches hasta el final. No prejuzgues, solo presta atención. Puede que un día te acuerdes de esta conversación.

—Mamá —intervino Anette—. Ve al grano. Ya sabes que no estoy de acuerdo en que cuentes intimidades a un desconocido —como debí mostrarme sorprendido, se dirigió a mí—. Discúlpame, Jim, pero así es. No te conocemos de nada. Pero mi madre...

—Tu madre sabe lo que hace. Si Jim va a vivir aquí, es mejor que conozca la historia. Sé lo que hago, hija, déjame.

Anette no dijo nada. Solo desvió la mirada a través del ventanal, hacia el exterior. Igual que quien se da por vencido ante la imposibilidad de luchar contra un huracán. Paulette retomó el hilo.

—Desde muy pequeña se fue haciendo evidente que poseía «el don», como lo llamaba mi madre. Ella también lo tenía, y lo mismo pasaba con su madre. Anette —miró a su hija— no posee esa capacidad, y parece que las chicas tampoco, salvo que la desarrollen cuando sean más mayores. Sea como fuere, desde niña comencé a experimentar fuertes sensaciones que no sabía identificar. Con el paso de los años y con ayuda de mi madre las fui controlando e intenté aprovechar mi «ventaja» para evitar accidentes, desgracias, y cosas así. No me malinterpretes, Jim, no tengo visiones ni nada parecido, simplemente se trata de una especie de estremecimiento dentro de mí desatado por un sentimiento paralelo en la persona que lo «emite», por decirlo de alguna forma. Me llevó muchos años descubrir que así funciona, no creas que venía de fábrica.

—¿Te refieres a una especie de empatía psíquica o algo así?

Ella asintió, convencida de que ya había captado mi atención. Mucha razón no le faltaba, la verdad. Deseaba saber a dónde quería llegar con toda esa historia tan absurda. Es lo que pensaba entonces. Ahora ya he cambiado mi punto de vista, claro.

—Es más fuerte que eso. Puedo compartir lo que sienten las personas que están cerca, pero también percibo sensaciones de gente que está lejos de mí, la única condición es que esa emoción sea lo bastante intensa o... traumática, digamos. Cuando las personas sufren su dolor se canaliza a través de mí como el rayo lo hace en un pararrayos, para que te hagas una idea.

—¿Y dónde nos lleva todo esto? —la novelita me estaba empezando a resultar

cargante, pero no quería ser descortés una vez más, así que me resigné, suspirando.

—No me crees ¿verdad? —Por un momento una expresión indignada cruzó su anciano rostro. Pensé que no iba a seguir con su historia, pero un segundo después lo pensó mejor y siguió adelante—. Bien, te haré una demostración. Que sepas que no necesito justificarme, sólo quiero evitar que de nuevo ocurra algo malo. Si estoy aquí es porque mi «sexto sentido» me dice que eres una persona buena y no mereces sufrir ningún daño. Has estado enfermo, muy enfermo, tu vida estuvo a punto de acabar... fue el corazón, aún late débil... ¿por eso has venido aquí?

La primera idea que cruzó mi mente fue que había una cámara oculta. No la había, por supuesto, pero una más y me hubiera caído pastas arriba.

—Aciertas —intenté disimular mi sorpresa. Antes muerto que mostrar mis cartas—. No pienses que soy un desconsiderado, pero me resulta difícil creer en todo esto. Yo vengo de una gran ciudad y soy una persona más bien práctica. Probablemente este tipo de historias, creencias o como queráis llamarlas es muy real para las personas que vivís en este lugar, pero allí de donde yo provengo el mundo y la gente son radicalmente diferentes. Te ruego sigas adelante, escucho tus palabras con atención, soy un hombre de mente abierta.

Ella no pareció ofendida, o era mejor jugadora de póker que yo.

—Lo sé. Pero no he acabado. Hay más. Te sientes muy solo. Tus padres han muerto y eso ha dejado una impresión en tu «aura», por llamarla de alguna manera. Se trata de la energía psíquica que todos emitimos. Tú sabes que está comprobado por los científicos que no solo existe dicha energía, sino que es diferente para cada persona y varía con el estado de ánimo. Necesitas volver a encontrarte, tu vida no te satisface y piensas que aquí podrás llenar ese vacío que notas dentro.

«Joder con la pitonisa». Empecé a notar agobio y calor. Tuve que reprimir el impulso de levantarme a abrir la ventana, y saltar por ella a continuación. Vacilé unos instantes. Si la mujer intentaba impresionarme lo había conseguido. Hablaba de mi vida con tanta seguridad como si estuviera leyendo un informe psiquiátrico. Acerca de mis sentimientos y de mis frustraciones. Una incómoda y desagradable sensación se apoderó de mí. De repente ya no deseaba seguir escuchando su historia, pero una vez más me guardé de decírselo.

—Impresionante, sí. —Había logrado captar toda mi atención, y ella era consciente de ello. Daba la sensación de controlar la atmósfera emocional de la habitación. No me había percatado, pero irradiaba un magnetismo difícil de resistir, era como si se metiera dentro de mí calando hasta los huesos poco a poco. Me dejé llevar por el momento, tampoco tenía sentido hacer otra cosa, y decidí que en realidad no tenía nada que perder por escuchar su historia.

—Veo que ahora captas la señal. Como te iba diciendo, también podía (y aún puedo, este sentido no ha menguado con la edad) sentir los traumas de personas lejanas en la distancia... y en el tiempo. Descubrí que el dolor, el amor, la envidia, y otras muchas sensaciones de personas que habían muerto se quedan «flotando» en el ambiente mucho tiempo después, incluso cuando ya no están entre nosotros, especialmente cuando esos sentimientos fueron muy intensos durante su vida o en el momento de su muerte.

No podía creer lo que acababa de escuchar. Nunca había dado la mayor importancia a todos esos temas esotéricos, de fantasmas, ni tampoco creía que hubiese vida después de la muerte, mi fe se había extinguido muchos años atrás. Yo soy un hombre del siglo XXI, y todo aquello me sonaba a la caza de brujas medieval o a novela de terror barata. Tener delante de mí a una mujer que afirmaba ser una vidente o algo similar me resultaba imposible de asimilar. Pensé incluso que me había sugestionado de alguna manera, quizás con el tono de su voz, unido a aquellos ojos tan penetrantes. Cambié de postura en el asiento para disipar la sensación de estar atrapado bajo su influjo e intenté cortar el hilo de su relato.

—Es decir, que estás en contacto con los espíritus o fantasmas o lo que sea, de otras personas.

—No lo has entendido. No he dicho eso. No soy una médium ni nada que se le parezca. Soy sensible al rastro emocional que dejan las personas vivas o dejaron las que ya no lo están. El de los vivos es mucho más fuerte y nítido, claro está, pero el de los muertos a veces, no todas, también permanece suspendido y yo lo percibo, pero no me comunico con ellos ¿comprendes lo que quiero decir?

Me encogí de hombros. De haber podido esfumarme con un chasquido de dedos, no lo hubiera dudado.

—Supongo que sí. En fin, sigue. Aún no veo a dónde vas a parar.

—Cuando yo contaba doce años, y estoy hablando de hace más de medio siglo, estaba enamorada de Nathan Caine, un muchacho un poco mayor que yo

que vivía enfrente de nosotros. Él también me dedicaba sonrisas y nos saludábamos cuando nos veíamos por la calle, piensa que en aquella época con quince años una ya estaba en edad de casarse El chico ya trabajaba con su padre en el campo y aceptaba trabajos ocasionales para ayudar a la economía de la familia. Así fue como empezó la historia de esta casa en la que vives ahora.

De nuevo esa inquietud barriendo mi espalda y mi estómago. Como cuando tuve que hacer mi primera entrevista de trabajo. Me sentía pequeño e indefenso, sin posibilidad de enfrentar todas aquellas revelaciones.

—No me digas que viniste a vivir aquí con tu marido. —Puede parecer estúpido, pero no me agradó la idea de dormir en la misma cama que ella había dormido.

—No seas impaciente. Todo a su debido tiempo —descartó mi observación con un movimiento de la mano, como ahuyentado la posibilidad—. El por aquel entonces alcalde del pueblo, Emile Porter, era además propietario de muchas cabezas de ganado y a la sazón ostentador de un cierto nivel social. Abrumado por su rango, según lo veo ahora, decidió que no podía seguir viviendo de alquiler, de modo que planeó construirse una casa en un lugar apartado, con una finca de gran extensión: ésta. Contrató a varios obreros del pueblo, entre ellos Nathan, y les prometió una buena paga si acababan el encargo en poco tiempo. Por eso trabajaban fines de semana y hasta algunas noches. Lo primero que tuvieron que hacer fue desbrozar este claro que ves, puesto que el bosque aquí siempre ha sido especialmente denso y cerrado —la expresión de Paulette se hizo ausente. Se diría que aunque su cuerpo estaba allí, su alma se había trasladado a aquel otro momento lejano en el tiempo y el espacio—. Un domingo, después del oficio religioso, Nathan vino a seguir talando árboles para así ganarse un extra, su familia era de las más modestas del pueblo y tenía siete hermanos y hermanas pequeños. Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. Yo estaba ayudando a mi madre a recoger unas fresas del huerto, cuando la sensación me barrió como un ciclón dejándome atontada durante unos instantes. Debí decir algo, porque mi madre se volvió hacia mí.

—¿Cómo dices, cariño? ¿Que Nathan ha hecho qué? —no recuerdo haber contestado, pero mi madre después así me lo confirmó.

—Ha muerto, mamá. Nathan ha muerto.

»Mi madre abrió la boca para replicar pero su vista bajó de repente de mi cara a mi falda, donde una mancha oscura iba extendiéndose como una marea

creciente.

Acababa de tener mi primera menstruación, repentina y brutal, a consecuencia de la impresión y el dolor en mi corazón».

Paulette se quedó ensimismada unos segundos. Una lágrima rodó por su mejilla. Saqué un pañuelo de papel para ofrecérselo pero Anette me detuvo con un gesto de la mano, al tiempo que me conminaba a guardar silencio. La actitud de Paulette era similar a la de un santo en éxtasis: hierática, inmóvil. Un par de segundos más tarde ya estaba de vuelta de donde quiera que se hubiese ido y siguió con su historia.

—Nathan tuvo un percance con el hacha y se hizo un corte en la espalda y como estaba solo se desangró allí mismo. Hasta aquí no hay nada anormal, dirás. Cuando lo encontraron no tenía cabeza, ni piernas, ni brazos. Las alimañas, dijeron, pero entonces fue cuando lo sentí por primera vez. La Presencia, el mal que habita nuestro bosque. Créeme, Jim, no es humano, yo lo distingo perfectamente.

Estupefacto. No hay otra palabra que defina mis sentimientos en ese momento. Con un esfuerzo, contesté.

—Y entonces ¿Qué es?

—No sabría precisarlo. Es algo enorme, atávico. Está aquí hace mucho tiempo, desde mucho antes que las personas llegasen a este pueblucho. Permanece dormido largas temporadas, y de repente despierta, sediento de sangre y de venganza. Y estos periodos coinciden con las ocasiones en que la casa está habitada.

Así que era eso.

—No te ofendas, pero me parece ridículo que un espíritu, o como lo quieras llamar, solo se consuele con la gente que viene a vivir aquí teniendo tanta carne a escasos kilómetros, en el pueblo.

—No tanto si piensas en lo siguiente. Este lugar ha sido ancestralmente su hogar, y por eso se rebela cuando lo siente invadido. Esa es la sensación que me produce. Detrás de Nathan vino el bebé de la señora Porter, que un día estaba tendiendo la ropa, entró a coger unas pinzas y cuando salió el niño había desaparecido sin dejar rastro alguno. La pobre no pudo soportarlo. Caminaba por el pueblo sin ver ni oír a nadie, con la mirada perdida. Un día se preparó un bizcocho al que añadió un poco de matarratas y se fue a hacer compañía a su hijito. Su marido, el sheriff, la encontró tirada en este mismo salón. Una semana después, él mismo también desapareció sin despedirse.

Todos en el pueblo pensaron que se había marchado a vivir a otra parte, pero yo sentí su agonía al dejar este mundo.

«Después la casa permaneció vacía una larga temporada, muchos años, no sé decirte exactamente cuántos, y luego llegaron los Wilson, que fueron los propietarios antes que tú. Vivieron tranquilos unos años, eran una gente muy sosegada, no demasiado sociables, pero no causaban problemas a nadie. Al poco de venir a vivir aquí, Jean, que así se llamaba ella, quedó encinta, y unos años después otra vez más. Esta segunda hija es la que te vendió la casa. Cuando todo pasó se fue a vivir lejos, hace unos diez o doce años.

—¿Cómo que «todo pasó»? —Esto no me lo había contado la agente inmobiliaria.

—La primera hija, de nombre Sheryl, se casó con un muchacho del pueblo, Daniel Evans. Puede que el nombre no te suene, pero si te digo que es el padre del chico que desapareció hace poco, entonces sí. Billy es el hijo de Sheryl. Siendo el niño muy pequeño, ella desapareció sin dejar rastro. De nuevo pensamos que había abandonado a Daniel, quien ya por entonces empezaba a beber en exceso. Sin embargo, nos extrañó que no se llevase el niño con ella. Unos días después apareció cerca del lago que hay al otro lado de la carretera, ¿lo has visto?

—Aún no he tenido tiempo de explorar el terreno, no.

—Por el bosque, cerca de aquí discurre un arroyo de aguas frescas. Un poco más abajo hay una pequeña presa natural. Luego el riachuelo pasa por debajo de la carretera, el puente digo yo que sí lo habrás visto.

—Sí, el puente lo he visto. El arroyo y lo demás no. Ya te digo que llevo aquí unos días, no he podido tender un mapa de mi propiedad en su totalidad, es grande y tengo mucho tiempo por delante para...

—No importa, tranquilo. —De repente parecía tener prisa por acabar. Es posible que se sintiese tan incómoda como yo, si bien eso ahora es irrelevante —. Permite que continúe. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Por el arroyo. Bien, tras atravesar la carretera hace un recodo y más abajo se remansa en un lago. Pues allí es donde apareció Sheryl, es decir, lo que quedaba de ella, que era poco más de la mitad. En un pueblo pequeño como éste, te puedes imaginar qué revuelo se formó. Todos culparon al marido, pero al final no se pudo demostrar nada y el crimen quedó sin resolver. Durante años, cada noche, el eco de Sheryl latía dentro de mi cabeza. Al final, se apagó. Pero lo más importante es que a ella no la mató su marido, te lo digo yo. La mató La

Presencia, lo presenté en aquel momento. Después de esto Jean y su marido envejecieron veinte años de repente, y murieron casi a la vez. La hija pequeña se marchó, yo diría que huyó de todo el infortunio, y ya nadie ha vuelto a vivir aquí. Hasta ahora.

Twin Peaks apareció delante de mis ojos. Si Paulette no inventaba nada, estaba jodido. Bien jodido. Mi reacción fue escapar hacia adelante: lancé al ataque mi lado pragmático.

—Pero todo lo que me cuentas no indica nada sobrenatural, a mi modo de ver. La gente muere habitualmente en todas partes. No te ofendas, pero lo de tu «percepción» es una cuestión de fe, nada indica que puedas presentir las muertes con antelación ¿me equivoco? Solo recibes tus sensaciones a posteriori. Igual podía haber un asesino suelto en este pueblo y haberse trasladado a otra parte o haber sufrido un accidente y perder la vida él mismo. Como Jack el Destripador, según ciertas teorías. ¿Me explico?

Qué mujer. Aguantaba todos los envites sin mover una ceja. Siguió a lo suyo una vez más.

—No te equivocas. Cualquiera podría suponer lo mismo, por descontado. Sin embargo esta vez es distinto. Ahora sé —remarcó la palabra— que una amenaza se cierne sobre esta casa, e insisto en que tu vida peligra, como ocurrió con los otros. La Presencia ha despertado de nuevo. Lo percibo con claridad dentro de mí.

—En tal caso, tendré extremo cuidado, te lo prometo, pero no me iré de aquí. Paulette pareció levemente contrariada. Se atusó un poco el pelo y miró a su hija. Ésta reaccionó de inmediato. Hasta ese momento había permanecido en un segundo plano, pero se levantó del sofá.

—Debemos irnos, mamá, ya hemos entretenido bastante a Jim. Supongo que tendrá mil cosas que hacer.

Ambas se pusieron en pie. A fecha de hoy ignoro los motivos de mis reacciones en ese momento, impresionado como estaba. Me sentía en la obligación de despedirlas con un gesto de cortesía.

—Venid un día a cenar con las chicas, y charlaremos de cosas más alegres. Os agradezco la visita. Permitidme acompañaros al pueblo, tengo que ir a ver al sheriff, a ver si me da trabajo.

—¿En su oficina? —Anette frunció un poco el entrecejo—. Bueno, que tengas suerte. Ya nos veremos. Tenemos que hacer unos recados. Si no te importa, regresaremos solas.

Lancé un último gesto de paz. Para intentar quedar bien, supongo.

—Mantengo lo de la cena, de verdad. Me encantaría que vinieseis las cuatro. Jamás me he visto rodeado de tantas mujeres guapas —se me escapó la galantería. Quizás fue porque ya en ese momento Anette me estaba empezando a resultar agradable, quizás de un modo especial. Pero eso llegará más adelante en mi historia.

Tuve la impresión de que el halago no caía en saco roto.

—Hasta pronto. —Se despidió con una sonrisa—. Si necesitas algo, ya sabes dónde trabajo.

—Me pasaré a verte después de hablar con él sheriff. Tengo que comprar algunas cosas más para la casa —mentí. En realidad no necesitaba nada, pero ya se me ocurriría alguna excusa—. Que tengáis buen día —saludé también a Paulette.

6

Entrevista de trabajo

La oficina del sheriff era un pequeño edificio al final de la calle, con un coche patrulla aparcado en la puerta. Nada más entrar, a la izquierda, una pequeña habitación muy acogedora con una mesa y una silla donde no había nadie sentado. Detrás de ellas, la pared de detrás estaba ocupada por estanterías medio vacías, con apenas una docena de archivadores. La primera impresión que tuve fue que en el pueblo había de todo menos trabajo policial. Eso sí, todo se veía pulcramente ordenado; quedaba claro que la tal Srta. Jennings sentía aprecio por un trabajo bien hecho. Eso si trabajaba allí, porque la «recepción» estaba tan vacía como una oficina a la hora de la Super Ball. De frente se veía un pasillo no demasiado largo con varias puertas repartidas a ambos lados.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

El timbre femenino que esperaba no llegó.

—Primera puerta a la derecha —dijo una voz de hombre.

Avancé hasta la puerta indicada. Estaba entreabierta, apenas una rendija. Toqué con los nudillos.

—Adelante. Entre.

Y eso es lo que hice. Al traspasar el umbral el olor a sudor casi me hizo salir corriendo de allí. Detrás de una mesa, sentado, estaba el sheriff, con las manos detrás de la nuca y los pies sobre la mesa. Me miró de alto en bajo, sin ninguna intención de moverse, y cuando se sintió satisfecho del examen, habló.

—¿Qué desea?

La amabilidad no era su fuerte, desde luego. Ante mí tenía a hombre de rostro rubicundo, con un fino bigote que adornaba unos abultados labios carnosos. Se trataba de uno de esos especímenes que te sugieren aquello de «se tarda menos en saltarte que en rodearte». A ojo de buen cubero, serían unos ciento treinta kilos de bisonte. Deduje, una vez más, que las necesidades policiales del pueblo eran mínimas, a juzgar por lo bien cebado que estaba el máximo representante de la ley y el orden. Lo único que me habría impedido darle un par de bofetadas (si ése hubiera sido mi deseo) era que se me hubiera echado encima, acabando con mi vida al instante.

—Buenos días. Me llamo Jim. Acabo de llegar a vivir al pueblo hace apenas unos días, y me han dicho que hay o va a haber un puesto de trabajo libre aquí. Me pregunto si aún sigue vacante.

Movió el bigote mientras pensaba o lo que fuese que hacía la sustancia que rellenaba su enorme cráneo. El gesto me pareció ratonil además de estúpido.

—Siéntese, Jim. Antes de hablar de trabajo, necesito algunos antecedentes, como puede imaginar. En efecto, está bien informado. Pero es usted un perfecto desconocido que se presenta aquí para optar por un puesto. Ni más ni menos que en la oficina del sheriff local. Necesito un informe de su experiencia laboral además de algunos teléfonos o cartas con referencias para poder cerciorarme de que hablo con un ciudadano de bien, que es lo mínimo que necesitaría. Dígame, ¿tiene usted apellido?

—Oh, discúlpeme, mi nombre completo es Jim Pons.

Un entrecejo que se arruga por tan poco nunca presagia nada bueno.

—¿Pons? ¿Qué clase de apellido es ése? ¿Judío o algo así?

«Era el apellido de soltera de la ramera de tu madre» estuve por contestar, pero al fin y al cabo no habría tenido una repercusión muy positiva en la «entrevista», así que me mordí la lengua, muy a mi pesar.

—Español. Pero llevo media vida viviendo aquí. Como observará, no tengo ningún acento extranjero.

Durante un segundo ponderé la posibilidad de que se hubiera sentido ofendido

por la insinuación xenófoba, pero en seguida salí de mi engaño.

—¿Español? —Torció boca y bigote cual mofeta indignada. Typical paletto americano. Por momentos me estaba arrepintiéndome de haber ido a solicitar el puesto, aquel pollo era, como mínimo, insoportable, por no mencionar la montaña de prejuicios que llevaba dentro. Así estaba como estaba, claro.

—Espero que eso no supondrá ningún problema...

—¿Y a qué se dedica usted? Su profesión, quiero decir.

—Soy agente de bolsa. En Wall Street. Lo era hasta hace poco. El médico me recomendó una vida más tranquila, tuve un ataque al corazón. Y decidí abandonar la ciudad y cambiarla por un poco de aire sin contaminar.

La explicación le debió parecer convincente, a juzgar por la relajación facial. Superando mis expectativas, hizo el inhumano esfuerzo de ponerse en pie y ofrecerme la mano. Su barriga se descolgaba por encima de los pantalones desafiando a la gravedad. «Seguro que la última vez que te viste la pilula fue en quinto de primaria». Sonriendo ante esa posibilidad, yo también me puse en pie y nos estrechamos la mano.

—Sheriff Brooks, pero puede llamarme Joey. Este pueblo es muy pequeño y aquí no guardamos muchos formalismos, pero no puedo aceptar a cualquier maleante que llegue aquí a pedir trabajo. Espero no haberle parecido demasiado antipático. En unos días conocerá a mi ayudante Rick Mahoney, anda de permiso. Su mujer parió ayer. Le conocerá si acepta el puesto, claro.

El vocablo me hizo pensar que mi nuevo «amigo» Joey no establecía ninguna diferencia entre una vaca pariendo y una mujer teniendo un bebé. Desde el punto de vista biológico es lo mismo, pero...

—Volviendo al principio de la conversación, por eso he venido, porque estoy interesado en él —respondí, para volver a canalizar la tertulia hacia el asunto que me había llevado allí.

Joey, al final, sí que parecía disponer de alguna neurona en funcionamiento.

—¿Quién le ha dicho que el puesto está disponible?

—Herb Kelly... mi vecino.

Se irguió en la silla, abriendo los ojos mucho. Aquello le hizo reaccionar, sin duda.

—¿Vive usted en la casa de los Wilson?

—Ahora es mía. Sí, allí es donde vivo.

No sabría decir si lo que veía en su expresión era asombro, incredulidad, preocupación... El caso es que durante unos larguísimos cinco segundos se

hizo entre los dos un silencio levemente incómodo.

—¿Le ocurre algo, sheriff?

De nuevo la máscara de indiferencia quedó colocada en su sitio. Lo que yo había visualizado quedó bien guardado donde quiera que hubiese estado antes.

—En absoluto. Supongo que el trabajo no le supondrá ningún problema, sólo tiene que mantener el papeleo en orden, enseguida aprenderá. Debe atender el teléfono, que tampoco suena muy a menudo, y tener el café listo por la mañana, si eso no le supone una humillación. Alguien de su posición no estará...

—Lo superaré, tranquilo.

Carraspeó. Seguro que para él un agente de bolsa era equiparable a Hércules bajando del Olimpo sobre Pegaso, poco más o menos.

—La paga no es nada del otro mundo, pero el horario es cómodo y si tiene algo que hacer puede ausentarse un rato sin problema.

—En realidad, para serle sincero, mi intención es tener un quehacer diario más que desarrollar una carrera profesional. Pasarse todo el día en casa es una locura y no estoy acostumbrado. Tampoco tendré muchos gastos, así que me apañaré. ¿Cuándo podré empezar?

De este modo conocí al sheriff y a su ayudante, quien, dicho sea de paso era una persona de calidad superior. Delgado, estatura mediana, pelirrojo (su nombre ya lo apuntaba), Rick era la tranquilidad en persona. Todo lo que el sheriff tenía de cazurro, él lo tenía de considerado y amable. Gracias a él podía soportar a Joey, que no es poco decir, teniendo en cuenta las circunstancias.

Transcurrieron las semanas y el verano atacó con todas sus fuerzas sin ninguna consideración. Todos decían que no había hecho tanto calor en los veinte años anteriores, por lo menos. Durante ese lapso de tiempo terminé de acomodarme en mi nueva casa, adecenté el patio trasero para acomodar un tendedero allí, reparé la caseta de herramientas y planté algunas verduras. La vida que me había propuesto llevar se acomodaba poco a poco en su lugar. El efecto de la nueva rutina sobre mí era patente, había recuperado el sueño por las noches y olvidado casi por completo lo que era un móvil incordiando a todas horas. La medicina iba cumpliendo su cometido, sin duda.

Entretanto, visitaba a Anette a menudo en la tienda. El inicio problemático fue superado con facilidad y habíamos empezado a conectar. Ella también percibía (sin necesidad de ESP, que dicen los angloparlantes, es decir percepción extrasensorial) que la química iba surgiendo entre los dos.

Finalmente, un sábado de mediados de julio, vinieron todas a cenar a casa y la velada transcurrió de forma agradable, sin fantasmas, seres del más allá ni nada similar. En un par de ocasiones dejé la oficina del sheriff y me acerqué a la tienda para invitarla a tomar algo en la cafetería que había enfrente de mi trabajo.

Con mi existencia de nuevo encarrilada me hice el valiente y reuní el espíritu de boy scout que solo había experimentado de niño y decidí, una aburrida tarde de julio, explorar mis posesiones.

7

El bosque

Una calurosa tarde fue la escogida para mis prácticas de explorador maduro-pero-interesante. El aire se había detenido y el sol picaba con fuerza, agostando el frescor de la hierba y mi capacidad de adaptación campestre. Hasta los pájaros parecían haberse tomado la tarde libre. Apenas se oía el zumbar de las cigarras y algún otro insecto a los que el miasma no importa. En otras partes del mundo, la asfixia del verano se considera normal. Allí, en medio de las montañas, ni las ratas se atrevían a salir en las horas centrales del día.

Cogí una mochila y metí dentro una cantimplora y una linterna, acompañadas de un bocadillo, que nunca está de más. Me ofrecí un pequeño homenaje antes de adentrarme en lo desconocido y, tras dormir una reconfortante siestecilla, me dirigí al extremo del claro que daba a la parte de la montaña, en dirección opuesta a la granja de Herb. Esta parte era totalmente salvaje: a lo largo de varios kilómetros, hasta llegar al pueblo, lo único que había eran árboles y más árboles. Una tupida alfombra verde de varias decenas de metros de espesor cubría las montañas y las protegía del astro rey.

El bosque era tan espeso, incluso en su linde, que no sabía por dónde entrar. Hube de recorrer el límite arbóreo arriba y abajo unos cien pasos hasta que encontré un punto del que parecía partir una senda olvidada hace muchos años. La naturaleza había recuperado el lugar que le había sido arrebatado, de modo

traspasar el umbral me fue difícil. Me consolé a mí mismo con aquello de que «bien está lo que bien termina». Además de aficionado al refranero, siempre he sabido superar esos duros pasos iniciales, inevitables en cualquier nueva actividad. La zona de confort jamás existió para mí.

La primera impresión, apenas hube avanzado unos metros, fue el frescor que la cubierta vegetal proporcionaba. La diferencia de temperatura era de ocho o diez grados respecto al exterior. Lo que veinte metros atrás era sofoco estival ahora se había tornado en una agradable sensación de primavera retenida entre aquellos barrotes de madera que elevaban sus copas quince o veinte metros de altura. Una vez dentro, para avanzar tenía que apartar constantemente las ramas bajas de los árboles y la maraña de arbustos que poblaba la planta baja de aquellos rascacielos, amén del ramaje caído y seco y de espinos y jaras que arañaban mis piernas al andar. Me arrepentí de inmediato por traer pantalones cortos, me acordé de Herb cuando insinuó que yo era un «señorito» de ciudad, no apto para estos parajes. Sin embargo, como acabo de decir, no soy hombre que se amilane con tan poca cosa y me consolé pensando que cuatro raspones no me iban a arredrar así que seguí avanzando entre la espesura.

Quince minutos después me di cuenta de que no estaba sólo en aquel bosque. Una miríada de pájaros, ardillas y otros animales se movía, gritaba y me observaba. Los primeros cantaban afanosos en su trajín rutinario. Levanté la vista y pude verlos revolotear. Las ardillas saltaban entre los árboles, igual que en un documental del National Geographic. Por la parte inferior la «población» era más sigilosa, pero vi un erizo esconderse tras unas matas con pequeñas flores color lavanda. De repente, me pareció que la vegetación era menos agobiante, y al mirar mis pies vi una especie de sendero, un camino estrecho pero bien definido. Cientos o quizás miles de patas habían pasado por ahí, aplastando la hierba y la hojarasca. Es posible que siguieran transitando aún, por lo que seguí mi aventura haciendo el menor ruido posible y así poder descubrir a los dueños de aquella obra de ingeniería natural.

Llevaba un rato no muy grande caminando y ya empezaba a notar cansancio cuando me llegó el rumor del agua. Un poco más adelante los árboles se abrieron un poco y hallé un riachuelo, no más de dos metros de anchura y con un agua tan cristalina como jamás había visto. Recordé que Paulette me había hablado de él. Me senté un poco sobre una gran roca que había cerca y bebí un poco de agua, de la cantimplora, claro está. Mientras estaba distraído admirando cada pequeño detalle que me rodeaba, un leve chapoteo unos

metros corriente arriba llamó mi atención. Asombrado, contemplé a dos ciervos que habían venido a beber. Permanecí inmóvil hasta que se fueron, casi sin atreverme a respirar, maravillado por su belleza y por la tranquilidad con que se habían acercado al cauce. A fin de cuentas, ellos eran los señores allí. Yo tenía un título de propiedad pero el bosque era suyo por derecho.

Miré el reloj. Las seis y media. No quería que la noche me pillara allí, así que busqué un lugar por donde saltar el arroyo. Un poco más abajo, descubrí uno: varias piedras planas sobresalían de la superficie. Salté sobre ellas como un crío y continué por la orilla opuesta. Pensé que sería mejor dar la vuelta a las siete como muy tarde, en medio de aquel bosque la luz estaba empezando a decaer. Un poco más tarde encontré la entrada de una cueva. Era lo bastante alta como para entrar de pie, y me acerqué mientras sacaba la linterna de la mochila. Se me ocurrió que no había averiguado qué clase de fauna se podía encontrar por esos lares, perfectamente podía ser posible que hubiera pumas en la zona, y la inquietud hizo presa de mí solo de contemplar la posibilidad de encontrarme alguno de ellos. «Si los hubiera, alguien lo habría mencionado en algún momento», pensé, más para tranquilizarme a mí mismo que por la verdad contenida en la argumentación, y esta idea fue la que me impulsó a entrar, puesto que, en efecto, nadie se había referido a los pumas para nada.

Enfoqué el haz de luz hacía adentro. No se veía nada. Sólo las paredes de roca. El fondo no estaba a la vista. Era como un túnel y eso me hizo estremecer un poco, aunque como hacía un poco de fresco y había llevado ropas ligeras, lo achaqué más a eso que a la profundidad y sus posibles repercusiones. En ese momento un olor nauseabundo y dulzón penetró en mi nariz. Era un olor a podredumbre, a animal muerto, que se iba intensificando a cada paso que daba. Tirité de nuevo, y esta vez no fue de frío. «Eres un cagueta, aquí no hay nada». La vocecilla del Jim aventurero eligió el peor momento para elevarse y me obligó a avanzar unos pasos más, con la vaga sensación de que la idea no era nada buena. El pensamiento de que algo muerto que no podía ver estaba ahí delante, junto con las historias que me habían contado, empezó a hacer mella en mi ánimo.

Algo me golpeó en la cara. Grité y me aparté, dándome un coscorrón contra el techo. Volví la linterna, respirando aceleradamente, y me eché a reír, nervioso, al comprobar que sólo eran unas raíces que colgaban del techo. Entonces me pareció oír algo; no lo he mencionado antes, pero tengo un oído muy fino que también gusta de mostrarse en los momentos menos oportunos. Me quedé muy

quieto, sin respirar, con la intención de cerciorarme de que realmente había escuchado algo significativo. Lo único que llegó a mis tímpanos durante unos segundos fue el latido de mi propio corazón, pero el silencio no fue suficiente para evaporar la inquietud que tensaba mis nervios y mis músculos. Por momentos me invadía la certeza de que había sido una insensatez entrar allí yo sólo. ¿Qué iba a hacer si alguna alimaña habitaba la puñetera cueva y no le hacían gracia las visitas? Peor aún, a lo mejor sí le hacían gracia.

Con claridad me llegó una especie de sonido gutural, el gruñido de alguna bestia desde lo más profundo del túnel. El murmullo sonaba muy débil y lejano, pero inconfundible. Con el mayor aplomo que pude, empecé a retroceder pisando con el mayor cuidado que pude para no delatar mi presencia, sin quitar la vista de la oscuridad sin fin que tenía delante. Me atreví a echar un vistazo rápido por encima de mi hombro para calcular distancias. Otra idea nefasta: sin ser consciente de ello, había avanzado más de una decena de metros por aquella negrura, y ahora la salida se veía tan lejos que el pánico se hizo dueño de la situación. El gruñido parecía aumentar, y poseía varios tonos: eran varias las gargantas que lo emitían. Presa del terror que yo mismo había creado en mi mente, di la vuelta y eché a correr, mirando hacia atrás a cada segundo. Tenía que salir de allí sin perder ni un solo instante, pero la salida tampoco parecía querer acercarse, me había adentrado demasiado. Casi lloraba, desesperado, ahogándome en aquel pozo maloliente, cuando por fin vi la luz a mi alcance y apreté el paso.

Salí de la cueva igual que una bala de cañón y corrí como un poseso unos metros. Me detuve y me giré, mirando hacia la entrada. El bosque se encontraba en penumbra, me había entretenido demasiado dentro y la tarde ya estaba en sus últimos y lánguidos momentos. Una vez fuera, me sentí ridículo, como un niño que entra en un cementerio por la noche para superar una apuesta con sus amigos comprobando que, aparte de tumbas, no hay nada. Me había dejado sugestionar por todos aquellos cuentos de fantasmas. Reiteré mi examen visual una vez más, pero nada apareció por la boca de la cueva.

Entonces, tuve la extraña convicción de que algo no iba bien. Nunca en mi vida había reparado en esa faceta de mi personalidad. Con los años mis hábitos se habían restringido a lo práctico y funcional, y de repente me encontraba asaltado por todo tipo de pálpitos, impresiones y sugestionas. Miedos atávicos salidos de alguna parte recóndita de mi cerebro, una zona que yo ni siquiera sabía que existiera. Quizás el cambio de costumbres, de

ambiente, tanta historia truculenta habían roto el dique creado dentro de mí para contener aquel torrente de emociones, pero en ese instante solo tenía la certeza de que ese «sexto sentido» estaba allí, y de que me estaba avisando de nuevo. Todo estaba en silencio a mi alrededor. Ni pájaros, ni ardillas, ni moscas; nada en absoluto. El bullicio habitual había cesado por completo, y eso resultaba estremecedor. Cuando los animales callan es por algún motivo. Aparte de que se había levantado una suave y fresca brisa que soplaba entre las hojas de los árboles, a la vista no había nada. Miré a los lados y me quedé petrificado. Apenas diez metros más allá, donde un segundo antes no había nada unos ojos brillantes me observaban por encima de unas fauces abiertas que dejaban entrever los caninos. El lobo no se movió. Alguien, en algún momento de mi vida, me había comentado que pueden oler el miedo, como los perros, así que hice acopio de la poca serenidad que me quedaba. Di un paso atrás. El animal no se movió. Retrocedí otro tanto. Nada. Un paso más. Pisé una rama, que se rompió. El chasquido hizo eco en medio del silencio. El lobo abandonó su inmovilidad y saltó en pos de mí. Me di la vuelta y, una vez más, volé por encima de piedras, zarzas y demás obstáculos que se empeñaban en impedir mi huida.

Corría tan rápido como mis piernas me permitían. Tanto que apenas notaba el suelo bajo mis pies. Todo lo que un segundo antes me habían parecido obstáculos ahora no existía, solo aquella carrera para salvar mi vida. Tras de mí oía el jadeo del lobo, sus gruñidos, y le imaginaba con la boca hecha agua, anticipando el festín. Llegué de nuevo al río y seguí la orilla hacia abajo, a lo largo de su curso. La respiración del lobo y sus patas golpeando el terreno se acercaban cada vez más. No me atrevía a mirar atrás previendo que podía tropezar y caer, y eso sería lo último. Las patas del animal comenzaron a salpicar en el agua del riachuelo cuando continuó el acoso de la presa por un terreno menos accidentado; eso decía mi mente. Después lo he pensado y mi conclusión es que el estallido de adrenalina fue el causante de todo aquel fluir de ideas y conocimientos, la claridad con que percibía todos y cada uno de los detalles de mi entorno. En seguida me pareció notar la humedad de su aliento, así que apreté aún más el paso, y entonces el suelo desapareció bajo mis pies. No me había dado cuenta, pero oculto detrás de tanta vegetación había un desnivel en el terreno de la bajada de la pendiente. El agua caía en una pequeña cascada, no más de un metro y medio de altura, según pude constatar con posterioridad. En aquel instante se me antojó un abismo. Mis piernas

siguieron corriendo un segundo más, mientras yo volaba, hasta que me estrellé contra el suelo, en el barro.

Instintivamente aferré un palo aparecido de la nada y me levanté de un salto, volviéndome dispuesto a defender mi vida a dentelladas, si era preciso.

Pero de nuevo me encontraba solo. El lobo había desaparecido como por ensalmo. Esperé unos segundos más pero no había ni rastro. Giré en redondo, esperando un ataque por sorpresa desde otro flanco, pero no llegó. Me llevó un buen rato tranquilizarme un poco, pero en unos minutos mi respiración recuperó un ritmo más o menos normal y los latidos del corazón dejaron de martillar en mi pecho y en mis sienes. Me di cuenta de que la algarabía por encima de mi cabeza había vuelto, aves y pequeños mamíferos parloteando despreocupadamente, y eso me relajó un poco.

Comprobé que había caído en una pequeña balsa natural que el río formaba allí, en medio de la floresta. Yo había ido a parar a una orilla, y tenía el aspecto de un jabalí recién rebozado en un barrizal. Un poco más allá había otro salto de agua, me encontraba en una especie de terraza que el suelo formaba y donde se hallaba aquella especie de lago en miniatura. Ya estaba empezando a anochecer, así que miré el palo que aún así para tirarlo. Era un palo muy peculiar, tenía una forma de... de... lo solté de inmediato. ¡Era un hueso! Parecía un hueso humano, aunque yo tampoco era un entendido, claro. Miré alrededor y vi más huesos semienterrados en el barro o bajo el agua, a poca profundidad. Cerca estaban unos que asemejaban unas costillas, y del fondo, cerca de la orilla, sobresalía otro que en aquel momento hubiera apostado el pescuezo a que eran unas vértebras. Humanas. Eso me pareció en ese instante.

No recuerdo claramente lo que ocurrió después. Con las escasas fuerzas que me quedaban, horrorizado y exhausto después de tanto altibajo emocional, emprendí una nueva carrera a lo largo del río, pendiente abajo. Recuerdo las ramas golpeándome una y otra vez, caí varias veces pero la desesperación me obligaba a levantarme y seguir mi huida hacia ninguna parte. Luego una luz intensa que me cegó y oí un frenazo.

Había llegado a la carretera. El conductor se apeó acordándose de todos mis antepasados, pero luego, cuando se percató del estado en que me encontraba, la sarta de insultos cesó.

—¿Qué le ocurre? ¿Está usted bien, señor?

—Por favor, ayúdeme. El lobo... los huesos... la cueva... allí.

Y acto seguido, me desmayé.

Cuando abrí los ojos, estaba tumbado en una camilla, en la consulta de la anciana doctora Farrow. Varias personas me miraban, aunque me llevó unos segundos reconocerlas y situarme de nuevo.

La hija del sheriff

Luz blanca, cegadora. No podía abrir los ojos. Las palabras llegaban desde muy lejos al principio, mezcladas con la marea que arrasaba mi interior. Cuando uno dice que tiene el cuerpo revuelto, no tiene ni idea de lo que se siente al emerger de la inconsciencia.

—Parece que ya vuelve dijo una voz femenina.

—Sí, así es. ¿Cómo te sientes, Jim?

La voz femenina no me resultaba familiar. Miré alrededor desde la camilla donde estaba tumbado. Anette, la doctora Farrow (esa debía ser la voz desconocida, pues aunque me habían hablado de ella aún no habíamos sido presentados formalmente), Joey y Rick. Todos estaban expectantes, aquello parecía un belén, adorando al niño. En ese momento los recuerdos volvieron. Intenté incorporarme de golpe.

—Hay un muerto... allí. Y en la cueva hay algo... el lobo... —todo se agolpaba de repente y no supe cómo explicarlo con más claridad. Las palabras salían como el vapor por la pesa de una olla, a presión, sin un orden lógico.

Al levantarme y plantar los pies en el suelo las piernas me fallaron. Gracias a Dios Joey estaba al lado y me sostuvo, devolviéndome a la camilla como un muñeco que no pesara nada. Me obligó a tumbarme de nuevo, aunque no tuvo más remedio que apoyar sobre mí su barriga inmensa. En aquel momento puedo decir que sentí sobre mí todo el peso de la ley.

—Quédate quieto, caballero, nadie te ha dado permiso para desertar. Aquí la que manda es la doctora.

La mandamás fue la que habló después. Se trataba de una mujer mayor, en apariencia entrada en la sesentena, con media melena sin teñir, detalle que la hacía parecer más mayor. Quizás mi estimación de su edad era alta, pero no tenía intención alguna de preguntarle eso. Ni cualquier otra cosa: mi estado mental se hallaba en nivel entre pésimo y desastroso. La doctora, delgada y flemática, llevaba puesta su bata blanca sobre unos vaqueros y un horrendo suéter color vómito de guisantes.

—No os preocupéis, simplemente ha sufrido un síncope. Se recuperará en breve. Aparte de todo un rosario de arañazos, contusiones y

cortes, no tiene nada. Permanece unos minutos quieto —se refirió a mí—, y después ya puedes levantarte. Poco a poco, no de golpe.

—Pero es que hay que ir a... —el balbuceo seguía, incontrolado. Entonces no me daba cuenta, pero debía de tener el aspecto de un muñeco espasmódico e hiperactivo.

—Hay que recuperarse y luego iremos a donde sea —terció Anette—. Nos has dado un susto de muerte. Llevas un buen rato inconsciente —miró a la doctora y esta sonrió, cómplice—. Te traje un hombre que dice que casi te atropella, saliste a la carretera sin mirar, como un animalillo del bosque.

—¡El bosque! ¡Ahí es donde está! —empecé a gesticular, nervioso. Otra vez hice el intento de incorporarme y otra vez una mano enérgica me lo impidió.

—Tranquilo, no te hagas el machote. Primero bebe un poco de agua y después nos explicas, ordenadamente, eso tan importante que no puede esperar —Rick me puso el vaso delante de las narices.

Bebí. Respiré. Pero no podía calmarme. En cuanto se disipó la niebla dentro de mi cabeza, todo regresó: la angustia en la oscuridad, la carrera, el esqueleto desparramado. Un escalofrió me sacudió igual que una descarga eléctrica.

—A ver, Indiana Jones de pacotilla, cuenta —dijo Joey, con un aire condescendiente que me pareció impropio de él—. ¿Qué hacías en el bosque prácticamente de noche? Hay que ser idiota para hacer eso. Con la de horas que tiene el día...

Anette le dirigió una mirada fulminante. Detecté el mensaje protector que había en ella y eso me reconfortó, me produjo una inexplicable situación hogareña ¿Me estaba enamorando? ¿A mi edad?

Relaté lo que había sucedido lo mejor que pude. La intensidad de lo vivido hizo que en algunos momentos no pudiera seguir delante de manera coherente. Ellos, pacientemente, me dejaron acabar la historia sin interrumpir, escuchando atentamente, sin hacer preguntas hasta el final. Para entonces, la expresión de asombro asomaba en sus rostros.

—¿Y dices que encontraste huesos humanos? Mañana iremos a investigar. Ahora ya es de noche.

—Podías haber sufrido algún percance serio, incluso habermuerto. ¿Cómo se te ocurre ir tú solo de excursión a esas horas? —me reprendió Anette.

—Nadie me había dicho que fuera peligroso...

—Tendremos que molestarte un poco para ir a explorar el terreno, tu casa es el lugar mejor situado para acceder al estanque —afirmó Joey—. De la cueva, sinceramente, yo jamás había oído hablar.

Cruzaron unas miradas y todos coincidieron en que nunca habían escuchado ninguna historia acerca de ella.

—No te preocupes —repliqué—, así tendré un poco de compañ...

—¡Llevo una hora esperándote en tu oficina! ¿Dónde te habías metido?

Todas las cabezas se volvieron al unísono. La puerta se había abierto de repente y por ella entró una joven maquillada como una vampiresa y llena de piercings. Vestía unas sandalias de plataforma, una camiseta de hombrillos que dejaba a la vista el ombligo (con su correspondiente adorno metálico) y una falda tan mini que no se podía afirmar si llegaba a tal. Su aspecto, en general, era... de putilla, por establecer una comparación. En tres pasos se plantó delante del sheriff con una actitud descarada y grosera hasta reventar.

—¿No sabes llamar a la puerta? —el que habló fue Joey—Estoy trabajando ¿No lo ves? —había enojo en su voz.

—Tranquilo, me largaré enseguida. Necesito veinte pavos. Para una actividad del instituto...

—¿Y para eso vienes aquí, entras sin ninguna educación e interrumpes mi trabajo? No recuerdo haberte educado así.

El rostro de Joey subió tres tonos de rojo. Se le veía congestionado, haciendo un esfuerzo por contener la ira.

—Ni así ni de ninguna otra manera. Siempre te ha preocupado más la cerveza que yo.

—¡¡No te consiento que me hables así!! —el bramido del hombretón rebotó entre las paredes y llenó cada centímetro cúbico del aire de la estancia. A mí desde luego de dejó amedrentado. A la chica, para mi sorpresa, no pareció surtirle efecto alguno— ¡Vete ahora mismo a casa! Cuando llegue hablaremos tú y yo. ¡Y quítate esa ropa! Pareces una golfa.

—¿Una golfa? ¡Qué gracia! —el tono impertinente me ofendió hasta a mí—¿Quieres decir como la furcia ésa del bar de la esquina con la que te acuestas de vez en cuan...?

La bofetada estalló y se quedó flotando en la atmósfera de la enfermería. La cara de Taylor se volvió hacia un lado por lo inesperado del golpe, pero recuperó su lugar, esta vez con una incendiaria mirada de odio y

de asco. Con una calma pasmosa, espetó:

—Mírame bien, borracho de mierda, porque no me vas a volver a ver en tu asquerosa vida. Me faltan dos meses para cumplir dieciocho y hasta entonces me esconderé. Después, no se te ocurra buscarme, saco de sebo.

Y salió dando un portazo que casi revienta el cristal de la puerta. Todos nos quedamos en silencio, sin saber qué decir. Joey permanecía cabizbajo, tragándose la furia, intentando recuperar la compostura. Por un momento apareció el ser humano que llevaba dentro, se vislumbró el dolor, la frustración, la pena que arrastraba. Luego, la máscara de yanqui prepotente ocupó de nuevo su lugar.

—¿No vas a buscarla? —carraspeé, intentando romper el aire glacial que imperaba en la habitación. Nadie se atrevía ni a respirar.

—No —sabía que me había arriesgado a recibir una mala contestación por inmiscuirme en asuntos muy personales y delicados, por no decir que no eran de mi incumbencia. Creo que fue la desorientación tras el incidente la que me hizo meter baza, algo impropio en mí—. Esto ya ha ocurrido antes. En un día o dos volverá a casa. Como bien has oído, sé que cuando sea mayor de edad desaparecerá de este pueblo para no volver. Lo sé.

—Por el asunto de antes no te preocupes, mañana seguirá todo donde está, supongo —añadí con aire conciliador, no sabía qué otra cosa decir.

—Además —intervino la doctora, sobreponiéndose a la violencia del momento—, tienes que irte a descansar, Jim. No tienes graves daños físicos, pero el trauma sufrido te perseguirá durante un tiempo. Deberías tomarte unos días de reposo.

Era curioso la familiaridad con la que la doctora me trataba. aún después del tiempo transcurrido ignoro si es su forma de ser con todo el mundo o el resultado de ejercer la medicina en lugar con tantos pacientes animales como humanos.

—Por mí no hay problema —apostilló Joey—. Quédate en casa una semana. De todas formas, será como si estuvieras en el trabajo, porque estaremos allí hasta que todo se aclare. En la comisaria no hay mucho que hacer, ya lo sabes.

La temperatura descendió de nuevo hasta niveles normales. Las personas que conocí aquellos días no dejaban de sorprenderme. Como lo hizo la reacción del sheriff ante la escena de su hija, por ejemplo. De haber estado en su lugar, no sé cómo hubiera actuado yo, pero desde luego si esa fuese mi

hija se iba a enterar después. O quizás lo hubiera hecho mucho tiempo antes de llegar a ese punto. No puedo hablar de lo que desconozco, pero las hijas de Anette no son de esa manera, eso puedo asegurarlo.

—Te llevaré a casa —dijo Anette—. Prepararé un poco de cena y me aseguraré de que te vas a dormir pronto. Ya has oído a la doctora, ahora toca descansar.

El reducido grupo de personas guardaba silencio alrededor de la pequeña fogata. La noche ya se había cerrado, aunque la falta de nubes permitía que la luna bañase el pequeño claro en el bosque. Cualquiera en su sano juicio hubiera evitado prender fuego, por muy pequeño que fuese, dentro del bosque. Cualquiera en su sano juicio que conociese la existencia de ellos ni siquiera se habría acercado al bosque, ni al pueblo. Ni siquiera a muchas millas de distancia. Pero los componentes de grupo no podían considerarse personas en su sano juicio. No es que se hubiesen vuelto locas, a pesar de que otros lo habrían hecho de saber lo que ellos sabían. Su único motivo para soportar todo aquello era la misión que les habían encomendado sus progenitores, y a estos los suyos. Así durante muchas generaciones, hasta donde alcanzaba la memoria de los vivos. Ese encargo, a duras penas soportable pero imposible de eludir, era el que salvaguardaba sus vidas. El propósito era sencillo: tenían que contener eso que habitaba los bosques, pagar el precio y conservar el equilibrio ancestral entre los humanos y ellos. De no ser así, nadie podría evitar un derramamiento de sangre como jamás había conocido la especie humana. La extinción misma, quizás. Pero por suerte alguien selló El Trato en tiempos pretéritos y gracias a eso el mundo estaba a salvo no ya del contacto letal, sino del conocimiento del mismo peligro.

Media docena de rostros se miraron con incomodidad. El efecto dantesco que la hoguera producía en sus facciones hubiera resultado gracioso en otro contexto, pero el motivo que los había reunido carecía de humor por completo. —¿Estás segura? De que han regresado, quiero decir. Parece pronto para despertar.

—Lo estoy —aseveró la mayor de las mujeres—. Tienes razón en que parece que han madrugado en esta ocasión, pero el motivo se me escapa tanto como a ti. Solo puedo afirmar lo que hay. Ni te puedo decir por qué, ni pienso ir a preguntarlo.

—¿Y no creéis que ha sido por él?

Todos volvieron la cara hacia el hombre joven, el que había formulado la pregunta que revoloteaba dentro del pensamiento común.

—Puede que sí, pero en realidad no podemos saberlo —replicó la anciana—.

El forastero acaba de llegar y ellos han regresado. Puede ser una coincidencia o no. Pero todos sabemos lo que hay que hacer.

Nadie se atrevió a replicar. El mayor de los hombres jugueteaba con un palo entre las hojas secas del suelo. El compromiso y la obligación de todos era el mismo, pero nadie quería poner el cascabel al gato. Él, debido a su edad, contaba con más experiencia, si es que alguno la tenía, pero nadie quería afrontar lo que se les venía encima.

—Lo sabemos —dijo otra mujer, algo más joven que la primera—. Sabemos que esto no se va a detener solo, y sabemos que él ha de ser sacrificado. Pero no podemos arriesgarnos a la ligera. Debemos averiguar primero, cerciorarnos de que nadie va a venir tras él haciendo preguntas incómodas.

—Y además —argumentó el hombre con la estrella prendida en la chaqueta— hemos de darnos prisa. Una vez comenzado el proceso, cuanto más tardemos más grande será el perjuicio para todos. ¿Algún voluntario?

No hubo voluntarios. Nunca los había. El hombre intervino de nuevo.

—Bien. Tendremos que arrimar todos el hombro, entonces. Hicimos una promesa de sangre, no lo olvidéis. De sangre. No haced falta que añada nada más. Ya sabéis que esto no es una amenaza, no por mi parte. Escaquearse trae consecuencias. ¿Lo tenemos todos claro?

Hubo un ligero murmullo de aceptación, de mala gana, como solía ser. Pero la afirmación del hombre no admitía réplica. Comenzaron a ponerse en pie con intención de disolver la «reunión». El hombre de la estrella en la pechera apagó la hoguera con un pie y la remató con una botella de agua que había traído. Lo que menos quería nadie era un incendio que atrajese la atención del exterior. Los problemas de casa en casa deben resolverse. Cuando se dispuso a marcharse, solo el más joven le esperaba. Los demás ya habían partido.

—¿Tú crees que las aguas volverán a su cauce cuando el forastero ya no esté? Quiero decir si volverán a dormirse o lo que sea que hagan.

El hombre cabeceó.

—Eso espero. Este es un secreto muy delicado de ocultar. Cada día siento más miedo de lo que pueda pasar si todo se destapa. Anda, vamos. Empieza a hacer fresco.

Llevaba una hora caminando por la orilla de la carretera y le dolían los pies y las piernas. Esas sandalias de plataforma no eran, evidentemente, el calzado más apropiado para una caminata larga. Ni la ropa tampoco. Por el día el sol pegaba fuerte, pero al caer la noche refrescaba y, escasa de ropa como iba, tiritaba de frío a medida que avanzaba.

Unos pocos kilómetros separaban Hazard de Ravenna. Sin embargo, sospechaba que se había precipitado al salir del consultorio como una exhalación y enfilarse por la carretera. Podía haber esperado a la mañana siguiente para irse, seguro que el mismo Rick, a espaldas de su padre, o incluso cualquiera de los chicos del instituto la hubieran acercado en un momento al pueblo de al lado. Tenía unos amigos allí que le permitirían quedarse una temporada mientras encontraba un trabajo que le permitiera costearse una vida propia y olvidarse del borracho de su padre.

Ya estabas más que harta de la vida que llevaba. Cansada de aguantar el mal rollo que tenía en casa un día, otro y otro más. Todo eran voces y exigencias y siempre acababan a grito pelado y ella se refugiaba en su habitación, llorando hasta quedar dormida. Su padre había empezado a caer en picado tras el accidente que sufrió su madre y que le costó la vida. En el mismo pueblo. Impensable. Un forastero que cruzaba el pueblo en coche, despistado, se la llevó por delante.

El golpe fue tremendo para todos. Los primeros días su padre había permanecido ausente, Taylor le miraba sin que él se diera cuenta. Permanecía sentado en la cocina, o en la sala, inmóvil e insensible, mirando por la ventana una hora tras otra, quizás esperando ver a su mujer aparecer tras la esquina, como si volviera de hacer la compra. Taylor se refugió en sus amigas a falta de unos tíos o abuelos que le ayudaran a superar el bache. «Se recuperará, no sufras», decían todos. «Es un buen hombre y se ha quedado solo en un pueblo como éste». ¿Y ella? ¿Qué ocurría con su soledad? ¿Se suponía que debía hacerse cargo de la casa con dieciséis años y tirar del carro ella sola? Pero el tiempo pasó, la herida se restañó en su joven corazón y de mejor o peor manera prosiguió con su existencia.

Sin embargo, Joey empezó a beber y a hundirse en su propia desgracia

cada día un poco más. Un poco al principio, luego un poco más y finalmente todos en el pueblo pudieron ver con claridad que había traspasado la barrera y aquel problema estaba fuera de control.

En casa la comunicación era inexistente. Lo que en su momento había sido una familia normal se había convertido en una ruina violenta, anegada por el alcohol y el desamor. Cuando se quisieron dar cuenta, el abismo que se había abierto en medio de los dos era infranqueable.

Ella comprendía el motivo de todo ello, pero no era capaz de precisar de qué manera todo se había venido abajo. Su necesidad de afecto y comprensión la llevó a ser la «chica fácil» de la clase, la que se enrollaba con todos, y así se ganó —merecidamente—su fama. Pero no vio otra salida. Su padre no venía a casa algunas noches y ella sabía dónde y con quién estaba. No es que nadie intentara ocupar el hueco de su madre, era simplemente otra vía desesperada que él utilizaba para no mirar de frente sus problemas diarios. La vida sigue, se repetía ella cada mañana al levantarse para ir al instituto.

Y ahora estaba en medio de los dos pueblos, demasiado lejos del suyo para volver, demasiado lejos del otro para poder darse un descanso. Se abrazó a sí misma para paliar un poco el frío de noche y siguió adelante.

Y encima no pasaba nadie por la carretera. Si hubiera pasado algún coche hubiera intentado hacer auto-stop, pero justo ésa noche el tráfico era inexistente. En una hora no había visto ni un solo coche, en un sentido o en el otro.

Empezó a arrepentirse por haber sido tan impulsiva. Allí, en medio de ninguna parte, la desdicha cotidiana no lo parecía tanto. Se dio cuenta que nunca volvería al que había sido su hogar durante toda su vida, y la magnitud de lo que estaba haciendo pasó por encima de ella, como una apisonadora.

Aún estaba a tiempo de volver. Él no pondría ningún reparo. Ella sabía que su padre la quería, pero no podía soportar contemplar su autodestrucción paso a paso. Quizás estaban a tiempo de empezar de nuevo, de hablar, de volver a ser una familia, por mucho que faltase un miembro. «Mucha gente lo hace», se dijo a sí misma, «todo es cuestión de empeñarse». Sacudió la cabeza, desechando la idea. En el fondo sabía que solo estaba intentando convencerse a sí misma de lo imposible.

Tenía la vejiga a punto de explotar, no podía aguantar hasta el final del trayecto. Salió de la carretera y se introdujo entre los arbustos que precedían al bosque. Se quedó un momento de pie, mirando a un lado y al otro, pero

decidió que estaba demasiado cerca y demasiado expuesta. Si por casualidad en ese preciso instante pasara algún vehículo, la descubriría allí, con las bragas bajadas, una chica joven con una pinta un poco provocativa, sola en medio de la noche. ¿A quién iba a pedir ayuda? ¿De qué le serviría gritar?

Maldiciendo entre dientes por ser tan estúpida, se internó un poco más en la arboleda. Había luna casi llena, por suerte, y eso le permitía ver con cierta claridad bastantes metros a la redonda. Se dispuso a agacharse, pero las hierbas eran demasiado altas y cambió de opinión. Anduvo unos metros más. Calculó que ya estaría a ochenta o cien metros de la carretera, por ése lado se sintió protegida de miradas indiscretas e inapropiadas.

Recordó el episodio de Billy. Se quedó inmobilizada. Lo que había visto, o creído ver, hizo que todas las alarmas en su mente saltaran, dejando paso al pánico. Intentó tranquilizarse. Tampoco estaba segura de que hubiera visto algo fuera de lo normal. Habían bebido y estaban bastante colocados. Apenas recordaba mucho más que unos ojos brillantes en la oscuridad. Nadie creyó su historia al día siguiente, y en verdad al pasar los días el recuerdo se fue borrando, haciéndose más y más difuso. Probablemente el alcohol le había jugado una mala pasada, si hubiera una manada de lobos o de... otras cosas por ahí, con toda certeza lo habrían sabido en las semanas transcurridas. Aun así, algo en lo más profundo de su mente le decía que sí existía un motivo de preocupación. No sabía decir qué.

Su parte racional descartó cualquier posibilidad anormal y se puso en cuclillas para desahogarse. Cuando hubo terminado, se quedó más tranquila. Se estaba comportando como una idiota. Nunca hubo nada escalofriante en el bosque, ni siquiera alimañas grandes, excepto en algún invierno especialmente crudo, pero ahora estaban en pleno mes de julio. El frío y el cansancio le estaban jugando una mala pasada, sin duda. Ella no era ninguna pusilánime que se dejara amedrentar por terrores infantiles.

Se subió las bragas y se dispuso a volver a la carretera para seguir su camino. Algo se movió entre los matorrales. Se quedó muy quieta, observando por si el movimiento se repetía. Aparte de la brisa nocturna, no pudo apreciar nada más. Estaba empezando a ver fantasmas donde no los había, pensó, pero el pánico, frío y despiadado, comenzó a hacer presa en ella. Durante un par de minutos permaneció escuchando por si oía algo anormal, pero no fue así, de modo que dio unos pasos más.

Ahora estaba segura de que, además del movimiento, había percibido

unos ruidos extraños apenas unos metros más allá. Indecisa, temblando, dudó entre seguir adelante o aproximarse a los arbustos que había visto mover. Al final optó por lo segundo, si no se convencía de que allí lo único que había era su imaginación desbocada no podría seguir su camino tranquila y al final le daría un ataque de histeria.

Con la respiración acelerada y el pulso multiplicado por dos, se acercó de puntillas al lugar exacto. Apartó las ramas y... ¡no había nada! Nunca antes se había sentido tan ridícula ante sí misma. Resopló, sacudiendo la cabeza y regresó a la carretera.

No había avanzado ni cinco metros cuando le pareció ver movimiento por el rabillo del ojo. Se volvió y entonces lo vio. La sangre dejó de circular en sus venas. Estaba a punto de gritar, cuando perdió la cabeza.

Literalmente.

El claro que había delante de mi casa parecía un atasco mañanero en Nueva York. Había tres coches de policía aparte del de Joey, además de otra media docena que pertenecían a vecinos curiosos que se habían enterado de la noticia y acudían dispuestos a fisgar hasta el más mínimo detalle para alimentar sus tertulias vespertinas. Ahora ya sabía de dónde salía la afición de aquellas gentes por las historias truculentas. Las disfrutaban en directo.

La policía había establecido un perímetro de seguridad y se había reservado la mitad del claro, dejando la otra mitad para el público, que no se perdía detalle. Ataron un precinto amarillo a unos arbolillos que había en el claro para evitar que la pequeña multitud allí acumulada se acercase al límite del bosque, donde se amontonaba el grueso (y no lo digo por Joey, que conste) del cuerpo policial. Todos en mi propiedad, por supuesto, como si de un mercadillo benéfico se tratase. En lugar de montar en cólera y mandarles a hacer puñetas, decidí disfrutar de la escena campestre. Ya se me había pasado un poco el susto, propiciado por la auto sugestión, pensaba yo, y por la experiencia nueva en un entorno desconocido. Me equivocaba de nuevo, pero eso no pertenece a esta parte de mi historia. Mi jefe —y nuevo amigo— el sheriff había pedido refuerzos y también había venido la científica, no sé muy bien a qué, teniendo en cuenta que los huesos estaban en el agua; pocas pruebas debían de guardar ya.

Yo lo observaba todo desde el porche, cómodamente sentado en una mecedora, puesto que estaba de reposo por prescripción médica. Durante los últimos tres días permanecer allí era mucho más entretenido que ver la televisión. El primer día sacaron una bolsa negra y la metieron en la furgoneta del forense, que había venido desde St. Paul, la localidad más cercana que era lo bastante grande como para tener un hospital y una comisaría de policía en condiciones.

—Tenemos que mandar los restos allí para que realicen un análisis de ADN, aquí no disponemos de medios para ello —dijo Joey acercándose a mi privilegiada posición.

La observación me hizo sonreír, por lo chocante.

—¿Sabes algo de tu hija? —quise interesarme.

—Nada —su semblante se ensombreció—. Si te soy sincero, tampoco esperaba tener noticias de ella. Esto había de pasar un día u otro. Era inevitable. Y tú, ¿Qué tal te encuentras? ¿Cuándo podremos disponer de nuestra telefonista-secretaria de nuevo? —el chiste pareció animarle.

—En unos días volveré. Ahora mismo tengo dolores y contusiones en cada centímetro cuadrado de mi cuerpo.

—Nada que Anette no pueda arreglar, supongo —guiñó un ojo y se tocó el ala del sombrero—. En fin, no te preocupes, sobreviviremos sin ti. Tengo que volver al trabajo.

—Por supuesto. Hasta luego.

Y regresó a fingir que hacía algo útil cerca de la policía científica, que llevaba un par de días inspeccionando cada recoveco del bosque en busca de alguna prueba esclarecedora, a lo C.S.I.

Yo permanecí un rato observando el circo, con la cabeza en otra parte. Joey no iba desencaminado en lo que había insinuado. El asunto Anette iba adquiriendo importancia para mí, y esta circunstancia debía de resultar evidente a los ojos de los demás. Las idas y venidas a la tienda y las atenciones que me prestaba hablaban por sí solas.

El día después del incidente en el bosque, madre e hija habían venido a hacerme una visita de cortesía. Paulette me obsequió con una mirada reprobatoria al más puro estilo «te lo dije», pero se cuidó mucho de decir nada porque sabía que la respuesta habría ido en línea con «me dijiste ¿qué? No hay nada extraño en el bosque. Me asusté y salí corriendo, pero no vi nada anormal». Trajeron comida y Anette se preocupó especialmente de que nada me faltase y de que estuviera bien cómodo.

Sin embargo, existía una sombra sobre todo esto: ni ella ni yo habíamos hablado nada que rayara el terreno personal. Era amable, solícita, maternal incluso, y yo correspondía con sonrisas y me dejaba hacer, abusando de mi condición de convaleciente y haciendo ver que me sentía más enfermo de lo que en realidad estaba, pero ninguno daba el salto al vacío. Hasta los quinceañeros manejan estas situaciones mejor de lo que nosotros lo estábamos haciendo.

Un par de días después, al caer la tarde, se presentó con la cena para los dos. Sola. Decidí pasar de una vez a la segunda fase.

Aquella noche hacía un calor de mil demonios, durante todo el día no había corrido una brizna de aire y la atmósfera estaba cargada, detenida.

Respirar costaba trabajo y ella lucía un vestido ligero, de flores, que le llegaba por encima de las rodillas. Llevaba el pelo cuidadosamente recogido en un moño, lo cual la hacía más atractiva. Siempre me han resultado muy interesantes las mujeres con el cuello al descubierto, supongo que Freud o el Conde Drácula tendrían algo que decir al respecto.

Cuando entró, yo estaba tumbado en el sofá, viendo la tele.

—¿Qué hace mi paciente favorito? ¡Qué calor hace aquí! Voy a abrir la puerta trasera, a lo mejor corre un poco la brisa.

De vuelta en salón, se dispuso a poner la mesa y servir la cena.

—¿Hace un poco de comida casera? Nada que ver con la bazofia que comías en Nueva York, te lo garantizo.

—Estoy convencido —sonreí—, pero aquí me alimento considerablemente mejor. Será por la influencia del aire que baja de las montañas... todos los días menos hoy. Sentémonos a averiguar a qué sabe eso. ¿Qué va a tomar la señora para beber? ¿Un poco de vino, quizás?

—No, no. Un poco de agua fresca estará bien. No quiero achisparme.

«Pues a lo mejor no estaría mal del todo la idea» pensé mientras iba a la cocina para traer los cubiertos y el agua. El alcohol desinhibe hasta al ser humano más prudente y controlado...

Dimos cuenta del menú relajadamente. La conversación giró en torno al asunto de los restos hallados en el bosque, acerca de nuestros quehaceres diarios y otros temas intrascendentes. Al acabar se ofreció a fregar los platos, pero rehusé:

—Puedo hacerlo yo. Tú cocinas, yo friego, como las parejas bien organizadas.

Si cogió la indirecta, no se le notó nada, nada.

—Bueno, pues entonces me marchó. Las chicas están solas en casa.

—Quédate un poco. Podemos sentarnos a hablar en el porche y tomar un rato el fresco. El poco fresco que hace, quiero decir. Las chicas ya son mayores. Seguro que podrán aguantar un rato más sin su madre. A lo mejor, incluso lo agradecen.

—No puedo Jim. No estoy tranquila sabiendo que están solas.

Decidí no insistir. Tampoco es beneficioso cargar las tintas. Ya habría ocasiones mejores, sin duda.

—Siéntate un rato y reposa. Ya recogerás mañana —sonrió.

Me dirigí al sofá y ella se acercó con la intención de acomodarme con

los cojines. Se inclinó sobre mí para mullirlos tras mi espalda. Nuestros rostros quedaron a escasa distancia. La miré directamente a los ojos. Ella sostuvo la mirada. Mi mano se elevó con la intención de acariciar su mejilla. Hizo un intento de alejarse, pero la retuve por la muñeca.

—¿Qué ocurre? Si te he molestado, dímelo. No era mi intención. Yo sólo...

—No, no es eso. Tú me gustas, pero no sé si estoy preparada para otra relación. Tú sabes que mi marido me abandonó. No sé si estoy dispuesta a correr el riesgo de nuevo.

—Si uno no da un paso adelante, se ahorra lo malo... y lo bueno. No te quedes sólo con las malas experiencias. Vive tu vida y date la ocasión de sentir lo bueno de la misma. A veces duele, pero también merece la pena ¿no crees?

—Supongo. No te enfades, pero ahora no quiero hablar de esto. Prefiero marcharme y aclarar mis ideas. Pensarás que soy una inmadura, pero no es el momento, de verdad.

—Como gustes —suspiré y me levanté para acompañarla hasta la puerta—. No lo tomes a la ligera, no somos unos críos y yo siento que deberíamos darnos una oportunidad, pero si quieres tiempo, así se hará.

—¿Seguro que no estás molesto? Mañana, a la luz del día, lo veré de forma diferente. Ahora estoy... sorprendida y... halagada también. No pensaba que despertase esos sentimientos en ti o a lo mejor no quería pensarlo. No lo sé. En fin, mañana nos vemos.

Se acercó y me besó suavemente. En los labios. Un ligero roce apenas. Como una brisa imperceptible que te deja con la duda de si realmente te acarició. Se dio la vuelta y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Yo me quedé unos instantes de pie, con la sensación agrídulce de haber fracasado en el intento pero no del todo. Decidí guardar aquel beso de despedida como la garantía de un pacto sin firmar aún, pero con perspectivas prometedoras.

El vaivén sentimental me había quitado las ganas de dormir y tampoco me apetecía ver la tele, así que recogí la cocina y me preparé una taza de leche. Con ella en la mano, me aproximé al ventanal que daba al claro que tan ocupado había estado los últimos días.

La luna llena iluminaba el exterior con una luz potente y clara. La tranquilidad se extendía como un manto cubriendo todo. Las hojas de los

árboles no se movían. Del bosque salieron una pareja de ciervos —algo maravilloso para mi mente desacostumbrada— que se detuvieron a la mitad del camino a comer un poco de hierba. Yo estaba sorprendido y encantado por la total indiferencia que mostraban ante el hecho de la presencia humana. Actuaban como si la casa no estuviera allí, ellos pacían insensibles al hecho de que horas antes un rebaño de personas hubiera dejado todo aquello pisoteado.

El macho levantó la cabeza y se quedó inmóvil, escuchando u oliendo algo imperceptible para mí desde el otro lado del cristal de la ventana. La hembra le imitó un segundo después y entonces, como impulsados por un invisible resorte, dieron un salto y desaparecieron a toda carrera.

Miré en dirección contraria, buscando la causa del espante de los ciervos y entonces lo vi.

En un primer momento pensé que era un lobo. Avanzaba en dirección al lugar donde un momento antes estaban los ciervos. Al acercarse me di cuenta de que era demasiado pequeño para ser un lobo, y además su apariencia era diferente. Del tamaño de un perro mediano, tenía las orejas tiesas como las de un lobo, pero el hocico no era afilado, sino corto, como el de un bóxer. Cuando llegó a la altura de mi casa, se detuvo. Su lomo estaba atravesado por rayas más oscuras, confiriéndole una apariencia extraña.

Se quedó un momento allí, a escasos veinte metros de donde yo, fascinado, estaba. Lejos de asustarse como los ciervos se volvió hacia mí, y entonces hizo algo inaudito: se irguió sobre las patas traseras, se puso de pie. Hay perros que saben hacer este tipo de malabarismo, pero se ve que esa postura es inestable para ellos. Este animal tenía una manera extrañamente natural de estar de pie, cómodo, como si lo hiciera habitualmente.

Eché a andar hacia la casa, en mi dirección. Un escalofrío subió por mi espalda. Estaba solo, en medio de la noche, perdido en aquella montaña y no tenía ni un tirachinas para defenderme. Pensé en ir a la cocina y coger un cuchillo, pero no quería perder de vista a mi nuevo vecino ni un instante. Me quedé allí, como una estatua, paralizado por la indecisión y el temor que se apoderaban de mí por momentos. Esa extraña criatura seguía aproximándose, sin prisa pero sin pausa. Daba pasos cortos pero con la confianza del que lleva toda la vida haciéndolo. Si se extrañaba de que las casa estuviese habitada a mí no me dio esa impresión. Lo que pensé fue exactamente lo contrario: que era yo el que había venido a su hogar. A medida que se

acercaba iba apreciando mejor los detalles. Era una hembra, ya podía apreciar la doble hilera de mamas, como botones oscuros. Sus ojos brillaban en la oscuridad como los de un felino, acrecentando mi sensación de pánico.

Recordé la insinuación de Herb acerca de hacerme con un arma o un perro, aunque a juzgar por cómo los ciervos habían salido volando de allí, pensé que una escopeta me resultaría más útil en circunstancias especiales como aquellas. Debí hacerle caso en lugar de obviar su opinión con tanta ligereza.

Ella —mi visitante— alcanzó el porche y empezó a trepar para subir. No mostraba el menor temor, al contrario que yo, que ya me encontraba al borde de la histeria. A pesar de estar protegido por el cristal de la ventana, no me sentía seguro en absoluto. Si me atacaba ¿hacia dónde podía huir? Estaba encerrado en mi propia casa. Cuando subió, pude constatar que su estatura de pie no sobrepasaba mucho el metro veinte, pero era de constitución robusta. Por su boca entreabierta asomaban unos colmillos desproporcionadamente largos, como si correspondiesen a un animal mucho más grande. Para entonces yo temblaba de pies a cabeza como una hoja sacudida por el viento del otoño. La criatura se acercó hasta quedar justo al otro lado del cristal mirándome.

El último detalle que percibí fueron sus ojos, amarillos, y sin embargo extrañamente humanos. La impresión de aquel rostro era la misma que cuando uno mira a una persona. Una persona mitad curiosa, mitad airada. La agresividad que sus fauces imprimían en sus facciones era aterradora, pero nada comparada con el odio reflejado en la profundidad de aquellos ojos fijos en mí. No podía apartar la vista, estaba hipnotizado. Sentí la necesidad de abrir la puerta y acabar con esa situación. La realidad se alejaba poco a poco y yo me perdía en aquel mar amarillo, en aquella lengua que asomaba tras los dientes.

Sonó el móvil. Tal fue mi sobresalto, que la taza que sostenía en las manos se cayó haciéndose mil pedazos y llenando todo de salpicaduras de leche. Por un momento pensé que el corazón se me paraba como aquel día en la oficina, pero siguió latiendo. El escaso tiempo que dediqué a contemplar todo el estropicio fue suficiente. Cuando levanté la mirada de nuevo no había nada delante de mí. El extraño ser había desaparecido. Quizás lo había soñado, después de todo. «Pues claro que no, estúpido, cómo lo vas a soñar».

La cantante de C&C Music Factory seguía gritando aquello de «Everybody dance now» sobre la mesa del salón, así que salí de mi

ensimismamiento y fui a coger el teléfono.

—¿S... sí?

—¡Jim! Ya iba a colgar. Cuánto tardas en coger la llamada. ¿Tan ocupado estás en tu nueva aventura que ya te has olvidado de tus antiguas amistades?

—¡Eres tú, Lizzy!. Qué alivio oír tu voz... —aún escuchaba más fuerte los latidos del corazón en mis sienes que su voz—. No te vas a creer lo que me acaba de ocurrir. Menos mal que la puerta estaba cerrada.

Sin embargo, no era del todo cierto.

¡La puerta! ¡La puerta trasera de la cocina estaba abierta! ¡Anette la había dejado abierta cuando entró para que corriera el aire!

—¡Dios! ¡Tengo que ir a cerrarla!

Arrojé el móvil sobre el sofá y salí corriendo hacia la cocina, justo a tiempo para ver desaparecer una sombra por la puerta exterior, la de la malla mosquitera. La hoja de la puerta se cerró y yo me abalancé sobre ella para echar el pestillo. También cerré la puerta interior y me quedé con la espalda apoyada contra ella. Me dejé resbalar hasta quedar sentado en el suelo, respirando con dificultad. Mi pecho se estaba cerrando. El fantasma del infarto comenzó a volar muy bajo, impregnándome del helor de la muerte. Me puse las manos sobre los ojos porque empezaba a ver puntos amarillos, preludio de un mareo, y eso era algo que no podía permitirme. No en medio de la nada con un... «bicho» rondando por el exterior, o al menos eso esperaba, que permaneciese fuera. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para hacerme con el aire suficiente para seguir viviendo. La cabeza me daba vueltas. La impotencia y la indefensión me producían ganas de echarme a llorar, pero ni siquiera podía concentrarme bastante para eso. «Tranquilo, respira despacio. Ya está todo cerrado. Despacio. En cinco minutos llamas a alguien y punto. Cualquiera te dejará pasar la noche en su casa y mañana... mañana ya tomarás las medidas que sean necesarias. Respira: adentro, afuera, adentro...»

Diez minutos después, allí sentado en el suelo de la cocina, cuando todo volvía a colocarse en su sitio de nuevo escuché un ruido. Agucé el oído para asegurarme de que no estaba sufriendo una paranoia por tanto susto consecutivo. Allí estaba de nuevo. En el piso de arriba. «Te estás volviendo majara, amigo», pensé. Pero no. Era como el sonido de unos pasos suaves, blandos, un tap, tap, tap, ligero, intermitente sobre mi cabeza, en mi

habitación.

Estaba a punto de perder el escaso control sobre mí mismo que aún me quedaba. Se había metido en mi casa, y yo me había encerrado con «eso». Tampoco podía abrir la puerta y salir corriendo, pensé, recordando la sombra que había visto desaparecer unos minutos antes. Además ¿a quién iba a pedir socorro?

«Si llegas al salón sin hacer ruido puedes llamar a la caballería y en diez minutos los tienes aquí». Efectivamente, Joey no tardaría nada si le llamaba pidiendo auxilio. Sólo había un pequeño obstáculo: seis metros de pasillo que separaban la puerta de la cocina de la del salón. «En cuatro zancadas los recorro», pensé, pero ¿Y después? ¿Y si mi amigo, el extraño ser a medio camino entre un lobo y un homínido bajaba a buscarme? ¿Cuántas zancadas necesitaba él o ella? ¿Qué podía hacer yo en el salón si le veía aparecer por la puerta? ¿Jugaríamos al parchís el ratito que iba a tardar la policía en venir a rescatarme?

Volví a la realidad gracias al ruido de algo que se caía al suelo en el piso superior. El *homo lobo* debía estar inspeccionando el terreno. ¿Qué estaría buscando? ¿Por qué se quedaba arriba y no bajaba a por su cena? Durante un momento reparé en el nombre gracioso que había pasado por mi cabeza: *homo lobo*. Como íbamos a intimar dentro de poco, le llamaría *molobo*, que resultaba más familiar.

Me eché a reír, histérico, por la ocurrencia. Acorralado, decidí que no iba a entregarme sin llevarme algo a cambio. Me acerqué al cajón de los cubiertos, lo abrí intentando hacer el mínimo ruido posible, y cogí el cuchillo más grande que tenía. Lo estudié con detenimiento. No era gran cosa, pero estaba afiladísimo y seguro que en una barriga hacía mucha pupa. En una barriga, en una garganta, en cualquier lugar.

Sopesé mis posibilidades. Estaba asustado como un conejillo, pero medía casi uno ochenta contra el metro y poco de mi amigo el hobbit. Él no tenía miedo, simplemente era una bestia —«¿O no?»— guiada por el instinto. Recordé sus ojos: esa mirada destilaba inteligencia aparte del odio. Es posible que también tuviese una estrategia y sólo estuviera jugando un rato con la comida. ¿Sería suficiente con ser más alto? Puede que él fuera pequeño, pero entraba dentro de lo posible que tuviera más fuerza o fiereza de la que yo esperaba.

Estaba perdiendo el tiempo especulando con tonterías y mientras tanto,

allí parado como un pasmarote, dejaba a mi enemigo posicionarse dentro de la casa, así que decidí ganar terreno yo también. Si le pillaba por sorpresa, contaría quizás con un poco de ventaja. No lo pensé más y atravesé la puerta que daba al pasillo.

Enarbolando el cuchillo me planté en medio del corredor, al pie de las escaleras. No había nada a la vista. La planta superior estaba a oscuras, únicamente el resplandor fantasmal de la luna a través de las ventanas vertía una cierta claridad sobre techos y paredes. Dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Seguro que el molobo podía ver mucho mejor que yo y eso me ponía de nuevo en desventaja. Unos ruidos sordos me recordaron mi objetivo. Definitivamente, estaba en mi habitación.

Con sumo cuidado comencé el ascenso, un escalón, otro, despacio, los animales tienen el oído muy fino y no digamos el olfato. Casi no me atrevía ni a respirar. Cuando llegué arriba, me detuve un momento para recuperar un poco el dominio de mí mismo, que amenazaba con volver a esfumarse.

Asomé la cabeza un poco por el esquinazo que daba al tramo de pasillo al fondo del cual se encontraba el dormitorio. La puerta estaba levemente abierta. Tan sólo una rendija. Atisé por si acertaba a ver algo de movimiento a través de la misma, pero no vi nada. Subí el último peldaño y, con la espalda pegada a la pared para poder mirar en ambas direcciones, emprendí la aproximación a la puerta.

En el suelo de madera de la planta de arriba, se apreciaba claramente el roce de unas uñas. No pude evitar el temblor que sacudió todo mi cuerpo. Aunque fuera armado, me encontraba agarrotado por el terror. Hice balance de mi situación: estaba a oscuras, acechando a una criatura que parecía haber salido de una pesadilla más que de un bosque real. No había nadie en kilómetros a la redonda. Pensé que quizás esos fueran los últimos instantes de mi vida. ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Por qué no salir simplemente corriendo hasta el coche y huir como haría cualquiera? Una vez más, la respuesta llegó clara: cabía la posibilidad de que no llegara ni a abrir la puerta de la calle para salir, y si me dejaba pillar por la espalda, entonces ciertamente estaba perdido. Así, por lo menos, lo vería venir de frente y me encontraría con la posibilidad de atacar y matar yo primero.

Recordé los dientes, largos, afilados. Los ojos amarillos, grabados en mi mente. Cuatro pasos después ya casi podía tocar la puerta. Hice acopio del escasísimo valor que me quedaba dentro, conté hasta tres y abrí la puertacon

el cuchillo en alto.

Me saltó encima. Sentí por un instante el cuerpo peludo y caliente y caí despatarrado en el pasillo por el impulso. A ciegas, sin mirar, pateando para librarme de él, lo empujé hacia la cama. Me dispuse a dar el golpe de gracia cuando...

¡Un mapache! ¡Era un puñetero mapache! Había montado todo este circo por un animalejo que estaba mucho más asustado que yo, y no era poco. Me quedé sentado, recuperando todo lo humano que había huido de mí. Cuando por fin pude ponerme en pie, extenuado, abrí una ventana y me aparté. El mapache, que se había escondido bajo la cama, salió por ella dando un salto mortal. «Otro histérico», pensé.

Me senté en la cama, con el cuchillo en el regazo. Quizás había sacado las cosas un poco de quicio. La experiencia en el bosque me había hecho mella y lo de esa noche lo demostraba. Pensándolo serenamente, lo que había visto no era más que un animal. Un animal extraordinario porque nadie lo había mencionado antes. Una nueva especie sin descubrir. Quizás fuera un eslabón perdido, sus ojos y su forma de desplazarse eran totalmente humanoides. Recordé un documental acerca de una especie de humanos que habían vivido en Indonesia y que se llamaban homo floriensis o algo parecido. Eran bajitos y habían desaparecido sin llegar a evolucionar en seres humanos modernos, al igual que los Neanderthales. Era perfectamente plausible la existencia de un «antepasado» del hombre con aquella apariencia tan temible y que algún espécimen aún viviera en algún recóndito rincón de aquéllos bosques.

El miedo fue dejando paso a la excitación. Había descubierto una nueva especie que se parecía a un ser humano depredador. Yo, un simple agente de bolsa retirado. Iba a ser famoso en todo el mundo y mi nombre quedaría grabado en los libros de historia natural. Aquella noche no pude pegar un ojo.

La primera tarea que me impuse la mañana siguiente fue hacer una visita a Herb. Sabía perfectamente que no me iban a vender una escopeta tan fácilmente, antes tendría que obtener una licencia de armas. No era complicado, pero llevaba un tiempo. Mientras tanto, tenía al proveedor al lado de casa. Los contactos sirven para valerse de ellos en ocasiones especiales, y esa era especialmente especial.

Lo encontré dentro de un cobertizo grande que tenía al lado de su casa. Era una casa corriente, de campo, en dos plantas, al más puro estilo yanqui rural, como las que uno ve en las películas. Parecida a mi nuevo hogar, la verdad. La ropa estaba tendida en unas cuerdas en el porche. Tras apearme del vehículo mi intención era tocar al timbre, la puerta o lo que fuese, pero no llegué a destino. Vi sus piernas sobresaliendo debajo de un tractor, justo fuera del garaje, así que cambié la dirección de mis pasos. Herb y un servidor, desde aquel primer día, ya nos habíamos encontrado varias veces en el pueblo y ya habíamos cambiado los usted por los tú. Aún no conocía a su familia, pero había llegado el gran día.

Herb estaba tendido debajo de un tractor y oyó mi coche llegar. Cuando se puso pie tuve que hacer un esfuerzo por contener la risa. Aquello más parecía un engendro salido de una película de zombis de serie B. completamente cubierto de grasa a la que se había pegado el polvo del suelo y montones de pajas. Terrorífico. Se acercó saludando con una mano grasienta y un trapo en la otra con el que intentaba, en vano, adecentarse.

—¿Qué hay de nuevo, Jim? ¡Qué honor tenerte por aquí! No te prodigas mucho en tus visitas a los vecinos. ¿A qué debemos la ocasión?

«¿Ha dicho prodigas?», la idea se arrastró dentro de mi mente como un reptil venenoso. La palabra en sí no tenía nada raro, sólo quedaba extraña viniendo de una masa de grasa y suciedad andante, pero este hombre era una caja de sorpresas. Mi impresión inicial de que había más dentro de lo que se vislumbraba por fuera era cierta.

—La verdad es que para ser vecinos no hacemos mucha vida social, no. Si he de serte sincero, he estado muy ocupado y, bueno, supongo que sabrás lo del accidente del bosque.

—En un pueblo como este todo se sabe al instante. Ya te dije que debías hacerte con un arma. En verano hay comida y los lobos no son peligrosos, pero para el invierno es mejor que vayas pensando seriamente en esa cuestión.

—Bien, precisamente es por eso por lo que estoy aquí. Hasta que tenga licencia, no puedo hacerme con un arma. Había pensado que quizás tú puedas prestarme una escopeta durante unos días. Es que... tengo que volver al bosque. Aquel día perdí algo importante y necesito ir a buscarlo. Pero claro, no me atrevo a volver sin nada en las manos ¿me entiendes?

Enarcó una ceja y se me quedó mirando. Parecía estar decidiendo si se tragaba la historia o no. Yo, entretanto, intentaba pensar en algo tan importante como para volver por ello sin levantar sospechas. De momento no quería propagar mi historia más de lo necesario. Tal vez alguien quisiera acompañarme, y entonces mis planes se irían al traste.

—¿Sabes manejarla? —dijo. Suspiré de alivio. Nada de preguntas indiscretas.

—Esperaba que tú me lo explicaras. No puede ser tan complicado.

—No lo es. Pareces un tipo en quien se puede confiar. Espero que no hagas un uso indebido de ella. No es un juguete. No se te ocurra usarla en presencia de otras personas. De hecho, lo más indicado es que tampoco la uses salvo causa de fuerza muy mayor. Podrías hacerte daño tú mismo. No quiero ni pensarlo. Imagínate la responsabilidad y el cargo de conciencia. No me importan los problemas legales, puedo hablar con Joey y amañar una denuncia por robo con una fecha falsa si me viera en aprietos legales

—Ya me siento más tranquilo, mira. Se nota que tu preocupación por mi integridad es de corazón.

En lugar de ofenderse se echó a reír. Muchas veces a lo largo de estos meses me ha sorprendido la capacidad de estas gentes para reaccionar de la manera más pintoresca. Aunque, bien pensado, el que debería haberse ofendido era yo, y no lo estaba. Lo que le pedía era mucho y tampoco habíamos llegado a un nivel tan profundo de confianza.

—Los problemas para ambos serían muy serios. Mucho, Jim—afirmó volviendo a la seriedad.

—Descuida, nadie lo sabrá. No voy a hacer nada impropio. Sólo es para mi defensa y nadie vendrá conmigo, te lo aseguro.

—Bien. Ven conmigo.

En diez minutos ya habíamos terminado la clase teórica. Aprendí a abrir, cargar, apuntar y disparar. Me entregó una caja con cartuchos. La abrí.

—No voy a necesitar tantos. En realidad, espero no necesitar ninguno.

—No pensarás ir a ninguna parte sin antes haber practicado un poco ¿verdad? Dispara unas cuantas tardes con ella para acostumbrarte al peso y al retroceso, y haz un poco de puntería. Acuérdate de sujetarla fuerte contra el hombro si no quieres partirte una clavícula. Otra cosa más: no es asunto mío, pero cuando hagas lo que quieres hacer, devuélvemela. No me gusta que un arma a mi nombre esté en manos de otras personas. Ni aunque te conozca. Esto no es como pedirme las llaves del coche. ¿Estamos?

—Sí, sí, no te preocupes, de verdad. La tendrás de vuelta en poco tiempo. Sin usar, si todo va bien. Gracias por tu comprensión y por tu ayuda.

El semblante adusto que había mantenido hasta ese momento se suavizó. Lo peor de mi misión allí había pasado. Ya tenía mi seguro de vida.

—Padre, ya he terminado de arreglar el gallinero. Esa maldita zorra no se llevará más gallinas.

Ambos nos volvimos. Desde la parte trasera de la casa se acercaba un joven de una edad aproximada a los veinte años. Su aspecto era tosco y la mirada de sus ojos denotaba una total carencia de inteligencia.

—Te presento a Noah, mi hijo mayor. Este es Jim, nuestro vecino.

—Encantado —su mirada se detuvo en la escopeta, pero no dijo nada.

—Lo mismo digo —estreché otra mano mugrienta coronada por un juego de uñas asombrosamente negras por la suciedad. El chico despedía un fuerte olor a sudor, pero me las arreglé para no volver la cara y le dediqué la sonrisa más cordial que encontré en mi registro—. ¿Tenéis problemas con las alimañas? —como un flash vino a mi mente el recuerdo de la noche anterior. Yo no lo hubiera definido como una alimaña, sino algo mucho peor. Una extraña sensación de vacío se adueñó de mi estómago. ¿Miedo? Nunca he sido una persona cobarde, pero aquella situación empezaba a inquietarme por momentos.

—En las últimas semanas —puntualizó Herb—nuestro gallinero ha sido asaltado en tres ocasiones. Debe de haber una zorra merodeando por los alrededores, y una vez que prueban el género, ya no desisten hasta agotarlo. Lo hemos rodeado de alambre de espino. ¿Dónde está tu hermano? —preguntó a su retoño.

—Ha cogido una de las escopetas y ha ido a buscar a la zorra. Dice

que así no tendremos más problemas nunca.

Herb se quedó blanco como el papel. Durante los siguientes cinco segundos no fue capaz de articular palabra. Entonces reaccionó. Explotó, más bien.

—¡Idiota! ¿Cómo le has dejado ir sólo? Tenemos que ir en su busca ahora mismo. Hemos de encontrarle nosotros primero.

Agarró al chico por un brazo, entró en el cobertizo y salieron con una escopeta cada uno. ¿Qué era aquello? ¿Un arsenal de ejército?

No tuve ocasión ni de ofrecerme a acompañarles. Salieron corriendo a la velocidad del rayo hacia el bosque. Un minuto después, estaba yo sólo de pie en medio de la explanada, como una estatua que no sabe muy bien para qué la han puesto allí.

Subí al coche y volví a casa. El eco de sus últimas palabras resonaba en mi cabeza: «hemos de encontrarle nosotros primero...», «nosotros primero...». No sabía muy bien cómo encajar aquello. ¿Ellos primero?

13

Ellos llegan primero

El ramaje cada vez se espesaba más. Los troncos de los árboles, las zarzas, espinos y otros arbustos prácticamente imposibilitaban su avance. La luz del día, tamizada por las copas de los árboles, se tornaba en una suave penumbra a nivel del suelo. Pero no le importaba en absoluto, sabía orientarse en el bosque desde que era apenas un niño.

Llevaba unas dos horas siguiendo el rastro de la zorra. Era escurridiza, la muy hija de perra. E inteligente. En un par de ocasiones le había parecido verla, pero la había perdido. Cuando la pillase lo iba a lamentar. Mucho.

Todo había comenzado una semana antes. En medio de la noche, había oído un alboroto en el gallinero. Serían las tres de la madrugada. En principio no le había dado demasiada importancia, eso pasa algunas veces. Se volvió y miró a su hermano, en la cama contigua. Roncaba como una marmota. Para variar. Noah siempre dormía como un lirón, así se cayera el techo de la casa.

El tumulto se repitió de nuevo, y en esta ocasión sí que se alarmó. Algo anormal ocurría. Se levantó y se puso una camisa, porque estaba en calzoncillos, se calzó, bajó las escaleras y agarró la escopeta que siempre tenían en una vitrina nada más entrar en el salón. Por si hacía falta en un

momento dado, decía su padre. Nunca había preguntado qué entendía Herb por «un momento dado», y a medida que se hizo mayor menos aún. Si se daba la oportunidad de utilizar una escopeta guardada en un salón lo mejor que uno podía hacer era poner tierra por medio.

—¿Dónde vas a estas horas, Aaron?

Miró hacía arriba. Su padre le miraba, desgreñado y legañoso, desde lo alto de la escalera. Se estaba rascando los huevos, un gesto muy habitual en él.

—He oído ruidos extraños en el gallinero. Voy a ver.

Eso pareció espabilar al viejo de repente. Mientras se giraba, susurró con voz pastosa por encima del hombro:

—Espera un minuto. Voy contigo. No salgas solo a estas horas.

Y se volvió al dormitorio para vestirse. Algunas veces su padre le exasperaba. A sus diecinueve años, era un hombre bastante fornido. Nadie se atrevía a meterse con él en el pueblo, todos sabían que las consecuencias podías ser bastante funestas. A pesar de ello, su padre le miraba como si fuera un niño pequeño. ¿Por qué no podía ir solo? ¡Llevaba una escopeta en la mano, por el amor de Dios! Cualquiera bichejo que hubiera allí fuera iba a probar su plato especial: estofado de pólvora.

No esperó a su padre. Abrió la puerta y salió. La visibilidad era muy escasa, pues estaba un poco nublado. En cuatro pasos había dado la vuelta a la casa, justo a tiempo para ver cómo la zorra se llevaba una gallina en la boca. No la vio bien, apenas la silueta en la oscuridad y la blancura del plumaje del ave muerta. Pudo apreciar la cola y los cuartos traseros, oscuros, perderse entre los matorrales.

Le dio una patada a una lata, frustrado, y lanzó una maldición. Iba a salir corriendo en pos de la ladrona, cuando una fuerte mano le agarró por un brazo.

—¿No te he dicho que me esperases? —el matiz adormilado había desaparecido de la voz de Herb, que susurraba entre dientes como si alguien pudiera oír lo que estaban hablando.

Aaron forcejeó con la intención de liberarse, pero la presa no cedió. Su viejo era fuerte, sin duda.

—¡Déjame! Se va a escapar.

—No puedes perseguirla ahora. Es de noche y no se ve un pimiento. Esta noche ya no volverá. Mañana pondremos trampas y reforzaremos el

gallinero. Ahora ya no hay nada que puedas hacer. Volvamos a la cama.

—Pero, padre...

—¿Es tan difícil que obedezcas a la primera? Por todo tienes que discutir. Mira tu hermano, él es mucho más razonable.

—Mi hermano tiene el mismo coeficiente intelectual que una zapatilla. No es que sea obediente, es que no tiene voluntad propia.

Herb le agarró por la pechera de la camisa y apretó los dientes para contener el impulso de golpear a su hijo.

—¡No se te ocurra faltarle al respeto! Es tu hermano y una excelente persona.

Aaron agachó la cabeza, avergonzado.

—Sí, discúlpame. Es por la rabia de haber dejado escapar a la zorra.

—Venga, vámonos —le soltó y le pasó un brazo sobre los hombros—. Mañana será un día muy largo. Hay montones de cosas por hacer.

Y así fue. Reforzaron la alambrada del gallinero y pusieron cepos cerca, en varias direcciones, por si se repetía la visita. Aaron se quedó admirando su obra, satisfecho, y le dijo a su hermano:

—A ver si ahora se atreve a entrar esa desgraciada.

Noah le miró sin replicar, como de costumbre. La conversación de aquel muchacho era muy, muy limitada.

El caso es que la desgraciada volvió a entrar, cuatro noches después. Esta vez no hubo desbandada de gallinas ni algarabía ni nada. En absoluto silencio, eludió todas las trampas y se las apañó para hacer un agujero, colarse dentro y llevarse la cena. Lo más asombroso era cómo había tenido la fuerza y la habilidad para separar los alambres que ellos habían atravesado. Increíble. Si no estuviera tan furioso, la felicitaría cuando la encontrara.

Ese día Herbles había encargado a él y a Noah instalar una barrera bien tupida de alambre de espino, mientras él reparaba el tractor. Al cabo de un rato, se levantó como para ir al retrete.

—Termina tú, Noah. Yo vuelvo ahora en un rato. Tengo que ir a cazar a la maldita zorra.

Noah asintió y siguió a lo suyo, mientras él se acercaba a la entrada de la casa por el lado opuesto al cobertizo para que su padre no le viera, cogió la escopeta del salón y se dirigió al bosque a continuación sin que nadie le viera.

De vez en cuando descubría un reguero de sangre sobre las plantas,

unas gotitas sobre las hojas nada más. Suficiente para no perder el rastro. En un par de ocasiones le pareció oír unos sonidos extraños, como de un lenguaje animal, lo cual le había desconcertado, los zorros son absolutamente silenciosos, pero se dio cuenta de que además de su objetivo había montones de seres vivos en aquel bosque.

Caminaba procurando no pisar ninguna ramita para no poner sobre aviso a su presa. Se le vino a la cabeza lo que le había pasado al forastero nuevo, al de la casa de los Wilson. Eso les pasa por meterse donde no les llaman. Vienen de la ciudad, los muy cretinos, y se creen que lo saben todo, cuando en realidad no tienen ni la menor idea. Según le había contado su padre, se había hecho un buen descalabro por meterse en camisa de once varas. Al parecer había hecho buenas migas con él, hecho desconcertante para el joven. Herb era de naturaleza más bien huraña. No era su costumbre socializar a menudo con la gente del pueblo, a excepción del sheriff, la doctora —pues se encargaba de vacunar las vacas y los caballos— y esa vieja de la tienda, la que afirmaba contactar con los fantasmas o lo que fuese. Menuda cuadrilla. El caso es que el forastero le había, por un motivo que Aaron desconocía, caído en gracia. Como si estuviese hablando consigo mismo, se encogió de hombros. Tanto le daba si se emborrachaban juntos o lo que hiciesen, tanto los unos como los otros. Él iba a lo suyo y no quería saber nada de las vidas ajenas.

Se detuvo un segundo, a escuchar, en un pequeño claro de apenas una docena de pasos de anchura. Captaba un ligero movimiento un poco más allá, a la derecha del lugar por donde él había penetrado en el claro. Muy lentamente, se acercó al lugar exacto, sin respirar siquiera, posando los pies mínimamente, como si flotara, y volvió dentro de la espesura. No veía nada extraño. Sin embargo, hubiera jurado que...

Un bulto pequeño junto a un gran cedro llamó su atención. Se aproximó a comprobar qué era. Cuando estuvo lo bastante cerca y apartó las ramas de unos helechos el corazón le dio un vuelco: una mano, humana, por supuesto. Pero el propietario no estaba allí. Únicamente la mano, arrancada de su brazo por unos dientes cuya huella había quedado marcada claramente a la altura de la muñeca.

En el dedo anular tenía un anillo muy llamativo, de mujer, más bien de chica joven, con un pedazo de cristal malva simulando ser algún tipo de piedra preciosa. Ese anillo le sonaba mucho, pero ahora no acertaba a recordar a

quién se lo había visto puesto.

La perspectiva de conocer a la dueña de la mano le empezó a revolver el estómago. Esto no era obra de un zorro, eso estaba claro. Miró a su alrededor, cerciorándose de que no había pasado ningún detalle por alto. Al fijarse de nuevo en el hallazgo, pudo apreciar los tejidos cortados limpiamente de una dentellada, las venas, el hueso.

De súbito, una certeza le sacudió: había entrado en el bosque, solo, sin avisar a nadie de dónde había ido. Se lo había dicho a Noah, cierto, pero eso y nadie venía a ser lo mismo. El animal que había hecho aquello no era un zorro, sino algomucho más grande, fuerte y agresivo. De forma inconsciente, retiró el seguro del arma. Se cercioró de que iba cargada y puso el dedo sobre el guardamonte. En la parte de fuera, para no disparar por accidente, pero a una pulgada del gatillo. Si se trataba de un lobo, el cabrón debía de ser del tamaño de una puma. Si por el contrario, se había cruzado con el rastro de un oso, más le valía encomendarse y rezar para no cruzar sus caminos. Difícilmente podría huir de él entre tanta profusión vegetal y si disparaba y no le mataba en el acto, que era lo más probable, lo único que encontrarían de él, si es que lo encontraban alguna vez, sería el dedo agarrotado en torno al gatillo que acababa de apretar. Se inclinó y vomitó el desayuno completo. Qué lástima, desperdiciarlo de esa manera. Respiró hondo para recuperar la compostura y entonces oyó el mismo sonido que antes, pero esta vez muy, muy claro y cercano:

—Ahhkk! Ahhkkk! Ooomf...

Perplejo, se quedó pegado de espaldas al tronco del enorme árbol, instintivamente, para así proteger la retaguardia, pero no detectó ningún signo de actividad a izquierda ni a derecha, ni tampoco de frente.

Unas gotas le empañaron la vista. Al enjugarse, se dio cuenta de que era sangre. No había visto nada porque el extraño lenguaje provenía de... arriba.

Levantó la vista al tiempo que la escopeta, pero todo fue en vano. La bestia se arrojó sobre él desgarrándole la garganta. Sus costillas se fracturaron por la fuerza del golpe.

Lo último que acertó a pensar era cuánto pesaba el condenado, y qué mal le olía el aliento.

—No puedo creer que lo que estoy escuchando salga de tu boca. Siempre te he tenido por un hombre sensato.

Suspiré, resignado. Aferrado a la posibilidad de que mi historia fuera recibida con interés, aceptación o curiosidad, la respuesta me convenció de que, en el fondo, sabía que obtendría una respuesta similar.

—Te juro que todo es cierto, Lizzy. No me he vuelto tarumba. De verdad.

Ella había iniciado la conversación en un tono jovial que desapareció por completo de su voz.

—Te había llamado para quedarme tranquila de que todo te iba bien, pero ahora estoy más preocupada que antes. Si quieres le puedo pedir unos días al *boss* y me voy contigo, a fin de cuentas llevo tres años sin tomarme vacaciones.

—Si quieres venir, estaré encantado de tenerte aquí el tiempo que desees, pero no lo hagas por mí, yo estoy genial, incluso he engordado un par de kilillos, aunque no suene bien.

—Lo que me has explicado es una barbaridad. Me resisto a pensar que después de volver el planeta del derecho y del revés varias veces, los científicos hayan pasado por alto una especie de hombre lobo en pleno corazón de América. ¿Seguro que no has fumado nada alucinógeno?

En su vida había fumado ni un miserable porro. Tampoco lo mentaba, pero Elizabeth lo sabía de sobra.

—¿Acaso no me crees?

—Si quieres que sea sincera, no.

Lizzy era esa clase de persona: pragmática por encima de todo. Si yo había presumido delante de Paulette, lo mío era como una pulga al lado de un elefante comparado con el materialismo a ultranza de Lizzy. No aceptaba nada que no tuviera delante de sus ojos, y a veces ni siquiera viéndolo. La palabra fe carecía de significado para ella. Era el prototipo peliculero de mujer de negocios agresiva e implacable. Todos la llamaban «el tiburón», porque no dejaba escapar ni una presa. De negocios, pero una presa a fin de cuentas.

Sin embargo, se trataba de un tiburón con mucho encanto. Habíamos

trabajado juntos los últimos diez años, y debajo de la coraza externa yo había descubierto una delicada ninfa de los bosques, una artista sensible y tierna. Pintaba en sus ratos libres, aunque nadie sabía cuándo los tenía, pues estaba plenamente dedicada al trabajo. Mi opinión sobre ella cambió en una ocasión, al salir de una cena que ambos tuvimos con nuestros mejores clientes. Rompiendo con nuestra costumbre personal y corporativa —no mezclar la vida laboral con la particular—, salimos a tomar algo después de una interminable jornada laboral. Nos despedimos de los clientes, les acompañamos a su hotel y nos dimos un rato de ocio para celebrar el acuerdo millonario recién cerrado.

Después de las copas —más de las recomendables, he de reconocer— vino un poco de baile. Una cosa llevó a la otra y el final de fiesta tuvo lugar en mi cama, donde volvió a aparecer el tiburón... pero de otro tipo.

Al día siguiente, esfumados los vapores étlicos, la racionalidad se impuso:

—Mira, Jim, no creo que esto funcione. Ambos trabajamos en el mismo lugar y estoy segura de que al final nuestra amistad se irá al garete si mezclamos lo personal y lo profesional. Y nuestras carreras se verían muy perjudicadas, estoy convencida de ello. Lo de anoche estuvo bien, y yo te aprecio, eres un tío excepcional, pero...

—Tranquila, nos olvidaremos de que esto ha pasado y seguiremos como hasta ahora. Fue un momento de debilidad, lo entiendo.

En fin, la historia de mi vida. La química entre ambos siempre fue perfecta. Estábamos sincronizados al milisegundo, no era necesario planificar el trabajo. Nos entendíamos de maravilla, pero siempre existió esa barrera invisible entre nosotros.

Nunca antes había sentido por una mujer una afinidad similar a la que sentí por Lizzy. Si necesitaba desahogarme, ella estaba allí, igual que yo para ella. Incluso derramó unas lágrimas cuando decidí mudarme.

—Te voy a echar mucho de menos. Nada será lo mismo sin ti —gimoteó.

Como una declaración de amor póstuma, vamos.

Mi cabeza regresó a la conversación telefónica que teníamos entre manos.

—Pues si no me crees, puedes venir y comprobarlo por ti misma. Conseguiré pruebas y tendrás que tragarte tus palabras —ya me estaba

molestando un poco la nula credibilidad que le daba a mi testimonio. Como si yo fuera el típico bromista que siempre está engañando a todo el mundo para reírse un rato a su costa.

Su risa atravesó el espacio hasta el satélite y regresó a la superficie del planeta, regalando de nuevo mis oídos.

—No te enfades, tonto. De todas maneras, intentaré ir a hacerte una visita antes de que se esfume el calor estival. En recuerdo de los viejos tiempos. Cuídate, guapo. Un beso.

Colgué el teléfono, exasperado. Si de alguien no había esperado tanto escepticismo —aun conociendo su faceta de aséptica mujer de negocios—, la falta de confianza en mí, era de Lizzy. Aquello me hizo reforzarme en mi decisión tomada la noche antes, iba a sacar todo aquel tema a la luz a costa de lo que fuese.

Buscar y hallar

Herb y Noah llevaban un buen rato buscando a Aaron sin resultado. Habían partido en la dirección que Noah indicó, si bien el muchacho no estaba seguro de que por allí es por donde su hermano se había internado en el bosque. Herb arqueó las cejas: hubiera esperado más rotundidad en la respuesta, Noah no era muy espabilado pero en lo referente a desenvolverse entre árboles y animalillos no había otro como él. En alguna ocasión había pensado que su hijo se había confundido de especie al nacer. Todo lo que le faltaba para desenvolverse en el mundo humano le sobraba en medio de la naturaleza: poseía un excelente instinto, sabía moverse sin dejar rastro ni levantar sonido alguno, su olfato para seguir pistas superaba al de cualquier sabueso. El desconcierto de su hijo le desarmó, pero siguió en la dirección que le había sugerido.

Se hallaban en una zona que Herb nunca había explorado. Las zonas aledañas a su propiedad las había pateado y batido. Incluso había llegado hasta la de los Wilson bosque a través, y eso suponía una buena tirada entre la espesura. No era ningún novato, yoda su vida había vivido en el pueblo, pero jamás había entrado en aquélla parte del bosque, los habitantes del pueblo la consideraban algo parecido a un tabú. Y él también. Siempre había habido rumores acerca de espíritus que habitaban el bosque, espíritus hostiles que detestaban ser molestados. Paulette, esa cacatúa a la que todos reverenciaban, se había encargado de amedrentar a todo el hatajo de mentes planas, pero él no terminaba de tragarse todo aquella historia. En ese momento, no obstante, todo le parecía muy real. La zorra dejó de parecerle una zorra y su escepticismo acerca de las historias de Paulette se disolvió de súbito. Las reuniones del grupo le divertían, se sentía como los críos cuando juegan a la ouija, pero siempre había respetado —algo en su interior le obligaba a ello— sus advertencias. No hagáis esto, haced lo otro, que anide se entere... Nunca había visto nada malo en aquel jueguecillo, pero por si acaso se había atendido a las reglas. Tampoco había sido testigo de hecho anómalo alguno. Cierto que habían ocurrido unas poca muertes truculentas, pero donde hay personas hay maldad. La Humanidad siempre ha tenido buen cuidado de liquidarse a sí misma. El resto eran, a su parecer, leyendas levantadas en torno a los asesinatos —no todos lo habían sido, según su modo de ver— originadas en el

temor y la superstición de gente de bajas estofa cultural. Toda la vida se la había pasado en las montañas, sus bosques y demás y jamás había encontrado vestigio alguno de lo que ella les contaba. Los otros parecían creerla a pies juntillas y cuando le invitaron a él a entrar en el grupo aceptó. Le dijeron que su aportación llegaría a ser importante con el tiempo. «Nosotros no elegimos: somos elegidos», dijo Paulette en una ocasión. Nadie le había explicado nada. Una vez discurrió que quizás la importancia que él representaba era Noah y su habilidad innata para moverse por todas partes, pero al transcurrir meses y años tal posibilidad fue perdiendo consistencia.

Si bien no terminaba de ver el objeto de las reuniones, continuó asistiendo. No perjudicaban a nadie y su máxima en la vida era vivir en paz, evitar en lo posible los problemas; estos se encargan solitos de presentarse sin necesidad de irlos buscando. Jamás había entrado en ninguna discusión o comentario acerca de ese tema con nadie en el pueblo, por supuesto los otros se lo habían prohibido, era una de las normas del grupo, así que él se dedicaba a lo suyo y nunca había sufrido ningún revés con los espíritus. Colaboraba con *los otros* para mantener ese pequeño secreto, pero su creencia en lo sobrenatural era, digamos, escasa.

Aún así, no podía evitar sentir un lejano temor que latía por debajo de la consciencia cada vez que alguien desaparecía, y a lo largo de su ya extensa vida la lista de desaparecidos se había engrosado bastante. Ciertamente, el futuro para la juventud estaba mermado si se quedaban a vivir en aquel pueblucho, pero no sólo habían desaparecido los jóvenes, también gente adulta y hasta algún anciano.

Cada pocos años tenían una oleada, varias personas no volvían del trabajo a casa, o del colegio, o de sus noches de sábado. Estaban ahí y al día siguiente ya no estaban, simplemente. Nadie se despedía, ni una nota, ni discusiones, ni problemas. Y eso sí que lo encontraba sospechoso. Pero hasta el presente, nadie había aportado pruebas de que algo fuera de lo normal ocurriese allí. Si los otros supieran lo que pensaba al respecto, más le valía mudarse a otro lugar, desde luego. Una vez te manchas las manos, ya no es posible abandonar. Una cosa es creer a pies juntillas la historia que Paulette les había referido, y otra muy diferente era reverenciar y ocultar algo que ni siquiera había visto con sus propios ojos. Por lo que a él respectaba, podía ser la misma Paulette la responsable de las desapariciones. Y de las muertes. Y si no era ella, podía ser cualquiera de los otros.

—Mira, padre, aquí hay algo —Noah se detuvo de golpe, sacándole de su ensimismamiento y haciéndole volver a la realidad.

Su atención se desvió hacia donde su hijo señalaba.

—Es un surco de vegetación aplastada. Como si hubieran arrastrado algo. Y fijate bien. Hay un poco de sangre aquí. El rastro desaparece cerca de ese árbol.

Noah. Cuando apenas era un bebé, se dieron cuenta de que le faltaba algo. Le hablabas y tardaba un par de segundos en recibir la señal. Herb recordaba las transmisiones vía satélite por televisión, antiguamente. Los locutores movían la boca y a continuación se escuchaban las palabras. Noah era así. Todo lo hacía en dos tiempos. Si le mandabas hacer algo, se quedaba unos segundos procesando la información, por simple que fuese, y luego lo hacía sin rechistar.

En cuanto tuvo edad de trabajar, lo sacaron del colegio. Los profesores ya lo habían dado por perdido muchos años atrás, así que pasó del colegio a la granja sin mayor trámite. Tampoco se quejó. Igual le daba estar en un sitio que en otro. A Herb le dolía el corazón cuando se detenía a pensar qué haría su hijo con su vida el día que no tuviera alguien que dirigiese sus acciones, porque era una buena persona, pero cuando nació el impulso vital lo estaban repartiendo en otro lado.

Sin embargo, poseía un talento muy especial: era como un perro de caza. Todo lo que le faltaba en su parte «social», le sobraba en su conexión con la naturaleza. Sabía si los animales estaban mejor de esta manera o de la otra, si se encontraban a gusto o no. De alguna extraña manera, sabía cuándo las vacas iban a tener un mal parto, y cosas así. No tenía un sexto sentido con las personas, pero sí un séptimo con los animales y con las plantas. A él mismo, un cazador experimentado, se le habría pasado por alto aquél rastro, apenas perceptible entre tanta maleza.

—Creo que deberíamos seguirlo hacia atrás, para ver dónde empieza —dijo Noah, pensativo.

—Bien, vamos allá.

Un poco más allá hallaron más salpicaduras de sangre. Esta vez, hasta un ciego las habría visto. Noah se quedó mirando, pensativo.

—Esto no me gusta, padre. Tengo una mala sensación.

Así es como él definía sus malos augurios. Una mala sensación. Herb sintió que los nervios se le agarraban al estómago. «Por favor... no».

Anduvieron un trecho más. Noah iba ligeramente inclinado, literalmente como un perro olfateando el rastro. Herb rezaba en su interior para que lo que estaba pensando no fuese realidad. «Mi hijo, no, por favor; él no». Detrás de unas plantas había algo informe, oscuro. Noah se agachó nuevamente con intención de examinarlos más de cerca, de cogerlo incluso. Herb estuvo a punto de decirle que no lo hiciera, pero las palabras no llegaron a salir por su boca. Demasiado tarde. Ya estaba allí, con algo en la mano.

—Es una bota. Parece una de las de Aaron. Manchada de sangre.

La levantó en vilo para que Herb pudiese verla mejor. Era la bota de Aaron, seguro. Las llevaba puestas esa mañana. La visión le abofeteó con tanta fuerza que volvió la cabeza, como si el impacto hubiese sido físico.

—No, por favor, Dios mío, no permitas que le haya ocurrido nada. Creeré a partir de ahora, pero devuélvemelo sano y salvo. Por favor, por favor —Noah le observaba con un gesto de extrañeza colgado en su semblante, como si pretendiera discernir de qué carajo hablaba su padre. En vano, sin duda.

La desesperación le decía a Herb que no debían avanzar más, que al final del camino encontraría algo que no podría soportar ver, pero Noah estaba lanzado tras la pista y su instinto le empujaba a seguir más y más, hasta acabar la tarea que se le había encomendado.

Siguió a su hijo mecánicamente, como arrastrado por una mano invisible que le iba empujando, a pesar de que sus pies no querían moverse. Llegaron por fin hasta un viejo árbol, enorme, con un tronco tan grueso que entre los dos no habrían podido abrazarlo. Noah se quedó fijo, mirando el suelo, con una cara extraña. Él no quería mirar, sus ojos no querían posarse en aquel lugar, pero la fuerza que le impulsaba le obligó a bajar la cabeza.

El espectáculo era peor de lo que hubiera podido imaginar en la más siniestra de sus pesadillas. En medio de un enorme charco de sangre, huesos, restos de carne y vísceras, estaba la cabeza de Aaron, mirándole con reproche por su falta de fe.

—¡NOOOOOO! ¡NO! ¿Por qué yo? ¿Por qué? ¡Siempre he guardado vuestro secreto! ¿Por qué me habéis hecho esto?

Cayó de rodillas, llorando, incapaz de pensar nada que no fuera en aquella carnicería injusta, innecesaria. Las lágrimas rodaban sin fin por sus mejillas y su corazón quiso salirse del pecho, hasta que no pudo soportarlo más y cayó, inconsciente.

—¿Padre? ¿Padre?

Noah se quedó allí parado cerca de diez minutos, indeciso. Por fin, un destello de lucidez atravesó su espesa mente. Cargó sobre sus hombros el cuerpo flácido de su padre y volvió a casa, a su refugio de todos los males.

—¡Qué honor! Ya pensábamos que te habíamos perdido para siempre.

Cada uno de los dos con los pies encima de sendas mesas, Rick y Joey «trabajaban» plácidamente cuando llegué a la comisaria. Mi mesa estaba igual que un basurero, llena de papeles que ninguno de los dos se había molestado en ordenar, ni siquiera en montoncitos. Y apenas había faltado una semana. Luego dicen que el mundo anda mal.

—Viendo cómo tenéis mi mesa, me dan ganas de volverme a mi casa —respondí agriamente.

La alegría con que había regresado al trabajo se esfumó antes de desplegarse.

—No te enfurruñes y toma asiento. Iba a acercarme a tu casa, pero me has ahorrado el viaje. Tenemos noticias. Frescas.

Ambos sonreían como dos idiotas, y eso todavía me irritó más.

—¿Y bien? Desembuchad.

—Ya ha llegado el informe de St. Paul. El análisis de ADN y la autopsia del esqueleto que encontraste en el bosque. Tal y como sospechábamos, pertenece, mejor dicho, perteneció al chico Evans.

—¿Al novio de tu hija? —no pude reprimirme. Cuando vi su semblante ensombrecerse, lamenté el golpe bajo. Ellos no tenían ninguna culpa de mi mal humor—. Perdona, no pretendía...

—Tranquilo, es igual. Claro que me refiero a ese Billy Evans. Pero nos equivocamos en una cosa: no fue asesinado. Al menos, por otra persona. Fue devorado por alguna alimaña, quizás lobos. Los análisis han revelado en sus tejidos un elevadísimo contenido de trazas de drogas y alcohol. Es posible que muriera de una sobredosis y después los animales se lo merendaran.

Si su intención era borrar el mal comienzo y volver a comenzar con buen pie, erró el paso. Parece un chiste, pero así es como ocurrió.

—Por cierto, ¿has sabido algo de Taylor? —no sabía de qué manera enmendar mi error, y lo que salió por mi boca mejor debió quedarse en uno de esos incómodos silencios.

La pregunta no hizo sino empeorar la situación. Joey cobró un aspecto si cabe más deprimido, pero su respuesta no lo dio a entender.

—Nada. Ya ves que se codeaba con la flor y nata de la sociedad. No me queda otro remedio que pensar que ya es una mujer para tomar sus decisiones. Pero duele aquí dentro ¿sabes? —Dijo, golpeándose el pecho con una mano—. Espero que nunca, nunca tengas que experimentar algo similar a la pérdida de un hijo. Por muy dura que sea la convivencia, recuerda bien lo que te digo. Jamás.

—Lo siento, de veras. No pretendía recordarte nada incómodo.

—Ya te he dicho que no te preocupes. Como iba diciendo, el examen ha confirmado la existencia de marcas de mordiscos en diferentes huesos, pero eran post-mortem. Yo diría que podemos considerar el caso cerrado. Tienes todo el dossier en tu mesa para archivarlo.

Miré la mesa una vez más.

—¿Lo encontraré yo solo o tendré que solicitar la ayuda de la eficiente policía local?

—Que te den —dijo Joey, levantando el dedo corazón de su mano izquierda y sonriendo de nuevo. Bajó los pies de la mesa y se incorporó—, me voy a mi despacho. No tengo ganas de aguantar señoritos neoyorkinos.

Ignoro qué es peor. Quiero decir lo que realmente reventó mi paciencia. Puede que fuese aquel cuadro de haraganería matutina, el aire chulesco con que me recibieron o esos humos de superioridad que siempre exhiben las personas para ocultar su falta de modales o su complejo de inferioridad, pero en ese momento se me olvidó que esos hombres me habían echado una mano para que no me sintiera tan «extraño» en mi nuevo hogar, se habían preocupado por mí cuando sufrí el pequeño «incidente» en el bosque y según su escala de valores, se habían acercado al forastero y le habían facilitado la entrada en el pueblo.

Pero por encima de todo había logrado una cosa: cabrearme. Estaba muy enfadado por todo, por la acogida fría en lugar de la cálida que yo esperaba, por su reacción abrupta, por mi escasa delicadeza, mi incapacidad de arreglarlo y no sé cuántas cosas más. Lo que sí sé es que estaba muy enfadado, mucho. Y encima tuve que aguantar una ronda de fanfarronadas estúpidas. «Ni hablar», pensé, «por ahí no paso». Mi lengua se lanzó por su propia cuenta al abordaje.

—Largo de mi vista, par de paletos de Nebraska —con una mirada hostil, ignorándome, se dispusieron a entrar en el despacho de Joey, pero algo me hizo cambiar de opinión.

Por un momento, titubeé. Había ido con la intención de contarles mi historia, pero no estaba seguro de si sería bien recibida, visto lo visto. Sin embargo, decidí que a pesar de todo, no quería echar a perder una estupenda jornada estival por tan poca cosa. Ya habría motivos verdaderos para discutir; desde luego una riña de niños bobos no lo era. Al final respiré hondo y agarré el toro por los cuernos.

—Vale, disculpadme. Me he portado un poco mal a mi vuelta al trabajo. No os marchéis, por favor —ellos se detuvieron, cruzaron una mirada significativa que valía por más de mil palabras y regresaron a la recepción. Esta vez no subieron los pies a la mesa. Un detalle de calidad por su parte, sin duda—. Tengo que contaros una cosa. Por favor, no toméis a la ligera lo que voy a relatar. Y no me interrumpáis hasta el final.

Cuando volvieron a tomar asiento lo hicieron con cara de pocas ganas de chiste, pero la curiosidad mató al gato y supongo que mi actitud les pareció lo bastante seria como para quedarse a escuchar. Empecé a relatarles lo vivido unas noches antes. Según avanzaba la historia, observé que sus caras se tornaban serias, y que en un par de ocasiones cruzaron unas miradas furtivas cuyo significado se me escapó en aquel momento. Al terminar, las caras serias habían sido cubiertas por sendas máscaras divertidas. Y forzadas, eso se veía a treinta metros de distancia. ¿A qué venía aquello?

—Si no te he entendido mal, viste un hombre lobocerca de tu casa, campando a sus anchas ¿no es así? —preguntó Rick. En lugar de paliducho y pecoso, su color normal, se le veía colorado e igual de pecoso. Aguantando la risa, sin duda.

—¿Y desapareció sin más? ¿Se pasó por allí a hacerte una vista y luego se fue? —Joey añadió esto con sorna.

—No te ofendas, Jim, pero entenderás que llevamos viviendo aquí toda la vida, igual que nuestros padres y abuelos, y jamás nadie ha visto hombres lobo, ni vampiros ni nada que se le parezca. Obviamente, tu historia suena a tomadura de pelo, como mínimo.

Puestos a desplegar un escudo de paciencia, tuve que reforzarlo para no lanzarme sobre ellos y estrangularlos.

—Yo no he dicho que fuera un hombre lobo exactamente. Era algo parecido, pero no una persona transformada por la luna llena como en las películas, era un animal. A lo mejor quedan muy pocos y por eso nadie los ha visto. O quizás vivían en otra parte y han venido aquí hace poco por algún

motivo, han destruido su hábitat, no lo sé. Yo sólo os he contado lo que vi. Confío en que seáis discretos, claro.

—Claro, claro —apostilló Rick—¿Estás seguro de que era leche lo que tenías en la taza? ¿No te confundirías con la botella del bourbon?

Y los dos estallaron en carcajadas. Yo me sentí humillado por ser el centro de la broma, y traicionado porque les había confiado mi pequeño secreto y ahora tenía la sensación de que se lo iban a ir contando a todo el mundo como el acontecimiento gracioso del día. «El de la ciudad, que viene al pueblo y confunde una cabra con un hombre lobo. Claro, seguro que cree que la leche la producen las plantas envasadoras». Y así se iría deformando el chiste. Noté que el cabreo subía unos cuantos enteros de repente, al tiempo que el muro de paciencia se resquebrajaba y amenazaba con derrumbarse en cuestión de milésimas de segundo. No debía haber dicho nada a aquella pareja de palurdos imbéciles.

—Igual lo que pasó fue que con el calentón por la visita de Anette el desarreglo hormonal le produjo visiones, he leído que esas cosas pasan —claramente Joey se iba a tomar su vendetta personal por lo de su hija.

Y a continuación otra serie de risotadas. Aquello fue el remate. El humo comenzó a salirme por las orejas. No iba a consentir semejante grosería. La broma había ido demasiado lejos.

—Puestos a hablar de hormonas, dudo mucho que en toda tu vida hayas leído más de dos líneas seguidas, cuando menos para atreverte ni siquiera con el título de una revista de ciencia. Eso me pasa por contarles cosas a personas con la capacidad craneal de una cucaracha, que me perdonen las cucarachas por la comparación. Ya lo dice el refrán: «El que se acuesta con críos, amanece cagado». ¿Sabéis lo que os digo? Que hagáis como si no hubiera dicho nada. Ya podéis volver a vuestros despachos a vagar a costa del dinero de los contribuyentes. Dejadme en paz, creo que por hoy ya he tenido mi ración de chorradas al estilo del Medio Este.

He de reconocer que cuando me embalo no soy capaz de frenar, pero se habían pasado de rosca mucho, mucho. Lo peor que puede decir uno a un funcionario es que no hace nada y que está cobrando a expensas del erario público. La risa se cortó de inmediato. Los dos se incorporaron, ofendidísimos y se fueron a la parte de atrás, dejándome solo.

Pasé el resto de la mañana rumiando la hiel y poniendo orden en aquel batiburrillo de papeles, carpetas, faxes y demás. Cuando llegó la hora de la

comida, di gracias mentalmente y me fui, sin despedirme, a buscar una compañía algo más agradable.

Si alguien hubiese echado un vistazo por la ventana en aquel salón, la escena le habría resultado normal, aburrida incluso. El grupo de personas que tomaba el té con tranquilidad pasaría por un grupo de amigos ante el ojo más experto. De hecho, no eran enemigos ni estaba discutiendo acaloradamente.

Sin embargo, el tema de la conversación sí resultaba, cuando menos, inusual.

—Esa vieja cacatúa me faltó al respeto —el tono sonó a excusa. Ese tipo de acto que no tiene justificación alguna pero que alguien quiere pasar por correcto, adecuado o pertinente.

Paulette inhaló una bocanada de aire antes de contestar. Le hubiera matado con sus propias manos. Aquel idiota estaba a punto de desencadenar una hecatombe, y todo por una vieja que «le había faltado al respeto».

—Desde luego, Joseph, a veces pareces imbécil —el aludido iba a replicar pero ella le detuvo con un gesto de la mano. La mujer producía ese efecto atemorizante. Cuando ella estaba presente y tomaba la palabra, los demás escuchaban. No en balde era la «presidenta» del grupo, por así decirlo—. No, es mejor que te calles. No sé en qué cojones piensas, la verdad. Que llegue una anciana no justifica lo que has hecho.

—Casi me tiró los papeles a la cara —protestó el inculpado—. Dijo que soy un tirano y que ya estaba harta de aguantar mis pedos y mi sudor.

Rick estuvo a punto de soltar una carcajada, pero al final la contuvo. Él también aguantaba los pedos y el olor de las axilas, pero nunca hubiera tenidos huevos a decirlo así, a la cara, como la vieja Beatrice. «Prerrogativas de la edad», pensó. La mirada del sheriff heló su intento de sonrisa.

—Una cosa más, Paulie —dijo Joey. Con toda la claridad del mundo había rebasado el límite de su paciencia, pero de algún modo logró no perder los papeles.

—Tú dirás, encanto.

—No vuelvas a llamarme Joseph. Sabes que lo detesto. Si quieres tocarme los huevos esto puede acabar muy mal, y no me refiero a «ellos». Por muy incontestable que te creas, eres tan vulnerable como los demás.

Ella carraspeó antes de dar por finiquitado el tema.

—Será como quieras. Pero no te consiento que te propases ni una vez más.

—Ya. Todos conocemos tu mano floja.

Joey hizo amago de levantarse, pero la mano férrea de Rick le detuvo. Paulette no se amedrentó.

—Más te valdría pensar un poco más con la cabeza y menos con la polla, inútil. Mira en la que nos has metido. Ahora los has despertado, ese chico Evans no tenía culpa de nada. Ahora no se detendrán hasta que se sientan satisfechos, como las otras veces. Por cierto, ¿alguien sabe dónde demonios se ha metido Herb? No suele faltar a las reuniones.

Las cinco personas allí presentes se miraron unos a otro y se encogieron de hombros. Paulette resopló mientras pensaba lo harta que estaba de tener que tratar con tanto inútil.

—Bien —espetó la mujer—. Ahora ya podéis ir pensando a quien vamos a ofrecer. Si les dejamos elegir, esto puede ser catastrófico.

—Una ya la tenemos —apostilló el sheriff, refiriéndose a la anciana señorita Jenings.

—No será suficiente, lo sabes perfectamente —terció Paulette—. De momento es mejor que os marchéis, tengo que pensar. Quedaos pendientes, pronto tendremos que hablar de esto de nuevo. El tiempo apremia, ya conocéis cómo va esto.

Cuando Anette levantó la vista desde detrás del mostrador se quedó sin palabras. Pestañeó un par de veces como para confirmar que lo que veía era cierto. Había entrado a la tienda una mujer de mediana edad, rubia oxigenada, bastante guapa. Pero eso no era nada extraño. De vez en cuando algún forastero que pasaba por el pueblo se detenía a comprar algo. La tienda, lo mismo que ocurría con la estación de policía y la gasolinera, estaba en la carretera, que hacía las veces de calle principal. Eso la hacía de visita obligada para cualquiera que se detuviese en el pueblo. Si la visita deseaba pernoctar, estaba la pensión de Henrietta Adams. Había un bar, el Jerry's, y dos o tres tiendas aparte de la de Anette, ropa y alimentación, y además tenían un colegio e instituto, dos en uno. La consulta de la doctora Farrow completa el menú de instalaciones públicas del pueblo. El resto de la población, no muy numerosa por otro lado, se refugiaba en casas prefabricadas repartidas en un puñado de calles. Hazard no era sino una pequeña interrupción en la inmensidad boscosa de Nebraska.

Anette seguía en sus pensamientos mientras la forastera curioseaba a su antojo por la tienda.

El pensamiento le llevó a Jim. A la conversación de dos noches antes. Siempre se había sentido insegura respecto a los temas amorosos, pero él tenía razón. No era ninguna cría como para estar jugando a «me quiere, no me quiere». Se sentía bien cuando estaba con él, era un hombre atractivo y muy agradable. Irradiaba una especie de magnetismo que ella pensaba se debía a su trabajo, a que la competitividad le había hecho fuerte y seguro de sí mismo. No le costaba pensar en compartir su vida con él, y más de una vez se había sorprendido pensando cómo sería quitarle la ropa poco a poco, sintiendo el fuego en su piel. Sin embargo, estaba el otro tema. El de la casa. Ella había pensado convencerle para que se fuera a vivir a otra parte del pueblo y así evitar el peligro, pero su madre le había advertido que de poco serviría, que las cartas ya estaban echadas. Pero Anette no comulgaba con la vehemencia de su madre. Todo aquello le parecía una novela dramática sin trasfondo real. Sólo eso, un cuento de viejas.

Volvió al presente. La rubia —que seguro era de bote, las cejas la

delataban— iba ataviada de un modo singular. Llevaba un traje ejecutivo de dos piezas, como el que llevaba Demi Moore en esa película en la que acosaba a Michael Douglas, ahora mismo no recordaba el título. Subida a unos tacones que seguro eran mortales si te pisaban un pie. Ella jamás había llevado unos zapatos como esos, que parecían carísimos, de marca, porque no soportaba pasarse el día de puntillas, los pies y la espalda acababan destrozados.

Completaba el maniquí un maquillaje que ella juzgó excesivo y unas gafas de sol que se subió al entrar. Grace de Mónaco vuelta de la tumba, en una palabra.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola, venía buscando a una persona. Quizá le conozca y pueda indicarme cómo encontrarle.

Acento de la costa este. Del norte. ¿Qué se le habría perdido por aquel pueblo olvidado de la mano de Dios?

—Seguramente. Este es un pueblo pequeño y nos conocemos todos. ¿De quién se trata?

—Se llama Jim. Jim Pons.

Anette se quedó estupefacta. Durante un momento no supo cómo colocar aquella pieza del puzle. De repente se presentaba allí un duplicado de Sarah Palin y preguntaba por Jim, por su Jim. ¿Qué narices significaba eso? Él no había comentado nada de que estuviera o hubiese estado casado, aunque ya se sabe, los hombres son todos así, mentirosos por naturaleza.

—Hmmm... sí. Le puedo indicar cómo encontrarle. Discúlpeme si le resulta un tanto indiscreto, pero ¿por qué le quiere ver? No es asunto mío, claro, pero Jim es amigo de la familia. De la mía, quiero decir...

—¡Vaya! ¡Sí que ha entablado pronto relaciones con los nativos! Y eso que decía que no se iba a poder adaptar —se echó a reír. A pesar de que aparentaba los cuarenta cumplidos, tenía una risa juvenil, contagiosa—. No se alarme, soy una vieja amiga suya. He venido a verle unos días. De vacaciones. Estuvo enfermo y yo estaba preocupada por él. Nada más.

Anette entrecerró los ojos ligeramente. ¿Eso que había sentido era una punzada de celos? Más que una punzada, una cuchillada. Y efectivamente, eran celos, no se podía engañar a sí misma.

—¿Y eran ustedes muy amigos? No sé si recuerdo haberle oído hablar de usted, señora...

—Perdón, tiene razón. No me he presentado —la forastera hablaba en tono jocoso, como si todo le pareciera muy divertido, pero a Anette aquel aire jactancioso la molestó aún más—. Pensaré que soy una maleducada. Mi nombre es Elizabeth Williams, Lizzy, por favor. Y puede tutearme. Si es usted amiga de Jim, seguro que es una persona excelente. Él tiene muy buen ojo para la gente. Respondiendo a su pregunta, somos amigos hace ya bastantes años. Trabajamos juntos mucho, mucho tiempo. En Nueva York todo es más impersonal, la gente vive sin preocuparse de los demás, y por eso las personas como él, que son cariñosas y amables sin pedir nada a cambio, tienen un valor especial. Supongo que aquí, en el campo, estarán ustedes acostumbrados a mantener unas relaciones más cercanas con los demás. Disculpe mi imprudencia y mi falta de tacto, soy una rata urbana. Y respecto a nuestra amistad —levantó la vista. Tenía unos enormes ojos de un azul celeste que deslumbraba. Dudó un segundo antes de proseguir—es sólo eso: amistad. No tenemos ni hemos tenido nada personal, si es lo que me está preguntando.

Y encima era inteligente. La había pillado al vuelo. O quizás ella se había puesto en evidencia. El caso es que no había pasado por alto el matiz de la pregunta. La contestación tampoco la satisfizo. El hecho de que llegara aquella mujer y dijera que no era amante de Jim no implicaba que fuese verdad. Si se había dado cuenta del carácter personal del interrogatorio de Anette, ese sería un detalle a ocultar. Y se la veía espabilada. Se había disculpado por parecer una maleducada, pero Anette no pensaba que lo fuera. Simplemente pensaba que era una lagarta bien arreglada.

—Lo siento si te parezco indiscreta, pero los «nativos» somos así. Mi nombre es AnettePerkins. También soy amiga de Jim, sólo desde hace unos meses, pero por algo se empieza —espetó con todo el retintín de que fue capaz.

—No te ofendas, Anette, de veras no hay nada entre él y yo. Lo único que pasa es que le llamé hace un par de días y me pareció que no se encontraba bien, así que he venido a verle. Él ha hecho mucho por mí. De hecho, mi carrera profesional se la debo a él. Me apoyó enormemente en los comienzos, Wall Street es un mundo que no está diseñado para las mujeres. Tú, como mujer, comprendes a qué me refiero.

Esos ojos azules inspiraban confianza y sinceridad. Anette quedó sorprendida por la facilidad con la que bajaba las defensas con aquellos neoyorkinos. Se sintió cómplice de inmediato con una mujer a la que conocía

escasamente desde cinco minutos antes.

—Ya que nos ponemos en plan confidencial, te diré que tampoco hay nada entre nosotros. Pero no descarto que lo haya.

Esa fue su manera, tosca pero efectiva, de dejar claro a la otra mujer que estaba entrando en territorio ocupado. Más vale dejar las cosas bien sentadas desde el principio. Si Lizzy se ofendió no lo dio a entender. Ni un poquito siquiera. Sonrió ampliamente y se sacó el pasador con el que llevaba recogido el pelo. Una cascada rubia se desparramó sobre sus hombros. Con el pelo suelto resultaba más atractiva aún.

—Una vez aclarada la cuestión de la propiedad masculina, creo que necesito ir a ponerme cómoda. El viaje en taxi ha sido eterno, demoledor, y veo que mi vestuario no encaja en el lugar. Tendré que acercarme a comprar algo de ropa para pasar estos días. No he traído nada apropiado. Si fueras tan amable de venir luego conmigo, esta tarde mismo podríamos salir de compras y a tomar algo. Así charlamos y nos conocemos mejor. Los amigos de Jim también son amigos míos. Si alguna vez vas a Nueva York y necesitas algo, por favor no dudes en llamarme. Estaré encantada de ayudarte en lo que sea. ¿A las cuatro y media te parece bien?

Desde luego, era arrolladora, eso no se podía negar. Anette decidió estudiar al enemigo más de cerca.

—De acuerdo, a las cuatro y media está bien. Al final de la calle hay una cafetería. ¿Te parece bien allí?

—Tú mandas. La que conoce mejor el terreno eres tú.

Tenía razón una vez más. En todo momento controlaba el giro de la conversación. Lo dicho, una bruja sin escoba.

—¿Ya tienes dónde alojarte? Te puedo ayudar a buscar una habitación, si quieres.

—No es necesario. Me quedaré en casa de Jim. Según él, tiene sitio de sobra. Si me explicas cómo llegar, me apañaré sola.

Con que en su casa. Y ya lo tenían todo hablado y acordado. Por supuesto ella no sabía nada del asunto, si bien no había vuelto a hablar con él. Jim le había tirado los trastos dos noches antes y ahora metía a doña vampiresa en su casa unos días. Bien, eso merecía un *tête a tête* con el señor Pons. Pero antes había que quitarse de en medio a la señorita Williams.

—Haré algo mucho mejor. Vamos.

Pacto con el diablo

Al entrar en la tienda, las pocas esperanzas que me quedaban de encontrar a alguien que me alegrase el día se fueron al garete. En lugar de Anette, la que estaba detrás del mostrador era su madre.

Charlaba con otra señora mayor, delgada y de pelo gris, ligeramente encorvada, con unas anticuadas gafas de pasta.

—Supongo que, desde que te has jubilado, no sabrás qué hacer con tantas horas libres al día. Es el mal de nuestra generación, querida —estaba diciendo Paulette, en tono condescendiente.

—Pues no creas, ya está una muy mayor para seguir trabajando. Tengo setenta y siete, nada menos, y mi vista está muy deteriorada. No me sentía cómoda leyendo y archivando papeles todo el tiempo. Prefiero quedarme en casa y cuidar mi jardín, o quedarme simplemente tomando el sol en la mecedora. La limitación física sí que es nuestro peor enemigo, mi mente funciona igual de bien que cuando tenía cincuenta años, pero el cuerpo no acompaña ¿sabes? Además, creo que me ganado el derecho a disfrutar de mis últimos años tranquila y en paz. Ese botarate del sheriff se ha enfadado, pero no está una para bobadas. Le he mandado a freír espárragos. Al final me he jubilado, sí, pero un poco por la puerta de atrás. La verdad, es que me siento un poco inservible, y él se lo ha tomado como algo personal.

—No digas eso, Beatrice —Paulette acompañó la frase con un gesto de la mano, como si estuviera espantando una mosca sin mucho afán—. Aún has de seguir dando guerra durante muchos años. Sin embargo te entiendo, ya te puedes imaginar, yo tampoco soy un pimpollo.

—Pero tú te mantienes muy bien a pesar de tu edad. Parece que hubieras hecho un pacto con el diablo —las dos seguían charlando como si yo fuera invisible. Pero la escena tenía un cierto encanto bucólico, dos ancianas presumiendo de eso, de ser ancianas. La que no conocía se acercó un poco a Paulette, en un gesto que interpreté como de complicidad—. No lo has hecho ¿verdad?

Paulette se echó a reír y se volvió hacia mí, que estaba allí plantado como un ficus decorativo.

—Qué cosas tienes... ¡Hola, Jim! Ven, que te voy a presentar. Esta es

Beatrice Jennings, supongo que no la conoces. Has ocupado su lugar en la oficina del sheriff. Beatrice, te presento a Jim, es el amigo de Anette del que te hablé.

—Encantada —dijo la anciana acercándose mucho y bizqueando para mirarme. El examen fue completo, de arriba abajo y otra vez para arriba. Me tendió la mano y yo estreché la suya con gentileza, parecía una persona tan frágil—. Así que es usted el forastero del que tanto habla mi vecina aquí presente. No me habías dicho que fuese tan guapo —dijo volviéndose hacia Paulette—. Es normal que le haya hecho tilín a tu hija —se volvió de nuevo hacia mí—. Es una mujer estupenda, y la pobre está tan sola... Por cierto, le recomiendo muchísima paciencia con Joey. Tiene usted pinta de espabilado, y ese hombre a veces saca de quicio al ser humano más paciente de toda la creación, confíe en lo que le digo. He trabajado muchos años con él y no sé cómo he sido capaz de aguantarle, de verdad, y eso que me tengo por una mujer tranquila.

—Bueno —intenté atajar por algún lado aquel ataque de verborrea. Puede parecer increíble que a mi edad me ruborizara por ser puesto en evidencia, pero eso es exactamente lo que ocurrió. Con las mejillas ardiendo, procuré desviar la conversación hacia el tema Joey—, yo tampoco he tenido tiempo de tratarle mucho, pero...

—Oh, no es necesario que se excuse, aquí todos nos conocemos hace muchos años. A nadie se le escapa que nuestro sheriff es un zoquete integral, pero tampoco es que tenga mucho que hacer ¿no cree? En fin, les dejo, ya es la hora de comer y aún tengo que ir a casa y prepararme algo. Lo dicho, joven, ánimo con el trabajo... y con Anette—y salió por la puerta tras guiñarme un ojo.

—Si hay algo que detesto en grado sumo son los chismorreos. Y en este pueblo son el plato fuerte del día —procuré darle un toque de indignación a mi voz, si bien me temo que Paulette no se dio por aludida.

—En este y en todos, no te engañes. Tendrás que aprender a convivir con ello si vas a quedarte aquí a vivir. Acostúmbrate a que tu vida esté en el candelero. Tardarás mucho en dejar de ser «el forastero». Al menos hasta que llegue otro. No pretendo desalentarte, pero antes de que tú vinieras creo que la última incorporación a la población local tuvo lugar hace unos diez años, más o menos. Quien dice diez, dice quince —su sonrisa se ensanchó mientras saboreaba el chiste y esperaba su efecto en mí—. Lo siento, pero las cosas son

así.

«Gran consuelo», pensé. «Apenas me quedan quince años de llevar el estigma. Lo justo para jubilarme de verdad». Si mi ánimo se había enfriado un tanto al llegar y no encontrar a Anette, en ese punto de la conversación ya estaba al nivel de la Antártida, poco más o menos.

—Ya, lo supongo. Venía buscando a tu hija. Tenemos una conversación a medio acabar y me preguntaba si aceptaría una invitación a comer. ¿Dónde puedo encontrarla?

Paulette no perdió su sonrisa de a diario. Con el tiempo me he dado cuenta de que se trata de una prenda más de su vestuario. Entonces me pareció afable y llena de confianza.

—De nuevo lamento no poder serte de gran ayuda. Me llamó hace un rato para que viniera a hacerme cargo hasta la hora de comer porque tenía que hacer no sé qué cosa importante. No me lo ha explicado y yo tampoco he preguntado. De hecho, pensaba que estaría contigo precisamente.

No pude evitar que el fastidio asomase a mi rostro. Lancé un pequeño bufido, contrariado. Parecía que ese día nada iba a salir a derechas. Tenía que hacer algo antes de que la jornada acabara en desastre.

—Hoy me he levantado con el pie izquierdo. Nada sale como está previsto. Pero no pienso dejarme vencer tan fácilmente. Si quieres, mantengo la invitación para ti. Hoy no me apetece comer solo.

—¡Qué galante! Hace mucho tiempo que un hombre no me invitaba a salir. Y mucho menos un hombre joven y atractivo. Acepto. Cierro la tienda y estoy lista en un minuto. Déjame adivinar... ¿vamos al bar de la esquina?

—¿Acaso hay otro? —dije, tendiéndole mi brazo en un gesto de caballerosidad.

Después de todo, el día no se iba a perder. A lo mejor podía recabar apoyo de la madre para llegar al corazón de la hija.

Lizzy llamó a la puerta con los nudillos, puesto que no halló timbre alguno. Ninguna respuesta llegó. Lo intentó una vez más. Tampoco.

«Qué fastidio» pensó. Venía con la esperanza de darse una relajante ducha y cambiarse la ropa por otra más cómoda. Los tacones la estaban matando, así que de un par de patadas se los sacó y como no había nadie a la vista se deshizo también de los pantys. Le iba a tocar esperar un rato hasta que Jim volviera a casa, así que se sentó en una de las maletas y contempló el paisaje. Era verdaderamente un lugar encantador, no le extrañaba que él se hubiera enamorado de esos parajes; le invitaban a uno a la ociosidad y al relax.

Recordó cómo había conocido a Jim. Apenas llevaba dos semanas en la empresa, y la tenían para hacer fotocopias, archivar informes y traer el café a los jefes. Pero ella tenía un talento especial para los negocios y para las inversiones, y estaba dispuesta a demostrarlo a costa de lo que fuese. Jamás en su vida se le había puesto nada por delante. Sólo era cuestión de esperar a que se le presentase una ocasión propicia.

Jim y Barney eran «los que manejaban el cotarro». Así es como lo definió Eleanor, una de las secretarias, a quien encargaron la tarea de «dar un paseo» a Lizzy por las dependencias de la empresa, para que fuese familiarizándose con todo. Eleanor era la reina del chisme, por lo que Lizzy pudo comprobar esa mañana. Parecía una chica competente y amable, pero carente de toda aspiración profesional. La típica persona ideal para salir y divertirse, pero lejana a los objetivos de Lizzy. Los dueños de la empresa no eran Jim y Barney, sino otros, pero entre ambos disponían a su antojo de los recursos de la compañía y los grandes clientes trataban únicamente con ellos. De hecho y hasta la marcha de Jim, nada había cambiado en ese aspecto. Desde el primer día, cuando fueron presentados, le había parecido un hombre extremadamente correcto en el trato con la plantilla, un poco impersonal, quizás, pero no era de esa clase de personas que miran a los demás por encima del hombro. Barney, sin embargo, era la otra cara de la moneda. Guapo y musculoso, era un tipo absolutamente pagado de sí mismo, que no diferenciaba la palabra secretaria de esclava. Debía de creer que poseía un irresistible

atractivo sexual, si bien la realidad distaba mucho de su presuntuosa autoestima.

Todo ocurrió una mañana de otoño. Barney asomó la cabeza por la puerta de su despacho y casualmente ella pasaba por delante.

—¿Puede usted pasar un momento, por favor, señorita?

Una vez allí, se dirigió a ella como si fuera la criada de su casa.

—Preciosa, tráigame un café. Dese prisa. Y de paso traiga las carpetas del informe Sears, mi secretaria se ha olvidado de ponerlo en mi mesa esta mañana, la muy inútil. Ahora me va a tocar hacer el análisis de datos a toda prisa en el último momento. Esto me pasa por confiar en una pazguata incompetente que lo único que sabe hacer es pintarse las uñas mientras lee revistas de cotilleos.

A Lizzy no le costó imaginar la clase de persona que tenía enfrente, poniendo verde a su secretaria delante de una completa desconocida, por muy insignificante que fuese para él. Se tragó el orgullo y se ofreció a hacer el trabajo.

—Yo misma puedo prepararle el análisis, si quiere. Estoy capacitada para ello. En una hora lo tendrá en su mesa.

La miró como si la viera por primera vez. Un brillo lúbrico apareció por un instante en sus ojos. Su mirada la recorrió de alto en bajo y se detuvo con descaro un tiempo largo e insoportable en las piernas de ella, sopesando la posibilidad de abordar a aquella secretaria de tercera fila.

—Y dice usted que se llama...

—Williams, Elizabeth Williams. Soy licenciada en Economía y trabajo aquí de técnico de inversiones junior.

—Bien, Elizabeth, tome asiento —con un gesto de la mano le indicó una silla al otro lado de la mesa—. Se la ve muy motivada para ascender en esta empresa ¿me equivoco?

De nuevo ese gesto posesivo y prepotente. Sin embargo, ella siguió a lo suyo. Ya que se había lanzado en pos de su promoción, no se iba a quedar a medias.

—Cierto. Me considero una persona competente y capaz de llevar a cabo cualquier trabajo que me encomienden con diligencia y presteza. Siempre he sido de la opinión de que un trabajo bien realizado es lo que le hace a una prevalecer a la larga. Lo demás es sólo un valor momentáneo. El mérito se gana a pulso —intentó parecer más confiada de lo que realmente se sentía,

pero con tipos como aquel era lo único que se podía hacer, intentar ser más agresiva que ellos, era la única regla que respetaban y con suerte eso haría disminuir su atractivo físico frente a un tipejo de esa calaña.

—Interesante —Barney se repantigó en la silla, se echó hacia atrás y cruzó las manos sobre el estómago, contemplando el paisaje que se le presentaba—. Precisamente estaba buscando alguien en la oficina que me echase una mano con los clientes más... sensibles, diríamos. Esos que necesitan un trato personal especial, y una mujer es la más adecuada para desempeñar esa función. No me entienda mal, no es sexismo, quiero decir que las mujeres tienen más mano izquierda con clientes que se están cuestionando su permanencia con nosotros. ¿Ve a dónde quiero llegar?

La verdad es que no lo veía, pero asintió igualmente. Al final sacaría sus propias conclusiones. De momento era más cauto esperar. Barney se levantó de su silla y se acercó a la ventana, donde permaneció unos segundos mirando a través del panel de cristal antes de girarse para proseguir.

—Lo que le estoy proponiendo requiere una dedicación completa. Todo el día y todos los días de la semana. No sé si está dispuesta a sacrificar gran parte de su vida social y personal —se acercó a la silla de ella y se inclinó. Ella percibió intensamente el perfume y un matiz de sudor por debajo del mismo—. Tendremos que colaborar muy estrechamente ¿sabe? —Seguía arrimándose en exceso—. A veces viajaremos juntos, y quisiera estar seguro de...

En ese momento se abrió la puerta, y en el umbral apareció Jim. Permaneció allí de pie, contemplando la escena que denotaba indudablemente un acoso sexual en ciernes. Tras la sorpresa, su semblante quedó muy serio.

—Necesito hablar un momento contigo de un asunto crucial, Barney— la miró—. A solas, por favor.

Lizzy se excusó como buenamente pudo y salió del despacho, aliviada de escapar de aquella encerrona en la que no sabía cómo se había metido.

Ella ignoraba qué cosas se habían hablado aquel día en aquel despacho, pero lo cierto es que Barney no se había vuelto a acercarse a ella a menos de tres metros. Jim tampoco le había contado nada al respecto y ella intuyó que era mejor no preguntar. Pasó a ser la ayudante de Jim, y así fue ascendiendo en la empresa hasta ocupar el lugar que él dejó vacante cuando se marchó a vivir al pueblo. El mismo donde ella ahora se hallaba contemplando la naturaleza. Si él no hubiera aparecido providencialmente aquel día, no

sabía dónde estaría a esas alturas.

Miró el reloj. Las tres. Suspiró, impaciente. ¿Dónde diantre se habría metido ese hombre? ¿Es que no comían en aquel pueblo? Ya estaba harta de esperar, tenía calor y estaba cansada. Cuando volviera, le iba a echar la bronca por su impuntualidad. Claro que eso también pasa cuando uno se presenta sin avisar en casa de los demás.

Escuchó un sonido. Miró hacia los lados, pero no vio nada. Era parecido al barullo que hacen unos cachorros jugando y gruñendo. Se quedó quieta para ver exactamente de dónde provenía. ¿Se habría comprado Jim un perro? Nunca le había oído decir que le gustaran los animales, pero todo era posible.

El tumulto, por así llamarlo, provenía de la parte trasera de la casa. Se calzó de nuevo y se dispuso a salir de dudas. El ruido cesó cuando los tacones sonaron en la madera del porche. Se los quitó y esperó, inmóvil, a ver si se repetía.

En efecto, ahí estaba de nuevo. Era un gruñido suave, un animal o quizás dos, comiendo y riñendo por ver quién se queda con la mejor parte. Sus padres tenían dos perros y ella había presenciado la escena en multitud de ocasiones.

De puntillas se fue acercando hasta la esquina de la casa con intención de rodearla y esforzándose en guardar el mayor sigilo posible. Se asomó un poco para no asustar a los propietarios de aquella algarabía. No estaban en el lateral de la casa. Debían de estar detrás. Siguió avanzando, pinchándose los pies con la hierba seca, haciendo un enorme esfuerzo por no hacerla crujir bajo sus pasos.

Cuando alcanzó la siguiente esquina, repitió la operación, sacando ligerísimamente la cabeza para mirar. Vio unos cuartos traseros y la cola de un animal desaparecer entre la maleza. A juzgar por la breve imagen que pudo captar, diría que era un zorro, aunque parecía demasiado grande para serlo. Los había visto en el zoo y eran la mitad de voluminosos que el dueño de las patas que había vislumbrado. Aunque a lo mejor todos los zorros no son pequeños, o también era posible que allí crecieran más de lo normal. En algún lado recordaba haber leído que en el Amazonas el gigantismo se daba en numerosas especies.

Los matorrales se movieron en ese instante. Lizzy salió de la esquina que la ocultaba y se dispuso a descubrir qué fierecilla se internaba en

territorio humano con tanto descaro. Llegó hasta el lugar donde unos momentos antes había actividad, y apartó los arbustos.

No había nada. Mejor dicho, sí lo había. Un rastro de vegetación aplastada que se internaba en la espesura del bosque. Muerta de curiosidad, siguió aquel camino improvisado.

Beatrice Jennings recorrió los trescientos metros que separaban la tienda de Anette de su casa en unos diez minutos. Su velocidad de crucero era similar a la de una tortuga reumática, pero no porque fuese una anciana. Esa circunstancia agudizaba el problema, cierto, pero siempre había sido una persona pausada. Cuando trabajaba con el sheriff, éste se exasperaba cada vez que le encargaba algún trámite. Una labor de minutos para ella se demoraba fácilmente un par de horas, y así con todo.

Iba pensando en el apuesto joven que acababa de conocer. Paulette, que vivía enfrente de ella desde muchos años atrás, le había estado relatando la historia de su hija con él. Le había contado que había un cierto aire romántico en su relación, pero que aún no habían dado el paso decisivo.

Ella creía que los amores se saboreaban mejor de esa manera, poco a poco, hoy en día la gente tenía tanta prisa para todo que no se deleitaban en los pequeños placeres de la vida. Todo deprisa y corriendo. Hasta para que un hombre pidiera la mano de una mujer, o como quiera que se hiciese hoy en día, tenían prisa.

Aún recordaba nítidamente cuando ennovió con su difunto marido. Estuvieron meses enteros dirigiéndose únicamente miradas furtivas y alguna sonrisa por encima del hombro. Entonces no estaba bien visto que una mujer demostrase interés en un hombre, eso producía justamente el efecto contrario, es decir, la pérdida de interés. Ciertas cosas hay que darlas poco a poco, gota a gota. Si una vacía el frasco de un golpe ¿qué queda para el día siguiente?

Se detuvo en plena calle, sonriendo al evocar los recuerdos. A nadie le chocaba ya ver a la anciana señorita Jennings mirando a las musarañas, ensimismada, murmurar algo para sus adentros y a continuación seguir su paso como si esos instantes no hubieran existido.

En aquel momento se dejó llevar por el recuerdo de los años pasados. Sus hijos eran ya mayores y se habían ido a vivir a otros estados, a continuar con sus profesiones, sus familias, sus cosas. Los veía muy de cuando en cuando. La telefoneaban a menudo, y además en su cumpleaños y en Navidad, pero lo que se dice verlos, prácticamente en sus viejas fotos.

Le habían insistido para que fuese a vivir con ellos, pero ella tenía allí

sus raíces y no quiso moverse de su pueblo. Su marido yacía en el cementerio municipal y ella le visitaba los fines de semana, charlaba un rato con él y le explicaba las novedades que había en el pueblo, que usualmente eran más bien pocas. Luego volvía a casa y se sentía acompañada por él, a pesar de que llevaba diez años bajo tierra. Una tarde de enero, una como cualquier otra años atrás, había ido al salón para decirle que la cena ya iba a estar lista, que por qué no la contestaba, y se lo encontró en su sillón orejero, plácidamente dormido, pensó ella. Pero no estaba dormido, claro.

Ya había llegado a la altura de su casa cuando un estruendo llamó su atención. Provenía del otro lado de la carretera, de casa de Paulette. Se quedó un minuto allí de pie, confusa. Paulette no podía estar en su casa. La acababa de dejar en la tienda con el casi novio de Anette. Frunció el ceño. Quizás fuese la misma Anette, o las gemelas, las que estuviesen allí. Decidió acercarse de todas formas para comprobar que todo estaba bien.

Con su habitual parsimonia cruzó la carretera, que habitualmente tenía muy poco tráfico, por no decir nada. Quién iba a pasar por aquel lugar que casi ni existía en los mapas. Se detuvo frente a la puerta de la casa, indecisa. No sabía si debía llamar o entrar directamente. Había entrado mil veces sin avisar, costumbres viejas de gente vieja, y Paulette hacía lo propio en su hogar. En cierto modo, ambas cuidaban de que a la otra no le pasase nada grave y encontrasen el cadáver un montón de días más tarde. «Vaya bobada. Si nos ocurre algo para cuando la otra quiera entrar y avisar a alguien ya será demasiado tarde», iba pensando Beatrice. Ese día, no obstante, dadas las circunstancias, pensó que quizás existiera un cierto riesgo en entrar si realmente había alguien dentro. Alguien que no debiera estar allí, por supuesto.

Tocó tímidamente con los nudillos.

—¿Anette? ¿Estás ahí?

No obtuvo respuesta. Se armó de valor y llamó más fuerte, levantando un poco más la voz.

—¿Chicas? ¿Va todo bien? ¿Tenéis algún problema?

Si las «chicas» andaban por ahí, no lo parecía. Como tampoco en esta ocasión hubo réplica, decidió que finalmente no le iba a quedar más remedio que entrar. Respiró hondo y empujó la puerta, que cedió, abierta como siempre estaba. En aquel pueblo no tenían por costumbre cerrar las puertas de las casas. A fin de cuentas, no había ni siquiera ladrones que desvalijaran las

viviendas y cualquiera podía necesitar ayuda desde el interior en un momento dado. Una puerta cerrada podía significar un obstáculo en lugar de una protección.

Dentro de la casa el silencio era absoluto. Beatrice pasó hasta la cocina, mirando en el salón y en el cuarto de baño, pero todo estaba vacío y en orden. «La mente me está jugando ya malas pasadas», pensó. Convencida de que todo había sido fruto de su imaginación, regresó a la puerta de entrada.

Nada más cerrarla tras de sí, escuchó de nuevo aquel barullo. Ahora que estaba más cerca, se percató que venía de la parte de atrás de la casa, del patio trasero. Se dispuso a dar la vuelta para ver cuál era la fuente del alboroto. Como su casa y la de Paulette eran las últimas del pueblo, no tardó en rodear la construcción y llegar a la parte de atrás.

En su tiempo había existido un pequeño huerto allí, pero ahora ya solo quedaba un destartalado cobertizo que se caía por momentos debido al paso del tiempo y al descuido. Del huerto no quedaba nada, sólo una extensión de terreno prácticamente invadida por las hierbas silvestres rodeada por una valla baja de madera, con un tendedero cerca de la puerta de atrás y un par de cubos grandes de basura.

Beatrice localizó rápidamente el origen del estropicio. Los cubos de basura, metálicos, estaban tumbados y sin tapadera. Algún perro o gato vagabundo los habría tirado buscando comida, pensó.

Más tranquila, hizo ademán de volver hacia la carretera por el jardín lateral y cruzarla hasta su casa. Se estaba haciendo tardísimo y ella estaba allí, en plan exploradora, y la comida sin hacer. Qué lástima hacerse mayor, pensaba mientras caminaba pesadamente.

Como Beatrice ya era corta de vista, no distinguió lo que había agazapado tras unos arbolillos en la linde del bosque. Sin embargo, aquello sí que la vio a ella, y la olió también. Su olfato y su oído eran finísimos, especialmente en lo referente a la carne fresca. El instinto le informó de la presa fácil que tenía a apenas un salto. Se arrastró hasta quedar dos metros detrás de la anciana, se dispuso a saltar sobre ella y dar el golpe de gracia, cuando un sonido atronador casi reventó sus sensibles tímpanos, dejándole paralizado unos minutos, suficiente para que su presa escapara.

El claxon del camión estalló como un trueno en medio de la apacible atmósfera que reinaba en el pueblo. El frenazo fue tal que espesas y malolientes nubes de humo se desprendieron de los neumáticos quemados. El

conductor bajó la ventanilla y berreó:

—¡Tenga cuidado, abuela! ¡Casi me la llevo por delante!

Beatrice pestañeó un par de veces, sin saber qué pasaba. Luego se situó. Había estado a punto de ser atropellada. Como nunca pasaban coches, había perdido la sana costumbre de mirar antes de cruzar.

—¡Bendito sea el Señor! Discúlpeme, iba distraída y no le vi venir.

El hombre siguió su camino después de soltar todo un rosario de palabrotas e imprecaciones. «Estos viejos no se enteran de nada», mascaba malhumorado. Algún día alguno le iba a buscar un disgusto...

La anciana dio gracias a Dios por haber salvado la vida. En realidad había vuelto a nacer por dos veces al mismo tiempo, pero ella lo ignoraba. Cruzó la carretera, cogió el carrito de la compra que había dejado frente a la puerta de su casa y entró, sin cerrar la puerta, como de costumbre.

Se dirigió directamente a la cocina, para prepararse algo rápido. Después de tanto ajetreo, se le había quitado el hambre. Estaba vaciando el carro con la compra cuando oyó ruidos en su propio patio. Los cubos de basura nuevamente.

Se enfadó tanto como le era posible. Hoy no le iban a dejar ni comer. ¡Malditos animalejos! Se iban a enterar de quién era ella. Agarró el cepillo de barrer por la parte de abajo, blandiéndolo como un palo y salió decidida a dar un escarmiento al bichejo de turno.

Una especie de perro, un poco raro, estaba allí, junto al cubo de la basura. La deficiente vista de Beatrice no le permitió ver que no era un perro. Ella pensó que sería una de aquellas razas exóticas de las que había oído hablar. Le amenazó con el palo de la escoba.

—¡Fuera de aquí, bestia inmunda! ¡Vete a buscar comida a otro sitio y déjame en paz!

Lejos de obedecer, el presunto perro se volvió y se encaró con ella, gruñendo y enseñándole los afilados dientes.

—¡Y encima insolente! Te vas a enterar, asqueroso.

Y ni corta ni perezosa, describiendo un amplio arco e imprimiendo toda su fuerza, descargó un golpe en el lomo de la bestia. El golpe sonó a hueso, y el animal huyó, aullando de dolor, emitiendo una especie de llanto lastimero que en nada se asemejaba al de un perro o al de un lobo. Era el lamento de una persona apaleada, ni más ni menos.

—¡Así aprenderás a no volcar la basura de mi patio, sucio ladrón! —

exclamó Beatrice, volviendo a entrar en la cocina de su casa.

Pero entonces descubrió que tenía otra visita. Y esta vez no le dio tiempo a usar la escoba.

22

El equipaje misterioso

Después de dejar a Paulette en casa de su hija, pues así me lo había pedido ella, me fui directo a la mía, con la expectativa de disfrutar de una relajante siestecilla. Los españoles no inventaremos jamás nada que mejore los negocios ni el trabajo, pero en lo referente a formas de pasar el tiempo libre y darle gusto al cuerpo no nos gana nadie.

La comida con Paulette había transcurrido de forma agradable, pero infructuosa. La conversación giró en torno al asunto de la muerte de Billy Evans. Me tocó escuchar de nuevo el soniquete de que ella ya lo sabía, que lo había presentido, que el aura (o lo que fuese) de Billy aún rondaba por allí, bla, bla, bla...

Entre eso, la decepción por no encontrar a Anette en la tienda y la escena por la mañana con Joey y Rick me sentía ligeramente incómodo, por decirlo de una forma políticamente correcta. Ese día ya había tenido bastante vida social. O eso era, al menos, lo que yo creía en ese momento.

Aparqué el vehículo y me apeé, mirando algo que no estaba allí cuando yo me había marchado por la mañana.

Delante de la puerta de mi casa había dos maletas.

Extrañado, busqué una etiqueta que indicara la identidad del propietario de las mismas. No es usual que le dejen a uno las maletas a la puerta y el viajero desaparezca. Lo normal es ver primero a la visita y luego el equipaje.

No había etiqueta por ningún lado, ni pegatinas de esas que te ponen a veces cuando vas de vacaciones. Nada de nada.

Miré a mi alrededor, como buscando pistas del porqué de aquella aparición misteriosa. Para que luego viniera la señora Perkins presumiendo de fenómenos paranormales (aunque ella me hubiera puesto de vuelta y media si me hubiera escuchado nombrarlo así). Todo estaba en calma, tranquilo como habitualmente. No pude apreciar ni el más mínimo rastro que evidenciara que una persona había estado allí.

Desconcertado, decidí dar una vuelta por los alrededores de la casa.

En la parte trasera, algo llamó mi atención: un montón de hierbas arrancadas del suelo, como si alguien hubiera intentado escarbar sin éxito algún tipo de agujero, y un rastro sobre la hierba, una especie de línea aplastada, que saltaba a la vista, se había producido al arrastrar algo más o menos pesado por allí.

El pequeño sendero, por así denominarlo, conducía hacia unos matorrales, en los cuales se observaba una pequeña abertura. Obviamente los habían apartado hacia los lados para pasar.

Inquieto al recordar mis experiencias anteriores, me acerqué al punto exacto donde la senda penetraba en los árboles.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —pregunté, sin mucha convicción.

Como no hubo respuesta, sopesé la posibilidad de seguir el rastro. La idea no me resultaba nada atractiva. Por mi cabeza pasó la posibilidad de hallar otro Billy, quizás no tan bien «acabado» como el anterior. La verdad, si hubiera querido ser forense habría estudiado para ello. No es que me maree con la sangre, pero desde luego como vampiro resultaría pésimo.

Sacudí la cabeza. Me estaba dejando ganar la partida por la autosugestión. Lo más probable es que no encontrase nada o que, si había algo, no fuese más que un animal muerto por un depredador. Recordé al molobo, allí mirándome con sus ojos inquietantes, echándome un pulso de voluntades que no estaba seguro de haber ganado.

A pesar de la agradable temperatura, un escalofrío me sacudió. «Venga, sólo son animales, tú eres más grande y más fuerte» me dije, en un vano intento por convencerme a mí mismo para seguir adelante.

Haciendo un esfuerzo, proseguí la marcha y me interné bajo la capa arbórea. Por delante de mí veía con cierta claridad el reguero de ramitas rotas, aplastadas en el suelo. Teniendo en cuenta que yo no soy un cazador experimentado ni de lejos, deduje que aquel pequeño destrozo lo había ocasionado una persona. Una persona inexperta, como yo, que se lo había llevado todo por delante en su intento de avanzar entre retamas, zarzas y densos arbustos que impedían el paso.

Un poco más adelante, repetí el intento, esta vez con más potencia:

—¿Oiga? ¿Me oye, quien quiera que sea?

Mis palabras resonaron en la quietud del bosque, pero no hubo respuesta. La vegetación se hizo ligeramente menos tupida, y pude avanzar con un poco más de holgura. Al llegar junto a un espino, algo allí enganchado

llamó mi atención. Me acerqué y lo inspeccioné. Era un trozo pequeño de tela gris, desgarrado por las espinas del matorral. Estaba muy claro, que la naturaleza no había tenido nada que ver con aquello, estaba siguiendo a una persona. «Una que aún está viva. Al menos cuando pasó por aquí».

Además del pedacito de tela había un poco de sangre, aún fresca, en las espinas. ¿Qué podía significar todo aquello? En ese momento no fui capaz de encajar todas las piezas del rompecabezas. Pensé que, una vez hubiera descansado, tendría la mente más clara para desentrañar aquel extraño suceso. Me iba a dar la vuelta para regresar, cuando un destello rojo brilló por el rabillo del ojo.

Entorné la vista para captar mejor los detalles. En efecto, entre unas hierbas se veía algo rojo un poco más allá. Me aproximé con cautela y con la punta del pie, aparté la mata que ocultaba aquel objeto de la vista. Si hubiera visto un ovni no me habría sorprendido tanto.

¡Era un zapato de tacón! Y la pareja se hallaba cerca. ¡Un par de zapatos de mujer! Eso sí que era chocante. ¿Qué pintaba allí un par de zapatos de tacón rojos?

Escuché un ruido de ramas al partirse. Entonces noté que me aferraban por el brazo.

Se me cortó la respiración. Casi me oriné en los pantalones.

—Creo que no estás en tu sano juicio, hija. No sé muy bien a qué estás jugando ni qué pretendes, pero te has metido en un callejón sin salida, eso te lo puedo asegurar.

—Ya sabes que yo no creo que todo esté predeterminado. Tiene que haber una solución alternativa, algún modo de cambiar las cosas. Y no me resigno a pasar de nuevo por lo mismo.

Paulette se volvió, con las manos chorreando espuma, y miró a su hija con expresión incrédula. En lugar de ir a su casa, había pedido a Jim que la llevase donde Anette y estaba con ella en la cocina, escuchando, mientras fregaba los platos, la historia del encuentro con aquella mujer que había venido a visitar a Jim. La versión pasada por el tamiz de una mujer celosa, la fiera más peligrosa de toda la naturaleza. Las gemelas dormitaban en el sofá del salón, una vez llena la barriga.

—Tú sabes cómo funciona esto. Te escucho y me cuesta creer lo que oigo. Como si tú no tuvieses nada que ver con la cuestión. No es la primera vez que ocurre ni tampoco será la última, mientras la gente siga viviendo en este lugar. Igualmente sabes cuál es la manera de detenerlo. Durante generaciones ha sido así, y no hay motivo para pensar que ahora será diferente. Esto que te digo no es nuevo, hija. Mira las chicas en el salón. Gracias a nuestro «acuerdo» es que puedes verlas cada día. Mejor no lo pierdas de vista. Sé que te duele por lo que ese hombre supone para ti, y nada más lejos de mi intención que juzgarte, créeme. Lo único es que me siento incapaz de ofrecerte una solución alternativa y satisfactoria a la vez. Quizás ni siquiera tengamos esa opción. «Intenta agarrarse a un clavo ardiendo», pensó Paulette. «Son sus sentimientos los que hablan. No es ella». Su hija le dio pena en aquel momento, vio con claridad lo sola que se encontraba en aquel pueblo. Anette echaba de menos un tipo de compañía que ni ella ni las chicas podían proporcionarle.

—Vayámonos a otro lugar. Podemos empezar de cero. Aquí solo queda gente supersticiosa e inculta, madre. Precedida de generaciones que han alimentado ese temor atávico. No te ofendas, pero el mundo cambia. Los medios técnicos a nuestro alcance nos permitirían...

—¡Cállate, insensata! ¡No sabes lo que estás diciendo! Parece mentira que hayas vivido lo que has vivido, y que después del precio que has tenido que pagar aún sigas teniendo la cabeza llena de pájaros.

Anette bajó la mirada. El recuerdo, un poco más lejano cada día, volvió, doloroso, a su mente. Lo que su madre decía era verdad, había pagado un precio muy alto. Mucho. Volvió a mirar a su madre, esta vez con los ojos llenos de lágrimas.

—Eso ha sido un golpe bajo, madre. Lo de Richard no fue culpa mía, y tú lo sabes perfectamente.

Paulette vio que había rebasado el límite. Arrepentida, dio marcha atrás.

—No he dicho que fuese culpa tuya. No tuviste elección. Mejor dicho, la tuviste, pero te quedaste con la opción que cualquier madre del mundo hubiera escogido. La naturaleza impera en todo lo que hacemos. Por eso no te culpo. Sólo he dicho que deberías ser más sensata teniendo en cuenta lo sucedido. Nada más.

—¿Qué es eso que estáis diciendo, mamá? —La que habló fue Tracie, de pie en el umbral de la puerta—. ¿Qué pasó con mi padre?

Ambas se miraron mutuamente, sin saber cómo salir del charco en el que se habían metido. Al final la que habló fue Paulette. Intentó rebobinar la conversación, sin saber cuánto habría escuchado su nieta de todo lo que habían hablado.

—Tu padre se marchó cuando vosotras erais unas niñas pequeñas, ya lo sabes. Te lo hemos explicado un buen montón de veces. No podía soportar más la vida en este pueblo y un día se marchó. Sin despedirse. Desde entonces no hemos vuelto a saber de él. Era un hombre bueno, pero incapaz de afrontar la dura vida de las montañas. Ahí tienes lo que ocurrió.

Tracie eludió la contestación de su abuela y miró a su madre fijamente.

—Sé perfectamente lo que he oído, y no era eso ¿Qué es lo que te atormenta, mamá? ¿De qué no tuviste la culpa? ¿Qué nos ocultáis a mi hermana y a mí?

—Niña, ya te he dicho que...

La muchacha dedicó una mirada feroz a la abuela, tanto que la dejó con la palabra en el aire. Acto seguido, se encaró con su madre, que había levantado la vista del suelo pero, con los ojos anegados, era incapaz de dar

una respuesta creíble para evitar el dolor a sus hijas. Un día tendría que aclararlo todo, pero aún era demasiado pronto. Por fin, sacó un pañuelo de papel de la manga del jersey y se sonó la nariz con estrépito. Tragó aire i habló con Paulette.

—Déjalo, mamá. Tarde o temprano tendrán que saberlo —terció Anette, mirando alternativamente a su madre y a su hija—, pero no en este momento, por favor os lo pido. Tengo que salir, he quedado con esa mujer. Cuando vuelva nos sentaremos y hablaremos las cuatro. Hasta ese momento, os suplico que dejéis el tema en paz.

Se dirigió hacia la puerta, murmurando para sí misma más que para las dos mujeres que la contemplaban sin decir palabra. Había tomado una difícil decisión. Lo más duro iba a ser llevarla a cabo. Pero lo iba a hacer, nada se lo podía impedir. Ni siquiera su omnipotente madre.

—No puedo creer que esto me tenga que ocurrir de nuevo. No a mí. Otra vez no.

Y salió de la cocina, llorando.

Cogió una chaqueta ligera de punto y salió a la calle. Miró su reloj. Aún faltaba un buen rato hasta la hora en que había quedado con Elizabeth. No importaba, no podía permanecer más en su casa. No aquella tarde. La presión era más de lo que podía soportar. Primero Jim le había hecho una propuesta que ella ansiaba recibir y, sin saber muy bien por qué, la había rechazado. Luego había venido aquella mujer y ella había sentido una llamarada de celos abrasándole el alma. ¿Por qué se sentía así? Ella misma le había dado calabazas y además él llevaba casi cuatro meses viviendo allí y nunca había ido a ninguna parte ni había recibido visita alguna. Estaba claro que no mantenía ninguna relación con ella, de ser así no habrían estado cuatro meses sin verse. Salvo que se estuvieran dando un tiempo lejos por algún motivo, claro. El caso es que estaba hecha un lío, y encima ahora su madre le había sacado a colación el tema de Richard.

Richard. Aún le dolía el alma cada vez que lo recordaba. Cuando su madre la había invitado a pertenecer al grupo se sintió en parte reivindicada, le pareció que el daño sufrido tenía cierta justificación. Ahora lo dudaba. El tiempo lo erosiona todo y su convicción ya no era la de antaño. Después de conocer a Jim las cosas ya no le parecían igual. No tenía por qué seguir con eso, nada la obligaba a ello. Se sentía abducida, como si su mente hubiera sido

lavada, igual que en esas sectas que a menudo se ven por la tele. De repente se daba cuenta de que había mantenido los ojos cerrados, o se los habían hecho cerrar. «Deja de engañarte, querida. Tú misma evitaste volver la vista atrás. Lo primero era alejar la culpa, la responsabilidad. Echar sobre otros la carga fue fácil, y ya no hay marcha atrás de lo hecho. Sin embargo, nadie dice que no exista una salida, un futuro. Céntrate en eso». Sintió la necesidad de caminar para poner en orden todo aquel maremágnum de emociones. Daría un paseo por el bosque para hacer un poco de tiempo. En ese estado no podía fingir estar relajada mientras se entregaba a una sesión de compras acompañada de la consiguiente conversación banal con una desconocida. Una desconocida cuya suerte estaba echada. Ella lo sabía y tendría que fingir ese tono amable y condescendiente tan ensayado, a sabiendas de que lo que vendría después tendría poco de amable.

Se adentró por un sendero que le traía muchos recuerdos. Por allí paseaba con su difunto marido cuando aún eran novios. Conducía, un poco más adelante, a un pequeñísimo prado en un pequeño claro del bosque que en primavera se desbordaba de amapolas y campanillas, sobrevoladas por nubes de insectos en busca del dulce néctar. Allí se tumbaban y se amaban con loca pasión juvenil, o simplemente charlaban sobre lo que un día harían juntos, sobre el maravilloso futuro que planeaban para los dos.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla. Se la enjugó con el dorso de la mano. Aquel futuro se había visto truncado sin avisar. Todo cuanto habían planeado se fue a la papelera, como una hoja de papel que no sirve ya para nada.

Ocurrió la anterior vez que la Presencia despertó. Su recuerdo era lejano, pero aun así había permanecido en su memoria con bastantes detalles, si bien fragmentado a causa de su propio esfuerzo por borrarlo. Un esfuerzo inútil. El dolor, por suerte o debido a algún tipo de defensa natural, había cedido para pasar a ser una reminiscencia latente que solo de vez en cuando se permitía el lujo de aflorar para sacudir todo su ser. Su madre le había dicho que a veces pasa eso, que la mente elimina las experiencias traumáticas para poder seguir viviendo. En caso contrario, nos volveríamos locos a los pocos años de nacer. Recordaba haber estado cerca de la Presencia, haber sentido su olor, haber escuchado su voz, pero lo que quedaba en su cabeza no llegaba a ser ni siquiera una foto desenfocada. Lo que recordaba estaba como cortado en pequeños pedazos inconexos, sabía lo que había ocurrido, pero el rastro

visual en su memoria parecía haber sido borrado como un archivo en un ordenador. Al menos eso creyó en su momento, las convicción de haber vivido esos momentos que ahora le parecían tan difusos.

Todo había ocurrido una lejana tarde de septiembre. Las gemelas habían empezado a caminar ese verano, y había que estar encima de ellas continuamente para que no sufriesen algún accidente. Correteaban cada una en una dirección y ya se sabe que los niños siempre encuentran la manera de hacerse daño en menos que canta un gallo, así que eso traía a Anette por la calle de la amargura. Cada noche, cuando se dormían, caía rendida, más que si hubiera pasado la jornada cargando sacos de trigo.

Ella estaba tendiendo la colada en el patio trasero. Por aquel entonces aún no habían puesto la valla que lo separaba del bosque, era una extensión de árboles talados y de suelo que habían allanado y que se había cubierto de una suave hierba por sí misma. El tendedero consistía en dos palos clavados en el suelo a modo de postes y una cuerda que los unía. Richard había segado la hierba a ras del suelo para que las pequeñas pudieran jugar allí. Anette casi podía recordar el olor vegetal que desprendía el bosque, el canto de los pájaros y la sensación tibia de la brisa sobre su mejillas, entre su cabello.

Por el rabillo del ojo vio que la pequeña Tracie se alejaba en dirección a los árboles.

—Tracie, cariño, no te alejes. Ven aquí con mami.

Pero la niña seguía su dirección, feliz por su recién descubierta independencia. Reía y lanzaba grititos de placer, ignorando las órdenes de su madre. Anette dejó la colada y fue a cogerla, dejando a Stacie sentada junto al barreño de la ropa.

No fueron más de diez segundos. Diez segundos que supusieron la diferencia entre la vida y la muerte.

Llegó hasta donde Tracie, que disfrutaba parloteando en su lengua de trapo, y la cogió en brazos. Ella se resistió, quería seguir descubriendo su entorno por sus propios medios y no en brazos de mamá.

—Eres una pequeña brujita desobediente, te voy a dar lo que te mereces —decía Anette mientras le mordisqueaba la barriguita, lo cual hizo que la niña chillara de gusto, entusiasmada por aquel nuevo juego—. Vuelve aquí y quédate quieta con tu herm...

Al volverse, Stacie no estaba en el lugar donde la había dejado. Como intuyendo que algo pasaba a su madre, Tracie dejó de patear y se quedó muy

quieta. Anette barrió con la vista todo el patio, y pudo ver fugazmente un animal desaparecer entre la espesura.

—¡No, Dios mío! ¡Richard! ¡Richard, ven ahora mismo! ¡La niña! ¡Se la lleva!

Su marido apareció por la puerta trasera de la casa, extrañado por el escándalo. La miró y siguió la dirección de su mirada angustiada. Cogió un hacha que había colgada en la pared y echó a correr como una exhalación, persiguiendo al animal que se había llevado a la pequeña.

Anette se abrazó a Tracie con fuerza, llorando. Unos días antes había desaparecido Sheryl Wilson, y Paulette le había contado toda la historia acerca de la Presencia y del rastro de muerte que dejaba cada vez que despertaba. Ella no creía en esas cosas por aquel entonces, y además lo que había visto era claramente un animal, no un espíritu ni nada que se le pareciese, pero en medio de la locura del momento, su cabeza no pensaba con claridad.

—No permitas que le pase nada a mi niña, Señor, por favor, si he de pagar alguna culpa haz que me pase a mí, pero no a mi niña, por favor, Dios, te lo ruego.

Richard volvió con las manos vacías y la cabeza agachada. En aquel momento todo el vecindario ya se había reunido allí con ella, alarmados al oír los gritos y el llanto. Todos, incluida Paulette. Con una serenidad gélida, dijo:

—Volved a vuestras casas, por favor, dejadnos con nuestro dolor.

La gente se marchó de mala gana, y cuando estuvieron solos, habló despacio y les dijo a ambos:

—Puede que aún exista un modo de salvar la vida de la niña. Pero el precio a pagar será, con toda seguridad, altísimo.

Anette la miró como si la viera por primera vez. Su madre debía estar desvariando, lo que decía no tenía sentido.

—Haremos lo que sea preciso —respondió su marido, con una calma que impresionaba—. Daré mi vida a cambio si es preciso.

—¿De veras lo harías? —una extraña expresión se dibujó en el rostro de su madre. Anette no supo interpretarla en aquel instante.

Debían de estar locos. La cabeza le daba vueltas y más vueltas a Anette. Es como si estuviera escuchando hablar en una lengua que le era desconocida. Le resultaba imposible aceptar que los dos estuvieran charlando como si tal cosa mientras su pequeña podía haber sido... devorada por algún

animal. Con el corazón encogido, se atrevió a intervenir.

—¿Se puede saber de qué demonios estáis hablando? Si no me lo contáis, creo que me voy a volver loca ahora mismo.

La solución, por supuesto, consistía en un cambio: una vida por otra. El tema no le resultaba nuevo a Anette a estas alturas, pero entonces fue como si la que hubiera perdido la vida hubiera sido ella. Hasta mucho después Anette no sabría cómo era posible que Richard poseyera toda la información, pero el caso es que su marido dijo que él se cambiaría por la niña.

Anette pensó que se estaba volviendo loca. Chilló, lloró, suplicó, se arrancó los cabellos, pero de nada sirvió. Paulette lo dejó bien claro: si querían salvar a la niña debían entregar lo mismo a cambio, y sin tardar mucho, la Presencia no esperaría mucho tiempo.

La despedida de Richard fue el peor trago de toda su vida. A pesar de lo inevitable de la situación, la mente de Anette se negaba a aceptar que todo aquello pudiera estar ocurriendo. En un baño de lágrimas, él le dijo que siempre la amaría, que recordase sólo los buenos momentos, que le hablase a sus hijas de cuánto las había querido.

Más como un fantasma que como una persona, se dirigió al bosque esa misma noche con su marido y con su madre. En un determinado punto, Paulette le hizo detenerse con un gesto de la mano.

—Hemos llegado. Tú debes quedarte aquí, hija. Volveré en seguida.

—No me podéis dejar aquí sola. Tengo que ir con mi marid...

—¡Silencio! Nada te ocurrirá. No puedes venir. No estás preparada aún. Todo acontecerá en su momento.

El momento anunciado por su madre nunca había llegado. «Gracias al Señor», pensó Anette mientras el proyector de su memoria rebobinaba todo de nuevo.

Protestó un poco más, pero no le quedaban fuerzas. El semblante adusto de su madre dio por zanjada la cuestión. Richard y ella se internaron un poco en los árboles. Los minutos parecieron horas, Anette creyó oír susurros, voces extrañas en una lengua desconocida. Después apareció Paulette, con un bulto en brazos, y ella se apresuró a destaparlo, para comprobar que era su hija. Estaba dormida.

—Apresúrate, niña. Hemos de alejarnos rápidamente. La niña está bien. Vamos, camina, no te entretengas.

Apenas habían caminado un centenar de metros cuando un grito

desgarró la noche, el grito de agonía de Richard, mientras la vida le abandonaba. Ese grito atravesó el corazón de Anette como una saeta envenenada. Esa sensación aún permanecía fresca en su mente y en su alma. Sus rodillas se doblaron y cayó al suelo, sin conocimiento. Ni siquiera recordaba que su madre le hubiera quitado a su hija de los brazos para evitar que la hiciera daño de forma involuntaria.

La versión oficial era que Richard se había marchado sin decir nada. A Anette le dolió infinitamente tener que mancillar la memoria de su marido muerto de aquella forma ignominiosa, sobre todo teniendo en cuenta que él había hecho un sacrificio que muy, muy pocas personas en el mundo harían, pero no había manera creíble de explicar su desaparición de forma convincente.

—El dolor cesará, hija mía —le había dicho su madre—. En tu corazón y en el de tus hijas, cuando crezcan, él será el héroe que realmente ha demostrado ser. No importa lo que piensen los demás.

Y así habían pasado los años. El resto de los integrantes del grupo le habían puesto al tanto de todo en aquel tiempo, hasta convertirse en una más. Pero ahora todo volvía a repetirse, igual que antaño.

Regresó al presente. Ya había llegado a su pequeño prado particular. El frescor vegetal reinaba allí, con una paz que invadía el alma y se llevaba todos los pesares. Se quedó en cuclillas para no mancharse la ropa y se echó a llorar.

Oyó un ruido. Se volvió y se quedó mirándole fijamente.
Era hora de volver.

—¡Me has dado un susto de muerte! Da gracias que no llevaba la escopeta encima. A lo mejor ahora estarías patas arriba con el cuerpo lleno de respiraderos. ¿Por qué no has avisado de que venías? Te hubiera preparado un recibimiento en condiciones.

—Quería darte una sorpresa. ¿No te ha gustado?

—Tanto que casi me cago en los calzoncillos.

Ya estábamos sentados en el salón de casa. Lizzy y yo, quiero decir. Tomando una taza de café, que era lo más selecto que tenía en ese momento. Se rió del chiste y dio un sorbito a su taza.

—Ya estaba harta de esperar, así que me decidí a explorar un poco los alrededores.

—No te lo aconsejo. Al menos, no en solitario. Ya te conté...

—Sí, sí, ya sé. Lo del licántropo merodeando en las oscuras noches de luna llena—puso cara de película de terror, imitando en un gesto histriónico las expresiones de las protagonistas de las películas de terror clásicas..

—No te lo tomes tan a la ligera. Hace poco encontré unos restos humanos dentro del bosque, explorando el entorno, como tú dices. La autopsia no ha demostrado que la muerte fuese causada por un ataque animal, pero hasta donde yo sé, tampoco lo ha desmentido.

Lizzy se me quedó mirando fijamente, medio divertida, medio incrédula.

—Me parece increíble escuchar todo esto de tu boca. ¿Dónde quedó el hombre materialista que ni siquiera pensaba en términos religiosos? Mucho menos en historias de terror o leyendas rurales. Desde mi punto de vista, eso sí que es paranormal.

Tanto escepticismo me empezaba a molestar, así que me salí por la tangente.

—En fin, dejemos aparte este tema. ¿Has venido para mucho tiempo? Tengo que reponer la despensa, los víveres están a mi medida, sólo para un comensal.

—No te preocupes. Tan sólo serán unos días. No está en mis planes suponerte un gran incordio. Tengo que volver al tajo, ya sabes cómo es esto,

una jungla llena de voraces depredadores.

—Sí, sí, lo recuerdo muy bien. ¿Quién te ha traído hasta aquí? No me irás a decir que has venido a pie desde el pueblo. Y dudo mucho que el GPS del taxi incluya mi dirección. Como ves, vivo en la calle Culo del Mundo sin número.

—Quizás te resulte irónico, pero —ahora su semblante se llenó de intriga y misterio—la que me trajo fue... tu novia.

Si me dan otra igual me caigo de espaldas y no me vuelvo a levantar.

—¿Mi novia? Yo no tengo novia. Al menos, que yo sepa.

Supongo que el color rojo de mi rostro me delató y desmintió mis palabras, porque ella se echó a reír. Cómo había echado de menos aquella risa, aquella jovialidad, su costumbre de quitarle importancia a todo.

—Pues ella no piensa como tú. Soy mujer, sé de lo que estoy hablando. Una no se vuelve posesiva sin motivo, y créeme, ella lo es.

Cambié de postura en la silla y también me reacomodé en la conversación. No es grato saber que eres la presa en este juego.

—¿Estamos hablando los dos de la misma persona?

—Tú sabrás si hay varias. Se llama Anette, ¿verdad?

Yo no salía de mi asombro. La descripción de Lizzy no encajaba para nada con la Anette que yo conocía. ¿A qué venía todo aquello?

—Y además de ponerte al tanto de mi vida «amorosa», ¿de qué otros temas habéis hablado, si se me permite la pregunta?

Lizzy sonrió. Una sonrisa apaciguadora.

—No te enfades, tonto. Lo que acabo de decirte es sólo una impresión personal. Simplemente se nota que le gustas, y por tu reacción, deduzco que la cosa funciona en ambos sentidos. Pero no me tienes que dar ningún tipo de explicación, no soy tu madre. Y a tu edad, yo diría que ni a tu madre habrías de dárselas. En realidad no hemos hablado mucho. Sólo de temas triviales, el calor, la moda, ya sabes. Por cierto he quedado con ella para ir de compras dentro de un rato. Siempre viene bien aliarse con el enemigo ¿no? —otra sonrisa de doble filo.

—Tú sigue así de puñetera. A ver qué hombre es capaz de soportarte.

—Tampoco me preocupa eso. No necesito ningún marido que me espere o cuide de mí. Sé hacerlo por mí misma. Aunque puede que un día cambie de opinión. Te veo a ti enamorado y no me parece tan malo, y tú eres mi ídolo —esta vez, reímos a la par.

Sonó mi móvil. Me acerqué a ver quién osaba molestarme durante mi hora sagrada de la siesta. Era Joey. «Qué raro», pensé. Con los dedos de una mano podía contar las veces que me había llamado por teléfono. Supuse que no era para aclarar lo de por la mañana. Su delicadeza no llegaba a esos extremos —ni a ningún otro, pensándolo detenidamente—. Descolgué.

—Hola, Joey —intenté imprimir un matiz hosco a mi voz, nada de concesiones al adversario—. Dime.

—Buenas, Jim, perdona que te moleste —¿Una disculpa? ¿Había notado un leve titubeo en su voz? Este hombre estaba perdiendo facultades, desde luego. Le iban a quitar el título de Cazorro Mayor si en la Federación se llegaban a enterar de esto—. Es por un motivo importante. Acaban de llegar los resultados de la autopsia de Billy Evans.

—¿Y eso es un motivo importante? Digo yo que mañana cuando vaya a trabajar seguirán siendo los mismos. A no ser que digan que ha sido un asesinato y que el asesino soy yo, lo cual te anticipo que es bastante improbable. No le veo tanta importancia por ningún lado —respondí con la mayor frialdad que pude aparentar. Él era el botarate supremo, pero yo quedé segundo en el concurso de rencorosos, con poca diferencia después de Poncio Pilatos.

—Quizás cambies de opinión, pues en cierto modo te reivindicán. Quiero que los veas tú mismo. Creo que es importante de verdad. Deberías bajar al pueblo —dudó unos instantes—. Por favor.

Eso está mejor, gatito. Mi accidentado corazón se reblandeció un poco. Soy rencoroso, pero no sanguinario.

—De acuerdo. Voy para allá. Dame un rato y estoy en la oficina —y pulsé la tecla roja sin despedirme.

Me volví hacia Lizzy, que escuchaba expectante.

—Tengo que bajar al pueblo. Joey, el sheriff, me reclama. Ya te lo presentaré, aunque te prevengo que no es tu tipo de hombre. Quiere que vea unos informes que han mandado. Es por la muerte del chico cuyos restos encontré en el bosque.

Un surco de preocupación surcó su frente.

—Nada malo, supongo.

«Por muy malo que sea, a mí ni me va ni me viene. Ni conocía al chico ni a nadie en este pueblo hasta hace unos meses». Mi pensamiento seguía dando vueltas a lo que habías querido decir Joey con eso de la reivindicación.

Hasta donde yo pensaba, no necesitaba ninguna.

—En realidad, dudo que al muerto le importe mucho lo que el informe pueda decir, pero no sé hasta qué punto pueda ser importante. No me ha dado ninguna explicación. Según él, es mejor que los lea por mí mismo. Tengo que dejarte sola en casa durante un rato. ¿Serás capaz de portarte como una niña buena y no meterte en líos? Y nada de excursiones campestres sin que yo esté presente, ¿estamos?

Ella pareció recuperar su aire feliz.

—No va a hacer falta ningún juramento, papi. Si no te importa, bajaré al pueblo contigo. Aún falta un rato para mi cita con Anette, y como los asuntos policiales de este pueblucho me traen al fresco, aprovecharé y me daré un paseo por el pueblo. Así cotilleo un poco. Supongo que la gente de aquí es tan chismosa como la de todos los pueblos, ¿no?

—Lo son, sin duda.

—Bien, pues démosles algo de qué hablar. En un minuto me cambio de ropa y estoy lista.

—Perfecto. Te espero.

Cumplió su palabra. Dos minutos más tarde enfilábamos el camino de bajada hacia la carretera.

Mientras los dos subían al vehículo, unos ojos amarillos los observaban, llenos de un odio ancestral, entre las sombras de los árboles. Esperaban impacientes. Su momento se acercaba.

En la puerta de la comisaría lucía un desgastado letrero que rezaba «Volvemos en diez minutos». En cualquier parte del país resultaría chocante leer semejante barbaridad en una estación de policía. Todo el mundo espera que la policía siempre esté de servicio; en Hazard era lo más normal del mundo.

Sin embargo, lo más chocante no era eso, sino el hecho de que sí había alguien dentro. Cuatro de los seis integrantes del grupo se miraban preocupados y nerviosos.

—He recibido una llamada —dijo Joey—. Era la mujer de Herb. Por lo que se ve, algo ha pasado con uno de los chicos. El más espabilado. No ha sabido darme muchos detalles, pero tampoco los necesitamos, ¿verdad? —los otros bajaron la vista. Ciertamente, los detalles estaban de más—. Ya sabemos que el chico ha metido el pie donde no debía y según ella el viejo no sale de la inundación ética. Le prometí que me pasaría a verlos esta tarde sin falta. Sin embargo, eso no es lo peor.

Paulette rompió el silencio, dejando la pregunta que a todos se les ocurrió en el aire.

—Yo también tengo algo que decir. Se refiere a Anette.

Joey le hizo un gesto. Aún no había terminado.

—Lo peor, y ahora te dejo hablar, es que han llegado los análisis de ADN del muchacho Evans. Ya podéis imaginar que han detectado algo extraño. Ignoro cómo vamos a evitar que esto se convierta en un centro de atención, Francine. Quizás a ti se te ocurra algo. Si a alguien de St. Paul le da por preguntar, estamos jodidos.

La doctora quitó importancia al asunto.

—Eso es lo de menos, Joey. Nadie va a preguntar por unos huesos que llevaban sabe Dios cuánto tiempo en un medio contaminado.

—Ya has leído lo que pone. Tú eres médica. No he de explicarte nada.

—Precisamente —replicó ella—. Yo soy médica y tú policía. Sabes tan bien como yo que cualquier prueba sometida a condiciones externas ambientales, humedad o posible contacto de manos inexpertas pierde su validez.

Paulette intervino de nuevo.

—Yo creo que nuestras preocupaciones mayores, en este momento, no son esas

—todos se volvieron hacia ella con el pensamiento de que no había escuchado nada de lo hablado—. Ya en otras ocasiones hemos tenido que pasar por investigaciones policiales, como la de la hija de los Wilson. O desapariciones, y prefiero no entrar en este tema, como sabemos. Lo mismo en el caso del chico Evans como en el del hijo de Herb encontraremos una historia plausible. Lo peor no es eso, insisto.

—Y entonces, en tu opinión —Rick abrió la boca después de un largo silencio—. ¿De qué deberíamos preocuparnos?

Ella carraspeó antes de continuar.

—Nos estamos desmoronando. Eso es muy grave. Sellamos un pacto y asumimos nuestra responsabilidad, no lo olvidéis. Lo hicimos por el bien del pueblo, de la especie humana, quizás. Lo que tenemos aquí atado posee un poder de destrucción y de y de propagación inimaginable. Con mucho dolor, y sé de lo que hablo, aceptamos el tributo exigido. A nadie le gusta, pero si lo pensamos un poco de sangre a cambio de muchas vidas no es un mal trato. Nuestro grupo es la garantía de que todo sigue como hasta ahora, bajo control. Si nos dejamos llevar, estamos perdidos. Nosotros y todos los demás. Anette ha empezado a dudar. No piensa, solo se dejar llevar por el encanto de ese hombre. Ya ha olvidado lo mucho que sufrió por conservar a sus hijas. Y ahora Herb. Hemos de hacer lago, y tiene que ser ya. Temo que todo se descontrole en poco tiempo y nos resulte imposible hacer que callen durante otro tiempo. La respiración de todos fue lo único que se escuchó durante un par de eternos minutos.

—No hay muchas opciones —opinó Rick—. La única cuestión es ¿quién?

Paulette sonrió.

—La respuesta acaba de llegar esta tarde en un taxi. Directa desde Nueva York.

—¿No nos meteremos en un lío si viene detrás alguien preguntando por ella?

La tensión se acrecentó en la habitación. El aire se volvió denso, como en el momento que precede a la descarga del rayo.

—Tendrá que parecer fortuito. Hemos de encontrar alguna fiera y darle muerte después. Todo quedará en una anécdota de las que salen en las noticias.

—¿Y qué pasa con él?

Paulette miró a Joey, que era quien había formulado la pregunta.

—¿Él?

—Tu futuro yerno —Ella enarcó las cejas ante tan rotunda afirmación.

—Dependerá de cómo transcurran las cosas. Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. Por ahora, uno de nosotros tiene que encargarse de la mujer. ¿Algún voluntario?

Nadie en la sala se atrevió a mirar a los ojos de los demás. Al fin, se levantó una mano.

Estuve tentado de parar en casa de Anette antes de ir donde el sheriff, pero deseché la idea dadas las circunstancias. Mi conversación con ella tendría que posponerse hasta que pudiéramos estar tranquilos y a solas, lo cual parecía hartamente improbable en aquéllas circunstancias. En lugar de eso, pregunté a Lizzy:

—¿Te dejo aquí mismo? Esa es la casa de tu aliada contra el sexo masculino.

—Prefiero dar una vuelta por ahí yo sola. No te preocupes, sabré orientarme. Tampoco hay mucho pueblo donde perderse, ¿verdad?

Y tanto. Perderse allí merecería figurar en el Guinness de los Récords.

—Cierto. Te dejaré más adelante. Es donde está el sucedáneo de centro comercial que tenemos aquí. El paisaje también es muy bonito, las casas están prácticamente pegadas al bosque. Si has traído una cámara, puedes sacar unas fotos realmente artísticas.

—La traje —dijo, extrayendo un pequeña maravilla digital del bolso—. Soy una mujer prevenida. Quédate tranquilo, estaré bien —y se apeó, dándome un beso en la mejilla. Poco podía yo imaginarme el curso de los acontecimientos posteriores.

Un arrebatado de ternura afloró sin que pudiera preverlo.

—Gracias por venir —repliqué, reteniéndola un instante—. Ya ves que estoy bien, pero me alegro mucho de tenerte aquí unos días. Por los viejos tiempos.

—Ya brindaremos por ellos esta noche. Yo también me siento feliz de ver que has encontrado una vida aquí. Te lo mereces. Hasta luego.

Cerró la portezuela y avanzó calle adelante, moviendo la mano en un adiós que ambos ignorábamos sería el último.

Joey y Rick estaban en pie cuando entré por la puerta, con una expresión en sus rostros imposible de interpretar para mí. «Cuanto antes acabemos con esto, mejor», pensé. No había terminado de destilar la rabia de por la mañana.

—Ya estoy aquí. Echemos un ojo a eso que es tan importante y no se puede esperar a mañana.

—¿Aún estás cabreado por lo de antes? No seas así, hombre. Sólo

eran un par de bromas sin malicia. Por supuesto que es creíble que pueda haber alguna alimaña devoradora de hombres por aquí, pero están bien documentadas. En realidad, aunque te resulte difícil reconocerlo, probablemente la diferencia reside en que tú la viste de noche y estabas sólo en tu casa. Quizás la imaginación te jugó una mala pasada y fuera un lobo, un puma, o algo así.

—Yo sé lo que vi —repliqué cortante—. Y no sé lo que era, pero desde luego distingo un lobo de otro bicho. Y un puma, un oso, y un botarate zampabollos. De hecho, vi es animal muy de cerca ¿recordáis? Vengo de una ciudad, pero no soy idiota, aunque a los que vivís en estos parajes os cueste creerlo.

Ambos cruzaron una mirada, viendo que la cosa se volvía a poner calentita, y se encogieron de hombros.

—Da igual —dijo Joey con la exasperación del quien trata con un niño tozudo—. Esta conversación no nos va a llevar a ninguna parte, de modo que se acabó el tema. Lee el informe que nos han remitido desde el hospital de St. Paul. Lo han traído por mensajería hace un rato. Quizás te haga sentir reivindicado.

Tomé el pequeño fardo de papeles que reposaba sobre la mesa y me senté en mi silla tranquilamente a leer. Ellos esperaron sentados en la mesa de al lado, la que no ocupaba nadie. A medida que pasaba las páginas, mi humor se fue mejorando. Hasta que llegué a las conclusiones finales. Allí había algo que apoyaba mi teoría, pero que no sabía exactamente qué significaba. Aquello necesitaba la opinión de una persona con más conocimientos técnicos que nosotros tres. Levanté la cabeza y les miré.

—Llamad a la doctora Farrow. Aquí hay algo que necesita una explicación médica.

Miró su reloj de muñeca. Era una pieza única de oro blanco con incrustaciones de pedrería. Pedrería verdadera. Se lo había regalado a sí misma las navidades anteriores, a falta de nadie que lo hiciera. No tenía familiares directos ni cercanos con quienes celebrar las Pascuas, y aunque siempre había algún amigo caritativo que la invitaba a cenar en su casa, no era lo mismo.

La Navidad pasada había pensado invitar a Jim a una cena a dos en un restaurante caro, pero él ya tenía otro compromiso y ella no había querido insistir más. El año había sido especialmente bueno en el trabajo, las

inversiones habían resultado muy acertadas y sus comisiones habían llegado a la estratosfera. Así que fue a una joyería y se compró esa chuchería. Le había costado una fortuna, pero desde luego podía permitirse eso y mucho más.

Sin embargo, su alma sensible notaba la falta de calor humano llegando las fechas señaladas como aquellas. No es que se arrepintiera de su elección en la vida, pero a veces un resquicio de soledad se colaba en su mente y pensaba por unos momentos cómo sería tener una familia con quien afrontar los obstáculos de la vida, un marido esperándola en casa todas las noches, alguien que compartiera sus altos y también sus bajos. Un par de cachorritos armando jaleo y peleándose continuamente, una prolongación de sí misma hacia el futuro. Algo como lo que posee la mayoría de las personas. Dificultades para llegar a fin de mes —esto, desde luego, lo descaraba—, peleas en casa, cosas de la que todo el mundo reniega pero que te hacen sentir viva y útil a la larga.

Era consciente del precio que había decidido pagar a cambio de su carrera profesional, y según iban transcurriendo los años el peso de esa carencia se hacía mayor. Y ahora veía a Jim, con esa especie de sonrisa de Mona Lisa que había aparecido en su cara, y que ni él mismo sabía de dónde había venido.

Ella sí que lo sabía. El hombre siempre tenso, a punto de saltar como un felino sobresa presa, había muerto. En sólo unos meses, una ligera pátina de felicidad —y también de masa corporal, pensó mientras sonreía— había recubierto al Jim que ella había conocido.

En apenas una hora que habían estado charlando, Lizzy percibió una parsimonia al hablar y al comportarse que antes no existía. Su voz había bajado varios tonos, se había vuelto más grave, más pausada. Sonreía y hablaba a la vez, radiaba satisfacción. Nunca lo había visto así. No es que anteriormente fuera una persona seria, pero había perdido ese matiz de determinación que siempre lo había caracterizado a cambio de una empatía personal sacada de un frasco que ella ignoraba que existiera. Era como si hubiera cedido el timón de su vida para dejarse llevar por la brisa de las montañas. La facilidad con la que accedió cuando recibió la llamada para venir al pueblo sin poner ninguna pega era una prueba de todo ello. El hombre de negocios que la había impulsado en su carrera habría puesto alguna condición. Él era así: su criterio era el que imperaba en todas las situaciones.

Sin embargo, no se había enfadado cuando le sorprendió por la

retaguardia en el bosque, ni se había molestado tampoco cuando le había pinchado acerca de su relación con Anette. Nada. Lo único que se le ocurría, y esto era lo que venía pensando desde que se despidió de él un rato atrás, era que por fin había encontrado su lugar en el mundo.

Había venido a vivir a este rincón perdido en el mapa, en mitad de ninguna parte, y había encontrado la esencia de la vida. Gente sencilla, transparente, que dejaban sus emociones a la vista, como los celos de Anette cuando ella había entrado en la tienda. Los pobladores de la ciudad no eran así. Eran opacos, cerraban su vida a las demás personas. En aquel mundo la doble intención y la necesidad de pasar por encima de los demás para conseguir tus propósitos imperaban, en una especie de ley salvaje de competitividad a toda costa. El pez grande se come al chico, y todo eso. Si no compartes tu vida y tus sentimientos nadie te hiere, ya sabes.

Una vez había leído en una novela, y se le había quedado grabado, que si cierras el puño nadie te puede quitar lo que tienes en la mano, pero tampoco pueden poner nada dentro. Y esa especie de pequeña perla de sabiduría ancestral volvía de vez en cuando a su memoria. Seguramente esa especie de existencia común que parecía reinar en ese diminuto lugar era la que llenaba el espíritu de aquellas personas, y había infectado a su Jim hasta la médula.

Una punzada de envidia hizo sangrar ligeramente su corazón femenino. Quizás ella también podía optar por una existencia así, sencilla, con las complicaciones justas de una vida humana, sin parafernalias inventadas por el ser humano. Con una sacudida de cabeza, apartó el pensamiento a un lado y volvió a concentrarse en el reloj. Eran las cinco menos veinticinco. Había quedado con Anette a las cuatro y media. Levantó la vista y oteó calle abajo, pero no había ni un alma por la calle.

Le pareció que había percibido por un instante un sonido fuera de lo normal. Apartó la vista del escaparate que estaba contemplando con desgana y aguzó el oído. Sí, ahí estaba de nuevo. Era parecido al gemido lastimero de un animal, como si llorase de dolor. Avanzó unos pasos para localizar el origen del lamento.

Por fin pudo situar la procedencia de aquellos pequeños aullidos, cortos, de poca intensidad. Provenían del hueco que había entre dos casas, una especie de callejuela que iba a dar directamente al monte. Cruzó la calle, movida por la curiosidad, por segunda vez en aquel día, y se adentró entre las dos casas, directa hacia el bosque.

—Aquí hay dos puntos diferentes que comentar —dijo Francine Farrow, frunciendo el ceño tras leer minuciosamente el informe que le habían dado. Lo primero, la autopsia revela que Billy Evans murió a causa del ataque de un animal. De un animal con mucha fuerza, diría yo. Presenta varias costillas fracturadas y el cráneo está prácticamente reducido a minúsculos fragmentos. De hecho, no los han encontrado todos. La reconstrucción es parcial. Un oso, en mi opinión. Pero yo no soy experta en estos temas, por supuesto. Soy médico de familia, sé un poco de todo y mucho de nada en concreto. Es lo que tiene ejercer en un pueblo pequeño.

Permaneció unos momentos a la expectativa, de lo que pudieran decir sus tres interlocutores, pero estos la miraban esperando que siguiera adelante con el dictamen. A sus cincuenta y cuatro años, ya había asumido que los habitantes de aquel pueblo la consideraban una especie de semidiosa, pues lo mismo atendía un roto que un descosido. Ella era consciente de sus limitaciones, pero después de más de veinte años viendo nacer y morir una generación tras otra, se había dado cuenta que la mayoría de las veces esa gente necesitaba más un consejero que un médico. Los casos un poco más graves los enviaba directamente a Ravenna y los que realmente necesitaban atención especializada y urgente se los llevaba una ambulancia directamente a St. Paul, la cabecera del condado.

—¿Y qué nos dice de lo otro, doctora? No se ofenda, pero lo que nos ha contado está todo escrito. Lo que no sabemos interpretar es la observación que hay al final —intervine, con la mayor delicadeza posible. Nada es peor que poner en entredicho la capacidad de un profesional, y menos de un médico.

—Aún no he terminado. No seáis tan impacientes, leche.

—Perdone, no pretendía...

—Es igual, yo tampoco sé qué pensar —con un gesto de la mano, algo así como un leve revoloteo, cortó mi disculpa chapucera en seco—. Aquí dice que han detectado restos de una enzima desconocida, pero muy similar a la amilasa humana. En las personas, esta enzima se encuentra en la saliva y empieza a descomponer los hidratos de carbono para facilitar su digestión. No tiene mucho sentido que una enzima digestiva de tipo similar al humano aparezca en los huesos de un cadáver devorado por animales salvajes. Lo único que se me ocurre, y es una posibilidad ridícula, es que una persona

participara en el festín. Como podéis imaginar, yo lo descartaría totalmente. Más bien me inclino por pensar que hay un error en alguna parte. De todas formas, el informe no es concluyente al respecto. Sólo los huesos que permanecieron fuera del agua muestran alguna traza, y es posible que haya sido contaminada de mil maneras diferentes antes de llegar al laboratorio o que el análisis haya fallado. La matización es curiosa, pero yo no creo que merezca especial consideración. Lo importante es que la causa de la muerte se ha aclarado.

—Pues yo pienso que si no tuviera importancia no lo habrían incluido en el informe ¿no? —insistí.

Ella pareció contrariada por la observación, si bien se cuidó de hacer ningún comentario al respecto. Como colofón, añadió:

—Me habéis llamado para conocer mi opinión como médico y aquí la tenéis. No estoy aquí para hacer ninguna especulación. No es mi trabajo. Eso lo dejo para la imaginación de otras personas —me dirigió una mirada de soslayo—. Si queréis preguntar algo más, os responderé dentro de mis limitadas posibilidades. Si no, tengo muchas cosas que hacer.

Para mi desesperación, la ayuda médica que esperaba se había quedado en camino. No supe qué decir, fue el sheriff quien se encargó de romper el incómodo silencio.

—Ya nos has aclarado lo que necesitábamos saber —intervino, dedicándome una mirada que decía «ni se te ocurra abrir el pico», pero tampoco estaba en mi intención, cualquiera le decía nada a la experta—, gracias por acudir tan rápido a nuestra llamada, Francine. Perdona las molestias.

Y allí nos dejó a los tres, exactamente igual de confusos que al principio. Bueno, igual no. Yo veía que la evidencia apoyaba mi teoría, aunque no pudiera demostrarla aún. Pero mi plan ya estaba forjado. Conseguiría pruebas de la existencia del molobo, y sabía cómo iba a hacerlo.

Avanzaba con dificultad por entre los hierbajos, que llegaban hasta la altura de las caderas. Se le antojaba que toda clase de bichos, desde insectos hasta culebras —un escalofrío recorrió su espalda sólo con pensarlo, no las soportaba— se arrastraba por allí, lejos de la vista del género humano. Procuraba aplastar todo antes de avanzar un paso más. Los quejidos del animal seguían incesantemente, era como un llanto que atenazaba el corazón.

Recordaba que cuando era muy niña había tenido un gato. Los gatos viven su intensa vida sin límites espaciales. Salía de casa cuando le venía en gana y volvía con el mismo criterio. Hasta que un día no volvió. Lizzy salió a buscarlo y se lo encontró aplastado por un coche en medio de la calle. Había pillado un berrinche de tal magnitud que su madre le prohibió terminantemente la entrada de animales en casa «hasta que cumplas los veinticinco». Y así fue. El tema de las mascotas pasó, junto al mínimo, a mejor vida.

Después de diez minutos y de continuos temblores por el temor de encontrarse algún animalillo no grato, llegó al cabo del estrecho hueco entre las dos casas. Si hubiera vuelto la vista atrás, Lizzy habría visto a Francine Fawcet pasar en su coche, enfurruñada, hacia su casa. Una vez completada la primera fase de su misión, se detuvo un momento, para localizar de dónde venían los gemidos. De su izquierda, sí. No tuvo que caminar mucho más hasta que localizó la fuente de su angustia.

Allí, atado a una estaca, había un perro pequeño. No era muy entendida en la materia, pero supuso que sería un Yorkshire o algo así. Le habían atado con una de esas cintas que se usan para flejar los embalajes, esas que están hechas de un material difícil de cortar, un plástico duro de narices. A fuerza de tirar, el pobre animal se había cortado en la pata y sangraba copiosamente. Se acercó para soltarle.

—Quieto, pequeñín, no te muevas. Ahora mismo te aflojo esto y listo.

Se aproximó maldiciendo mentalmente al hijo de mala madre que había hecho aquello. Seguramente algún chiquillo cruel de esos que siempre tienen representación en todas partes. Al agacharse, sintió un dolor agudo en la parte trasera de la cabeza. Después, el mundo se apagó.

Cuando abrí la puerta para volver a casa, casi me di de bruces con Anette, que estaba a punto de entrar a la comisaría. La sorpresa fue mutua. Por un instante, no supimos si besarnos en la cara o en los labios. Al final resultó elegida la opción B.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó—. Tenía entendido que sólo trabajas por las mañanas.

—Y así es. Solo que hoy había un extra —por encima del hombro miré de refilón a los representantes de la ley—. Pensaba que tenías una cita, según me han informado hace poco. Tendremos que sentarnos tú y yo a cambiar impresiones al respecto.

—No lo dudes. Sí que tenía una cita, pero no se ha presentado. Como he visto tu coche aparcado aquí, me he acercado pensando que quizás estuviera aquí... contigo.

El tonillo que le imprimió a la última palabra no me hizo mucha gracia, pero el «no se ha presentado» copaba toda mi atención en ese momento. Con un cierto temblor nervioso en la voz, acerté a explicarlo.

—La dejé hace veinte minutos en el otro extremo de la calle. Dijo que iba a dar una vuelta mientras llegaba la hora de vuestra cita. Quizás haya entrado en una tienda.

—Tampoco hay muchas tiendas que comprobar —intercedió Joey—. Vayamos a preguntar ¿Por quién, si puedo saberlo?

Tras una breve explicación por mi parte, dimos una vuelta por el pueblo separados en dos parejas. Anette fue con Joey y yo con Rick. Media hora después nos volvimos a encontrar en el punto de partida.

—Nada. No ha entrado en ninguna tienda, ni nadie la ha visto pasar —informó Joey—. Quizás se fue a dar un paseo por las afueras, tampoco hay que preocuparse. Se puede haber despistado un poco, pero al final llegará a la carretera, por un punto o por otro.

Yo no estaba tan seguro.

—También es posible que haya sufrido algún accidente, o que se encuentre herida, tirada en la cuneta—no quería ni pensar en otra posibilidad.

—Estamos hablando de una persona adulta, Jim —el Joey policía salió a flote de nuevo. También lo hizo su tono paternal, el que usaba para amonestar a los adolescentes borrachos cuando los llevaba a casa. No sabría decir cuál de las dos cosas me molestó más—. Aunque resulte extraño, no podemos alarmarnos tan pronto. Y además, está empezando a caer la tarde. Sería absurdo ponernos a organizar una partida de búsqueda ahora. Tampoco hace mucho frío. Mañana por la mañana, si sigue sin aparecer, saldremos en su busca.

Perdí los papeles, para qué negarlo. Me puse histérico.

—¡Es una forastera! ¡Viene de la ciudad, no está acostumbrada a desenvolverse por estos parajes, por Dios! ¡No podemos esperar a mañana!

—No podemos ir a ninguna parte a estas horas, ¿no lo comprendes? No serviría de nada buscar de noche y en el bosque.

—¡Estamos hablando de un ser humano! No sois más que un hatajo de palurdos insensibles.

El color de la cara de Joey pasó por todos los tonos hasta llegar al púrpura intenso.

—¡Y tú un capullo engreído sabelotodo! Ya sé que es una persona, pero no corre tanto peligro como tú crees. Estará sana y salva mañana por la mañana. No seas gilipollas, Jim.

Ahora fue mi turno. Le hubiera partido la cara a aquel subnormal. Sin embargo, algo dentro de mí, quizás un resquicio de sensatez, me dijo que no iba a ganar nada con ello, así que cedí. No sin lanzar un último pañuelo.

—Si llega a pasarle algo, te aseguro que lo vas a lamentar el resto de tu puta vida, créeme. Lo vas a lamentar mucho.

En lugar de ofenderse, se rió con desprecio.

—No seas tan dramático, joder. Seguramente estará esperándote en la puerta de tu casa.

Pero no estaba. Llamé a Joey pero como la noche ya había caído, no quiso saber nada del tema. Y yo solo tampoco podía hacer mucho al respecto. Lizzy podía estar en cualquier parte. O no. Esa noche no pude pegar ojo.

A medida que volvía a la realidad, antes incluso de abrir los ojos, la tormenta estalló en su cabeza. El dolor rozaba lo insoportable. Se encontraba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra una superficie áspera. Haciendo un esfuerzo ímprobo, abrió los ojos.

La claridad pareció cegarla en un primer momento, si bien cuando sus pupilas se fueron acostumbrando se dio cuenta de que la luz no era tan intensa, en realidad. El sol había empezado ya a declinar, se notaba que la tarde había empezado a tocar su fin. Además, la temperatura ya no era la de las horas centrales del día, la brisa era fresca y clara, y la ayudó a despejarse un poco y situarse.

Se encontraba en medio del bosque, sentada contra un árbol. No recordaba cómo había llegado hasta allí.

El recuerdo volvió un segundo después. La habían golpeado en la cabeza cuando estaba a punto de soltar a un perro amarrado a una estaca. Pero ¿quién podía haberlo hecho? Ella no conocía a nadie en aquel pueblo, excepto a Jim, claro, de modo que no tenía enemigos ni amigos. De hecho sólo llevaba unas horas en el pueblo. Se le escurría el motivo por el cual podían haberla atacado.

Intentó incorporarse, pero se sintió mareada y tuvo que permanecer en la misma posición. Se palpó el punto de la cabeza que más le dolía. Estaba húmedo. Al retirar la mano, comprobó que era sangre aquello que había tocado.

Ignoraba cómo iba a salir de aquel laberinto arbóreo, pero ya se le ocurriría algo. Todo a su alrededor permanecía tranquilo. A pocos metros se veía la entrada de una cueva, y cerca de allí se oía el flujo de una corriente de agua. Cuando se recuperase un poco, seguiría el curso de aquel riachuelo y al final saldría del bosque por alguna parte.

El movimiento de unos arbustos captó su atención. Al mirar en la dirección de donde provenía, se quedó boquiabierta.

El animal más extraño que uno pueda imaginar estaba allí, delante de ella. Observándola.

A primera vista, hubiera dicho que era algún tipo de simio, lo cual era

imposible en Norteamérica, salvo que se hubiera escapado de un circo o de un zoo. Mirándolo con detenimiento, encontró ciertos detalles chocantes. Las orejas estaban en la parte superior de la cabeza, igual que un lobo, y la boca tampoco era propia de un primate, sino de un depredador carnívoro. Como estaba abierta, pudo distinguir dos hileras de afilados dientes, exageradamente grandes en proporción a la boca. Los cuartos delanteros eran más grandes y robustos que los traseros, lo cual le daba un aire desgarrado al caminar, como si las cuatro patas no se pusieran de acuerdo en cuanto al orden de avance. Su mente le decía que debía salir corriendo de allí a una velocidad doble de la máxima que pudiera alcanzar. El sentido común respondió, diciendo que antes de haber dado dos zancadas aquel animal ya estaría subido a su espalda.

La criatura se acercó hasta quedar justo delante de Lizzy. Ella estaba aterrorizada. Intuyó que aquello no iba a tener un buen final. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Temblando, rebuscó con la vista algo que pudiera servirle para defenderse, pero no halló ni una triste rama rota que hubiera caído de un árbol. Recordó la historia de Jim. Se había reído en sus barbas de lo que había pensado que era un cuento para asustarla, pero a estas alturas ya había cambiado de opinión.

Los ojos del animal quedaron fijos en ella. Eran amarillos, la contemplaban con una mezcla de curiosidad y aversión. Entonces ocurrió algo inesperado. El extraño ser habló.

En realidad, lo que salió por su boca no eran palabras, pero sin duda se estaba dirigiendo a ella en una extraña mezcla de sonidos guturales y siseos. Se le vino a la cabeza aquella película de Harry Potter en la que hablaba con las serpientes. Sonaba muy parecido, un susurro en un tono grave con algún chasquido.

—Oooooghk... *zzzzzzzejjjk*.

—¿Qué quieres de mí? —logró balbucir—. Pronto vendrán a buscarme, así que es mejor que te alejes o morirás.

Pensó en lo ridículo de las palabras que acababa de pronunciar. En el supuesto de que su contertulio la hubiera entendido, se hubiera partido de risa por lo estúpido y vano de la amenaza.

La bestia se quedó un momento mirando la entrepierna de Lizzy. Ella siguió su mirada, y vio una mancha oscura en sus tejanos. Le había bajado la regla, por la impresión o por el golpe. Su cerebro intentó trabajar a toda máquina. Quizás el olor de la menstruación era lo que había atraído al animal,

o a lo mejor era lo que le contenía allí, parado, sin atacarla. Intentaría sacar algún partido del aparente desconcierto de la bestia.

—¡Vete! ¡Fuera de aquí! ¡Vamos! —intentó ahuyentarlo con movimientos bruscos de brazos, pero no hubo un efecto visible. Su nuevo amigo ni se inmutó. El dolor en su cabeza se hizo más agudo, pensó que le iba a estallar. Aunque, bien pensado, si no conseguía deshacerse de aquel huésped inoportuno, tanto daba.

Intentó una vez más ponerse en pie, pero el animal la sujetó con una de sus patas delanteras, agarrándola por un brazo, con una tranquilidad pasmosa. Sus rostros quedaron muy cerca. Tanto, que el aliento pútrido de la criatura la sacudió como una bofetada cálida y húmeda. Lizzy temblaba de forma incontrolable. Sabía que aquello era el fin.

La dentellada fue certera. Todo acabó en un instante.

28

La cruda realidad

Me levanté con la certeza de que se avecinaba algo malo. Durante la noche no había parado de imaginar toda clase de desgracias que podían haberle ocurrido a Lizzy, mil muertes diferentes, cada una más sangrienta y agónica que la anterior. El sufrimiento que yo le achacaba se aposentó dentro de mí, de manera que cuando amaneció mi ánimo estaba ya muy, muy sombrío.

Me dirigía al teléfono cuando sonó, como si me leyera el pensamiento. Lo descolgué, con un leve rayo de esperanza.

—¿Sí?

—Hola, Jim —era Joey— te llamo para que sepas que ya he organizado una partida de búsqueda. Si quieres venir con nosotros, y supongo que así es, estamos listos delante de la cafetería. Tengo un arma para ti. ¿Sabes usarla?

—Un poco. Nunca he disparado, pero conozco la teoría.

—Bien. Te esperamos, entonces.

—En diez minutos estoy allí.

Ni uno más tardé. Equipados con sendas escopetas y vestidos como si fueran de caza estaban Joey, Rick, Herb—con un semblante tan ceniciento que me hizo pensar que había visto gente muerta en algún velatorio con mejor aspecto que el suyo aquella mañana— y cuatro hombres más con los que me había cruzado en el pueblo o en el bar en alguna ocasión, pero no había hablado con ellos. Los cuatro llevaban perros, además de las armas. Herb

tenía un aspecto lamentable: pálido, ojeroso y sucio. Hacía un tiempo —varios días, que en un pueblo es todo un reto— que no le veía. Quizás había estado, o aún lo estaba, enfermo.

—¿Sólo esto es la partida de rescate?

—¿Y qué esperabas? ¿El Séptimo de Caballería al completo? —Replicó Joey con acritud—. Esto es un pueblo minúsculo. Si no la encontramos, entonces llamaremos a los federales, si es necesario. En principio, con los que somos basta. Bien organizados podemos cubrir un área muy grande. Tenemos todo el día por delante.

Exasperado, bajé la cabeza. La verdad es que lo habían montado todo con gran presteza y los recursos de los que disponía el pueblo eran, por decirlo generosamente, muy limitados.

—De acuerdo, vamos allá. Explicadme qué he de hacer. Esto es nuevo para mí.

—Aquí tienes una escopeta. Debes apoyarla fuertemente contra tu hombro para evitar romperte una clavícula o algo así. Se carga, se cierra la cámara, se quita el seguro, se tira del percutor hacia atrás hasta que queda trabado —hizo una demostración sobre la marcha según hablaba—, se apunta y se dispara. Tampoco es muy complicado.

No mencioné que ya tenía una escopeta y que ya me habían contado todo aquello. Herb me había pedido discreción respecto al tema. Le dirigí una mirada de reojo. Él no miraba hacia mí. Ni siquiera estaba pendiente de lo que el grupo estaba hablando. Se le veía ausente, estaba ido, con la mente en otra parte. Más tarde me acercaría a su casa a preguntarle. Quizás no estaba enfermo, más bien parecía que le había ocurrido algo malo. Volví a centrar mi atención en las explicaciones del sheriff.

—Nos separaremos para abarcar una superficie mayor. Veinte o veinticinco metros entre cada uno serán suficientes. Si alguien encuentra algo, que dispare la escopeta al aire. Antes del almuerzo barreremos la vertiente norte y luego la parte sur. Si todo falla, avisaré a la policía del condado —y me miró para subrayar la frase.

Y así es como lo hicimos. Apenas había transcurrido media hora, cuando uno de los desconocidos, que avanzaba justo a mi izquierda, hizo sonar su arma. En diez minutos estábamos todos juntos. Ignoro cómo era posible que esos hombres avanzaran con semejante rapidez entre la impenetrable capa vegetal.

—¿Qué pasa Kev? ¿Qué has encontrado?

—Mirad.

En la mano sostenía unas gafas de sol. De mujer. Las de Lizzy, para ser más concretos.

—Yo no las había visto, claro, pero Taz tiene un olfato infalible —palmeó el lomo de su perro—. Es capaz de oler una liebre a kilómetros.

—Eres un fantoche —convino Rick—, pero sí, es cierto, tiene un olfato digno de aparecer en un concurso de la tele, como el «Esto es increíble» o algo así.

—Esto indica que tu amiga pasó por aquí, Jim. No necesitaremos buscar en la ladera sur. El inconveniente es que esta parte es más empinada, y eso dificulta el avance.

—También para Lizzy sería más difícil, digo yo —argumenté. «A menos que no fuera por su propio pie». El pensamiento acudió raudo. Intenté espantarlo con la misma rapidez.

—Cierto. Lo cual acorta la distancia que haya podido recorrer ¿verdad? Yo diría que las posibilidades a nuestro favor aumentan de forma considerable. Aún es temprano. Mejor seguimos adelante. No hay tiempo que perder, muchachos.

Un atisbo de esperanza iluminó mi ánimo ligeramente. Quizás todo saliera bien al final. Quizás Joey tuviera razón y no había motivo para preocuparse excesivamente. Quizás era una neurosis de urbanita sin adaptar a la dura vida del campo. Pero, al igual que durante toda la noche, una pregunta martilleaba en mi cerebro: ¿Por qué? ¿Qué motivo podía haber empujado a Lizzy, que sólo había venido a verme un par de días y había quedado con Anette para no aburrirse en casa, a alejarse del pueblo y adentrarse en el bosque? Ella detestaba todo aquello, era un alma de ciudad. ¿Qué pintaba en medio de un bosque totalmente salvaje y ajeno a la presencia humana? Algo no me cuadraba, pero ese no era el momento de ponerme a destripar dudas existenciales, así que seguí adelante con la búsqueda.

Dos horas más tarde, estaba agotado. Caminar entre tanto arbusto enredado infinitamente con el de al lado, tener que apartar la vegetación para dar cada paso constituía un esfuerzo sobrehumano. Di una voz a los otros:

—¡Chicos! Necesito un descanso. ¿Podéis acercaros?

Cuando todos llegaron, a duras penas pudieron disimular unas risillas, como si estuvieran mirando a un crío pequeño. Yo tenía arañazos hasta en

lugares de mi cuerpo que ni sabía que existían, los insectos me tenían acribillado, y tenía un aspecto totalmente desencajado.

—Yo diría que como explorador profesional no te hubieras ganado la vida ¿eh, machote? —Joey se regodeó a sus anchas, y los demás le hicieron coro con sus risas—. Toma esto, te aliviará —del bolsillo de su camisa sacó un tubo y me lo tendió. Era repelente de insectos en pomada. Le regalé una mirada agradecida, a pesar del cachondeo a mi costa—. Nos detendremos quince minutos. Ni uno más. Ya descansarás cuando encontremos lo que hemos venido a buscar.

—Gracias por la condescendencia. Sólo es que estoy un poco cansado. No tengo por costumbre trepar por montañas boscosas como pasatiempo.

—Nunca es tarde para empezar —contestó él—. Pero ahora no es el momento de mostrar flaqueza. Piensa en tu amiga y olvídate de tu malestar. Es lo justo ¿no?

—Por una vez y sin que sirva de precedente, he de darte la razón.

El camino iba ganando en dificultad. La pendiente era cada vez más pronunciada, aunque para compensar la vegetación se abrió un poco y el avance resultaba ya fluido, aunque cuesta arriba cada paso era un triunfo. Kev, el de mi izquierda, avanzaba por la parte de abajo, había podido ver su gorra roja de béisbol aparecer entre el ramaje un par de veces.

El terreno se niveló de repente. La montaña se tomaba un descanso en su ascenso, formando una especie de balconada de gran superficie. Me di cuenta que hacía rato que no escuchaba el ruido del avance de mis compañeros, quizás me había despistado al subir.

—¡Eh! ¿Estáis ahí? ¡Ya no os oigo!

Nadie respondió. Qué extraño, pensé. Si me hubiera desviado a uno u otro lado me habría cruzado con alguien.

—¡Que alguien me conteste! ¡Chicos! ¿No me oís?

Me pareció que el follaje se movía justo a mi izquierda. Recordé aquella tarde en el bosque. El lobo y todo lo demás. El estómago se me encogió por un momento. Después me di cuenta de lo que pasaba.

—¿Kev? ¿Eres tú? Si os estáis quedando conmigo, no tiene gracia. No es el momento para bromas estúpidas de niños pequeños. Dejadlo ya y sigamos. Otro día os reiréis de mí.

Sin respuesta. Los arbustos se movieron de nuevo. Esta vez *los vi*

moverse. Tuve la absoluta certeza de que mis ojos no me engañaban. Ahí detrás había algo. Y el movimiento vegetal venía acompañado de un gruñido gutural, profundo y denso.

—Os estáis pasando un pelo. Espero que resulte divertido, porque lo que vendrá después no lo va a ser tanto.

Una amenaza estúpida e inconsistente, pero no tenía otra cosa. ¿Y si no eran ellos? ¿Y si realmente me había metido en la boca del lobo, al pie de la letra? ¿Y si no era precisamente un lobo? Mi mente comenzó a tejer oscuras fantasías, mientras, inconscientemente, paso a paso, empecé a retroceder hacia la derecha del punto por donde había entrado en aquella terraza natural.

—¡GGrrrrraaehh! ¡Aghjjjjzzz! —el temblor vegetal fue más violento ahora, tan sólo cinco o seis metros por delante de mí.

Repasé de memoria las instrucciones que había recibido acerca de disparar la escopeta. Tiré del percutor como me habían indicado. Sólo tendría una oportunidad. Si fallaba... no quería ni pensarlo.

—¡Sal ahora mismo! ¡Veamos quién qued...!

Y me caí. Rodando ladera abajo. No me acordaba del desnivel que tenía a mis espaldas y estaba tan concentrado en lo que ocurría enfrente de mí que no me di cuenta de que había llegado al borde del mismo. Durante un tiempo que me pareció interminable seguí rodando, lacerándome con las plantas que crecían sobre el suelo, rebotando en los troncos de los árboles y en las piedras, hasta que, envuelto en una nube de polvo y hojas secas, aterricé sobre un costado.

El terreno era de nuevo llano. Ignoraba la distancia que había recorrido mientras refulaba y la caída; no sabía exactamente si me encontraba lejos o cerca de donde estaba antes, mientras subía.

Miré hacia arriba. No había nada a la vista. Ni se oía nada. Si había sido una broma pesada de aquellos cazurros, me encargaría de cobrármela. Con intereses.

Dolorido, me di la vuelta para encontrar un sitio donde sentarme un poco. Luego haría el disparo de advertencia. Me había extraviado. Menudo rescatador.

Y de pronto me di cuenta de que sí sabía dónde había ido a parar. Ví la cueva. Cerca de ella, junto a un árbol, había algo. Me acerqué. En qué maldita hora.

Allí, tendida, junto al tronco de un gran árbol, estaba Lizzy. Rectifico:

lo que quedaba de ella. Tendido en medio de una inmensa orgía de sangre, su cuerpo yacía abierto como el de un cerdo en plena matanza. Vacío. No había vísceras. Se las habían arrancado. Le faltaba la mitad del cuello, desgarrado, que apenas sostenía la cabeza en un ángulo imposible. Sus ojos abiertos, sin vida, aún mantenían una mirada perdida. Las piernas y los brazos se veían salteadas de... mordiscos, hubiera dicho a simple vista.

Sentí que el mundo se alejaba. Me palpitaban las sienes con una potencia indescriptible. No podía respirar, me ahogaba. Las lágrimas intentaban aflorar, pero me era imposible aceptar aquella visión. En una bocanada desesperada, tragué todo el aire que pude y grité:

—¡Nooooooooo! ¿Por qué? ¿Porqueeeeeeeeeé?

Y en aquel instante, una cuchillada de dolor atravesó mi pecho, fulminándome como un rayo en plena tormenta.

La tenue luz que se filtraba por la puerta retrató una visión un tanto inesperada para mí. Una pared blanca, vacía, a excepción de una silla y una pequeña taquilla, como las del ejército.

Traté de situarme, pero me encontraba perdido, desorientado. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había ido a parar allí? A pesar del dolor que me impedía mover el cuello, hice un esfuerzo titánico y miré alrededor. Unas asépticas cortinas de plástico blanco me impedían la visión a la izquierda. A la derecha una ventana con la persiana bajada por completo.

Estaba en un hospital. El gotero que vigilaba mi cama así lo confirmaba. Traté de recordar de nuevo. Sin previo aviso, surgiendo de entre la bruma, todo volvió, abofeteándome de nuevo: la aventura del bosque, la caída, el espectáculo que me esperaba a continuación. Mi estómago protestó, pero no había nada dentro que pudiera responder a la náusea que se apoderó de mí. Cerré los ojos, apretándolos con fuerza, para alejar aquella imagen de mi cabeza, pero me fue imposible. Lizzy, muerta, desgarrada con saña. No podía soportar pensar en todo el sufrimiento en sus últimos momentos.

Entonces la puerta se abrió. Por ella entró en la habitación una figura voluminosa, que me costó un poco reconocer. Distráido, sin mirarme, Joey se sentó en la silla que adornaba la pared de enfrente, y al levantar la vista hacia mí la sorpresa se instaló en su rostro.

—¡Jim! ¡Por fin despiertas! ¡Qué susto nos has dado, muchacho! Creíamos que te ibas... —«a morir», pensé yo. Termina, sheriff, pensabas que iba a quedarme allí en el bosque, que ese algo sin nombre vendría a comerse mis solomillos como hizo con los de la pobre Lizzy.

Entonces la duda planeó sobre mi mente: ¿había sido una broma inocente o, por el contrario, todo estaba planeado? ¿Fue mi mente asustada la que creó la situación de abandono o me había extraviado de verdad? ¿Qué narices hacía ella tan lejos del pueblo?

Intenté hablar, pero tenía la garganta seca y ni un solo sonido salió de mi boca.

—Espera un momento, voy a avisar al doctor —y salió de nuevo como impulsado por un resorte.

Traté de mover los brazos, de incorporarme, pero las fuerzas no acudieron a mí. Tras un segundo intento, desistí.

Cinco minutos más tarde, entró la procesión. Un médico ya entrado en años seguido de una enfermera, Anette y Joey. La enfermera corrió las cortinas y entonces pude ver la cama de al lado. Estaba vacía. Luego abrió la persiana un poco, lo suficiente para tener luz pero no para deslumbrarme. Un suave atardecer entró por la ventana, salpicando todo de una tonalidad rojiza. Con la vista indiqué el vaso de agua que tenía sobre la mesilla. Anette se apresuró a acercármelo a los labios. La humedad calmó mi garganta. Todos estaban pendientes del médico.

—Buenas tardes, señor Pons. Bienvenido de nuevo al mundo. ¿Qué tal se encuentra?

Con una voz que más parecía el graznido de un cuervo, conseguí contestar.

—He tenido momentos mejores, sin duda.

El hombre se dedicó por unos momentos a mirar los informes, resultados o lo que hubiese escrito en la carpeta que traía entre manos. Luego me tomó la temperatura —con la mano sobre la frente, nada muy técnico—, el pulso, y al fin se decidió a emitir el veredicto.

—Por poco pasa usted a mejor vida. Cuando le trajeron, tenía un pie y medio en el otro lado. Hay que cuidarse, caballero. Por lo que veo en su historial, es el segundo aviso que su corazón le da. La probabilidad de que resista un tercero es ínfima, por si no lo sabe.

«Vaya novedad». Eso ya lo había oído antes con la opera prima de mi querido corazón. «Puede que no aguante usted un segundo». Pero lo había aguantado, y con gran mérito después de lo visto y sufrido.

—Él se cuida, doctor. Es sólo que las circunstancias, la impresión... —la que metió baza fue Anette, sorprendentemente.

El médico se giró un poco y la estudió durante un instante antes de contestar.

—Les he permitido entrar conmigo cuando me lo han suplicado, a pesar de que no es la hora de la consulta, con la condición de que permanecieran en silencio hasta que yo acabe con el paciente. Si no se ven capaces de respetar esa sencilla norma, tengan la bondad de esperar en el pasillo.

Eso bastó. Como empujados por una mano invisible, los dos se

echaron atrás, casi contra la pared.

—Mañana hablará con usted su doctor, yo sólo soy el que hace guardia esta noche. Resumiendo, yo diría que puede dar gracias a Dios si es creyente, y si no, este es un buen momento para empezar a serlo. Anote la fecha de ayer como su segundo cumpleaños. Si hubiera llegado a urgencias una hora más tarde, ahora todos estarían escuchando el responso del cura de pie al lado de su tumba. Por lo pronto tendrá que quedarse a hacernos compañía en el hospital unos días más. Necesitamos una serie completa de pruebas y además es preciso tenerle en observación —se volvió y aleccionó escuetamente a la enfermera—. Podemos intentar comenzar con una dieta muy ligera, poco a poco para evitar el rechazo. Si surge cualquier cosa, avísenme de inmediato. De inmediato, sea la hora que sea.

—Claro, doctor —coligió ella.

El hombre, con voz afable pero de conversación escueta, volvió las hojas a su lugar en la pinza que las sujetaba e hizo además de marcharse.

—Que pase una buena noche, señor Pons.

Hubo unos instantes de silencio cuando nos quedamos los tres a solas. Nadie sabía por dónde empezar. Por el principio mismo, pensé.

—¿Alguien me cuenta la parte que me he perdido?

Joey carraspeó antes de contestar.

—Oímos tus gritos y acudimos a ver qué pasaba. Te encontramos allí tumbado, cerca de... de tu amiga.

Otra vez la visión en mi mente. La angustia pugnaba por doblegarme.

—¿Dónde está Lizzy? Quiero decir sus restos.

—El forense está con la autopsia. A primera vista parece un ataque como el de Billy Evans. Tenemos una visita no deseada en el bosque. He avisado a todo el mundo para que nadie se acerque a menos de veinte metros, que cierren puertas y ventanas y eviten salir de noche en la medida de lo posible. Dos ataques en cuatro meses es una cifra preocupante. Hay que dar caza a ese animal de inmediato. Voy a solicitar ayuda a la policía del condado.

Iba a replicar, pero Anette se metió en medio de nuevo.

—Puedes irte si quieres, Joey. Yo me quedo esta noche con él.

Ambos cruzaron una mirada muy significativa, que me dejó un poco perplejo e intrigado. Al final él cedió, o dio el visto bueno. No sabría definirlo.

—Claro. Volveré mañana para ver cómo sigues, Jim.

Me despedí con un gesto de la mano. Después de que hubo salido, Anette se acomodó en el borde de la cama y permaneció allí un momento, mirándome con expresión preocupada.

—Descansa tranquilo. Yo velaré tu sueño y estaré pendiente por si necesitas cualquier cosa. Lo primero ahora es que te recuperes pronto.

Qué mujer tan inalcanzable. Ni en un momento así se le escapaba un cariño.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, si mal no recuerdo.

En lugar de mirarme a los ojos, desvió su mirada a través de la ventana. Otra vez escurriendo el bulto.

—Es cierto, pero no creo que este sea el momento más apropiado.

—Yo diría que es tan apropiado como cualquier otro. Tenemos una larga noche por delante, y ahora no tengo ganas de dormir. Según el doctor, me he echado una buena siesta ¿no?

—Más de veinticuatro horas inconsciente. Sedado, claro. Lo que quiero decir es que ahora estás convaleciente, ya tendremos tiempo cuando vuelvas a casa de poner las cosas claras. Además, supongo que te sentirás conmocionado por... por lo de tu amiga.

Se hizo un tenso silencio entre los dos. Sus argumentos estaban llenos de razón y sensatez, pero yo no quería soltar la presa. A lo mejor sí que estaba más fuera de mis casillas de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Dime una cosa. ¿Por qué quedaste con Lizzy esa tarde? Es una desconocida de la que no sabías nada.

—Me dijo que era amiga tuya. Yo... únicamente pretendía ser amable con ella.

Eso no era lo que Lizzy me había contado. Empezamos mal, y como decía mi abuelo, «por mal camino buen pueblo...»

—Y la llevaste a mi casa, estando yo en el trabajo a apenas doscientos metros de distancia de la tienda. Lo más sencillo hubiera sido indicarle dónde encontrarme ¿no?

Anette frunció el ceño. Quizás fue el tono de mi voz, en ese momento no hubiera podido asegurarlo. Lo que sí es cierto es que algo cambió en ella. Tuve la sensación de que sentía que la estaba acorralando. Y, como buena nativa, se revolvió.

—No sé a dónde pretendes llegar, Jim. Fue ella la que propuso que fuéramos de compras esa tarde, y a mí no me pareció mal. Quería hablar con

ella para saber más sobre ti. Sólo eso.

No puedo justificar porque la ira fue creciendo en mi interior. Puede que fuese la tensión acumulada por la muerte de Lizzy, la rabia que pugnaba por salir. El caso es que todo se nos fue de las manos.

—Si quieres saber más sobre mí estás delante de la fuente mejor informada y más fidedigna. Cada vez que intento que profundicemos en una relación tú sales corriendo y ahora me dices que querías saber más de mi vida. ¿En qué quedamos?

Se estaba cabreando a ojos vista. Se apretaba las manos compulsivamente, nerviosa, evitaba mirarme de frente. Y yo también me estaba acalorando, por qué no decirlo. Ella respondió a mi pregunta, cortante.

—Quedamos en que no quiero hablar más de esa mujer. No sé a qué viene todo esto, pero no me apetece pasar un interrogatorio completo ni aquí ni ahora. Ni después, que conste. Yo no veo nada raro en todo esto. No sé porqué te enfadas.

—No estoy enfadado. Sólo me estoy comiendo los puños de rabia cuando pienso que a las pocas horas de llegar al pueblo desapareció y ahora está muerta. Y no estamos hablando de un accidente de tráfico, sino de algo tan improbable en el mundo como caer víctima del ataque de un animal salvaje. Eso es lo que me pasa. Y me esfuerzo por tener una conversación coherente contigo, consiguiendo una evasiva detrás de otra a cambio.

Si la hubieran pinchado se habría estampado contra el techo.

—Yo creo que no debes darle más vueltas al asunto. Ella está muerta y nada que hagamos o digamos la devolverá a la vida.

¡Qué delicada! No podía dar crédito a lo que estaba saliendo por su boca. Está muerta. Borrón y cuenta nueva. Como si estuviéramos hablando de un perro. Hasta un perro hubiera tenido un tratamiento más considerado.

—Muy sensible por tu parte. Esperaba algo más de cercanía, empatía... afecto.

Por su expresión, supe que, sin proponérmelo, había dado en la diana. No sé si en la correcta o en la equivocada, pero el agujonazo le había escocido. Se puso en pie de inmediato.

—¿Cómo? ¿Pero de qué me estás hablando? Mira, Jim, quizás no ha sido buena idea quedarme a pasar la noche contigo. Te estás alterando sin motivo alguno y eso no te beneficia nada. Telefonaré a Joey para que ocupe mi lugar hasta que estés más tranquilo. Aún no habrá ido muy lejos.

Una vez enfurruñado, ya no hay vuelta atrás. En mi caso, es tiempo perdido.

—Tú misma. Llámale y te vas con él si quieres. No es necesario que os quedéis ninguno de los dos. Las enfermeras me atenderán, para eso las pagan.

Ella levantó la barbilla en un gesto tan arquetípico que me habría resultado divertido de no estar a punto de erupción. Volcánica, claro.

—La tozudez no es una buena consejera —replicó mi estimadísimo proyecto de novia—. Si de verdad sientes algo por mí, podías haber mencionado a esa mujer antes, para que no hubiera tenido que encontrármela de buenas a primeras en mi tienda presumiendo de ser tu amiga más íntima. Es una pena que esté muerta, pero te diré que esta noche voy a dormir exactamente igual de tranquila que las otras. Y ya acabaremos esta conversación o no, tú mismo. No tengo por qué aguantar todo esto. Lamento haberte molestado, créeme.

Con más despecho que cariño, se inclinó y me besó en la frente. Recogió su bolso y su chaqueta y salió bufando de la habitación.

Me quedé sólo, con la sensación de que las cosas se habían desbocado sin saber cómo ni por qué motivo. Al tirar de un hilo minúsculo se había desmadejado todo el jersey. Y todo por unos estúpidos celos irracionales.

Tomé una decisión. Yo mismo iba a acabar con todo aquello de una vez por todas. Vaya si lo iba a hacer.

Ya me han dado el alta y estoy en casa de nuevo. Hoy es el día. Voy a preparar las cosas y a salir de cacería, que para eso le pedí la escopeta a Herb. Herb, que tan mala cara tenía ese día. Estoy tentado de coger el teléfono y llamarle para preguntar. Mejor luego, cuando vuelva. Ahora hay una tarea importante que requiere mi atención.

Abro la mochila y meto dentro un poco de agua, una linterna y la munición que Herb me dio. No me hace falta nada de comer, esto no es una excursión, sé dónde voy y lo que voy a hacer. Una vez complete el cometido que me he impuesto volveré y podré retomar mi vida personal y social, interrumpida de manera tan violenta y dramática. Lo que más anhelo ahora es sacudirme de encima esta sensación sucia y molesta, este lejano aire de culpabilidad. No he tenido nada que ver, pero no puedo evitarlo. Y nada más se me ocurre una manera de vaciar toda esta rabia, esta amargura que me ahora: la revancha.

Escojo una ropa ligera pero consistente. Nada de bermudas y camisa de manga corta, como la otra vez. Calzado deportivo y cómodo, he de ir prevenido. Saco de debajo de mi cama la escopeta. No quise dejarla en el cobertizo de atrás por si se repetía el episodio del molobo, y tampoco quería que nadie la viera dentro de la casa, especialmente Anette, para ahorrarme las inevitables explicaciones.

Sostengo el arma en mis manos, sopesándola. Ajusto la correa a mi medida y me la cuelgo al hombro, mientras me dirijo hacia la puerta. Antes de salir, me detengo un momento. Aún puedo dar marcha atrás, soy un tío inteligente y sé que esta oleada de furia pasará y las aguas volverán a su cauce. La duda se cierne sobre mí, aunque no dura mucho. De sobra sé que no volverán. La espantosa muerte de Lizzy lo ha cambiado todo. El ataque de un lobo solitario, dijeron. Pero yo sé que no, no fue un lobo. Fue ese extraño homínido que se plantó delante de mi casa aquella noche de verano y me retó con su insondable mirada amarilla.

Le pedí la escopeta a Herb sólo para protegerme. Pensaba ir a buscar al molobo y tomar algunas fotos para demostrar a todo aquel hatajo de cretinos escépticos que yo tenía razón. Pero ahora las cosas han cambiado. Ya no

pretendo demostrar nada a nadie. Sólo quiero venganza. Quiero resarcirme del dolor, equilibrar de alguna manera la carnicería que he presenciado. Una matanza sin motivo. Una persona ajena a todo este mundo que estaba en el lugar equivocado en el momento menos oportuno. La imagen de la sangre y los pedazos de carne esparcidos por doquier en aquel claro del bosque no abandona mi mente ni un minuto, de día o de noche: no me la puedo quitar de dentro. La expresión en la cara de mi amiga, como una muñeca que alguien olvidó tirada, rota, sucia. Su cuerpo, abierto de arriba abajo, vacío, maltratado, mordido, desgarrado.

Aprieto los ojos una vez más para espantar la visión y salgo por la puerta. No hay nada que pensar. La decisión está tomada.

Entro en el bosque por el mismo punto que en la anterior ocasión. Ignoro si sabré llegar, espero que la memoria no me traicione. A medida que voy avanzando el camino se revela delante de mí, como cuando estás delante del televisor viendo una película que recuerdas haber visto antes, pero no sus detalles, y según va transcurriendo la historia vuelve a ti poco a poco.

Llego al riachuelo de aguas cantarinas y transparentes. Miro a la derecha, esperando ver a los ciervos en una especie de *deja vú* momentáneo, pero no están allí, qué bobada. Cruzo y camino un trecho más ladera arriba. Mi objetivo está cerca.

Por fin, al apartar unas ramas, lo diviso. Ahí está. La entrada de la cueva. «Te tengo», pienso mientras la adrenalina llena mis venas y el sabor del triunfo me embarga. Desvío la mirada, de forma inconsciente, hacia el árbol donde yacía ella, tras la masacre. No hay rastro que denote lo allí acontecido. La policía ha debido limpiar la zona. La vegetación ha sido pulcramente cortada a ras de suelo dentro de un perímetro convenientemente amplio, para eliminar cualquier traza de sangre o tejido humano de allí. Mejor así. No hubiera sido capaz de soportarlo.

Me asomo al interior de la cueva y grito:

—¡Eh, tú, pequeño cabrón! ¡Sal de ahí ahora mismo!

Las palabras rebotan en las paredes formando un interminable eco, como un coro de amenazas propagándose por aquel túnel.

Un movimiento a mi espalda llama mi atención. Me vuelvo con la escopeta en alto. Esta vez no me van a coger por sorpresa. Saliendo de entre la vegetación, bostezando, desperezándose, está mi pequeño amigo.

—Hola, amigo, tú y yo tenemos una cuenta que saldar.

Durante un segundo se queda allí, mirándome, sorprendido. Pensará «¿Qué está haciendo este tío aquí, este no es su sitio?» Encontrarse al enemigo en casa le habrá dejado un poco descolocado.

A la luz del día tiene un aspecto disimilar del que yo recordaba. No muy diferente del de un chacal. Más bien famélico, del tamaño de un perro mediano. Desgarbado, las patas delanteras ostensiblemente más largas que las traseras. Algo así como un mono con las orejas encima de la cabeza, tiesas como las de un lobo. El hocico similar al de un mandril, algo más corto y con una dentadura que no recuerda a un mono para nada. Dos hileras de afilados dientes, con unos caninos enormes, que sobresalen de forma aterradora sobre los demás.

—De modo que el señor estaba durmiendo una siestecita. Espero que te haya aprovechado, ya no vas a dormir ninguna más en lo poco que te queda de vida.

Avanzo unos pasos hacia él, hasta quedar a unos tres o cuatro metros de distancia. El muy desgraciado los tiene cuadrados. En lugar de salir corriendo, se ha quedado ahí, gruñendo, enseñándome los dientes. Se le ha erizado el pelo del lomo y se ha puesto de pie cuando me he ido acercando, para hacerme frente aumentando su estatura. Un poco ridículo, teniendo en cuenta que es como un niño al lado de un adulto. Erguido es como un primate, largos brazos que cuelgan a los lados del cuerpo, piernas cortas y arqueadas.

—Tanto mejor, colega. Así no tendré que perseguirte por medio bosque.

Sin embargo, me doy cuenta de un detalle, uno muy inquietante. Este molobo es macho, los genitales colgando así lo afirman, y recuerdo perfectamente que el que me visitó en casa la noche de marras era hembra. Es decir, son dos. La caza se va a prolongar más de lo que yo había previsto. Da igual, tengo cartuchos para ambos. Y no voy a dejar ni uno vivo. La extinción ha llegado, por mucho que los científicos me habrían quemado vivo de enterarse de lo que estoy a punto de hacer. Se me escapa una carcajada, que hace que mi amigo se remueva inquieto. No puedo evitar expresarlo en voz alta.

—Que se joda la ciencia. Haberlo pensado antes de comer lo que no debías.

Sorprendentemente, don mono-lobo emite un extraño sonido, levantando el hocico levemente:

—¡Grrrrrrrrrooooouuuuuu!

Le encaño, saboreando el momento.

—¿Unas últimas palabras antes de expirar, chiquitín?

—Mmmmmfffiiii...

Vuelvo la vista. De la cueva sale otro ejemplar. Debe de ser la princesa consorte. Al fin y al cabo, sí que me voy a ahorrar una caminata. Van a ir los dos despachados en una sola pasada.

El molobo que acaba de salir de la cueva me mira a mí y a su amigo y entonces hace algo inaudito, se acerca a su pareja y se queda a su lado, como para protegerle. Curiosamente, en ningún momento han intentado atacarme, sólo gruñen, inquietos, como si supieran que nada tienen que hacer contra un arma de fuego. Pero tampoco huyen, mantienen su posición, delimitan su territorio. Como pequeños indígenas sorprendidos ante la presencia del hombre blanco, en un gesto nada animal.

Desconcertado, levanto la escopeta de nuevo y llevo el dedo al percutor. No es hora de prejuicios morales ni filosóficos.

—Bueno, queridísimos, creo que ha llegado el momento de despedirse de este mundo cruel e injusto. Esto va por ti, Lizzy.

Y ahora aparecen otros dos, detrás de los anteriores. Incrédulo, los miro cuchicheando en su extraña lengua, allí de pie, moviéndose nerviosos, como si estuvieran acordando una solución, una salida a una situación de emergencia.

Hago algo indebido, a sabiendas de que lo es. Dar tregua al enemigo es exactamente lo que no hay que hacer en una situación de emergencia, pero necesito replantear mi estrategia.

Estoy confuso. Aunque Herb me dio una docena de cartuchos, la escopeta sólo admite dos de cada vez. Puede que, con suerte y puntería, consiga matar a dos de ellos, aunque lo más probable es que sólo el primero caiga; dudo mucho que los otros se queden allí esperando su turno mientras yo cargo el arma de nuevo. Gracias a Dios he tenido la precaución de llevar algún cartucho más en los bolsillos del pantalón, así no tendré que abrir las mochila para reponer la munición.

Esto requiere un cambio de planes. Hasta ahora no han mostrado signos de violencia, pero es más que probable que al ver a un compañero muerto reaccionen de forma más bien hostil. Tanteo con la mano izquierda el costado de mi cinturón. Ahí está. Los chicos del trabajo me regalaron una vez

un machete por mi cumpleaños. En aquel momento me pareció el regalo más inútil e incongruente del mundo, pero ahora quizás ha llegado el momento de darle una utilidad y averiguar si de verdad es de tan buena calidad como me aseguraron. «La Providencia llamó a tu puerta, señor Pons». Lentamente, desabrocho el automático que bloquea el cuchillo para poder sacarlo de inmediato en caso de necesidad.

Entretanto, mi pequeño público se va alborotando más a cada momento que pasa. Parlotean sin parar, se ponen a cuatro patas y se vuelven a levantar, miran hacia la cueva, barajando la posibilidad de refugiarse en ella.

—En fin, vamos a lo nuestro muchachos. Esto se está demorando en exceso.

Y ahora se quedan mudos, quietos como estatuas. Me están poniendo nervioso, con tanta improvisación en su modo de actuar. Pero no me miran a mí, sino a un punto de la vegetación cerca de donde se encuentran. El ramaje se mueve y entonces entra en escena un molobo mucho más grande, enorme. Se pone de pie y es tan alto como yo. El recién llegado mira a los pequeños y luego a mí, alternativamente, un par de veces. Emite una especie de susurro y ellos se apartan un poco hacia un lado, expectantes.

Ahora lo entiendo. Se trata de un adulto con crías. La situación se está complicando por momentos, no sé cómo he de actuar. Me estrujo las neuronas para encontrar una salida del charco en el que me he metido. La superioridad numérica de los molobos es evidente. La garganta se me ha quedado seca, pero no es momento para echar un traguito.

El ejemplar grande se va acercando a mí, con pasos vacilantes. No tiene una expresión precisamente amistosa. Gruñe de rabia, intuye lo que estaba a punto de hacer con sus preciosos hijos. El corazón se me ha desbocado. La sangre palpita en mis sienes. Este es el momento. Ahora o nunca. Levanto la escopeta y tanteo. El percutor está armado. «Adiós, hijo de perra».

¡Clic! ¡No ha disparado! ¡La escopeta no ha disparado! ¡Se ha encasquillado! Bajo la vista un segundo para ver qué ha podido pasar, segundo que la bestia aprovecha para lanzarse sobre mí, rugiendo de una forma atronadora. Reacciono rápido y doy un paso atrás, pero consigue morderme en la pierna izquierda, por debajo de la rodilla, en un ataque desesperado, furioso por haber errado el envite. El dolor es terrible, no puedo pensar claramente. La herida me palpita. Miro hacia abajo y veo la sangre a través

del pantalón desgarrado.

Intento no pensar en el dolor de la pierna, levanto la escopeta y la descargo con todas mis fuerzas sobre la cabeza del engendro. Un crujido, como de hueso roto, se deja sentir entre los árboles. Un aullido lastimero le sigue, y el molobo se retira, herido, hasta ponerse fuera de mi alcance.

Histérico, presa de un pánico incontenible, abro el cañón de la escopeta, me aseguro de que los cartuchos están bien colocados en la recámara y vuelvo a tirar para atrás del percutor. Levanto la vista. El molobo grande se tambalea, de pie, unos metros delante de mí. Los pequeños, asustados, esperan un poco más atrás, paralizados por lo extremo de la situación.

El pelaje de la bestia se va llenando de sangre, que chorrea desde un punto situado entre la orejas, tiñendo el hocico de rojo y salpicando todo su pecho. Necesita unos segundos para recomponerse y vuelve a rugir, abriendo las fauces en una expresión impresionante, aterradora, ensordecedora. Mi pierna reclama mi atención, pero el desbordamiento de adrenalina no me permite pensar en ella ahora. Respiro descontroladamente, no puedo parar. Esta es una lucha a vida o muerte por ambas partes.

Mi adversario se dispone a saltar de nuevo sobre mí, pero su herida es grave y sus reflejos no son tan rápidos como antes. Levanto el arma, la apoyo en mi hombro, apunto como puedo y aprieto el gatillo, cerrando los ojos y rezando para que esta vez funcione.

La explosión es mayor de lo que yo pensaba. Sin saber muy bien cómo, me encuentro patas arriba en el suelo, con un agudo dolor en el hombro. ¡Se me ha olvidado sujetar con fuerza la escopeta, como Herb me advirtió! Intento mover el brazo. Me duele, pero puedo moverlo, lo cual indica que no me he roto nada importante. El retroceso ha sido brutal, igual que el estruendo.

Me incorporo hasta quedar sentado en el suelo. La bestia está tendida en el suelo rodeada de los pequeños, que dan vueltas a su alrededor, gimiendo, empujándole con el hocico, como intentando reanimarle. A duras penas me pongo en pie, ya me duele toda la pierna entera y además ahora lo del hombro. Recojo el arma, que ha quedado a mi lado, e inserto un nuevo cartucho, aprovechando el desconcierto. Creo que la situación ha dado un importante giro a mi favor.

—Veamos, asquerosas bestezuelas, ¿Quién va a ser el próximo?

Los pequeños, que parecían haberse olvidado de mi presencia, se

vuelven sorprendidos, y desaparecen al instante entre el follaje.

—Tranquilos, os encontraré y me encargaré de vosotros uno por uno. No lo pongáis en duda, pequeños hijos de puta.

Me acerco cojeando al animal. Un enorme agujero en el centro de su pecho delata el poder mortífero de la pólvora y la metralla. Sus ojos, ya sin vida, asemejan los de un animal disecado, colgado a modo de trofeo en el salón de un cazador fanfarrón. «Yo cacé el primer molobo», diría él, presumiendo ante sus amigos. Yo no necesito presumir, no me voy a llevar su cabeza de recuerdo, sólo quiero sus vidas.

Me estoy empezando a encontrar mal. Miro mi pierna. El pantalón ya está empapado de sangre. La rabia está dejando paso al dolor. Quizás sea más sensato volver a casa y que me vea la doctora Farrow. Otro día volveré por los pequeños, lo de hoy ha sido extenuante.

Los oigo moverse entre la vegetación. No se han marchado, como yo pensaba. Alerta de nuevo, me preparo para disparar. Miro a mi alrededor, esperando el ataque.

De entre dos arbustos, como una centella, aparece uno de los pequeños, corriendo hacia mí, rabioso. No me da tiempo a apuntar debidamente. Sujeto el arma con fuerza y disparo de nuevo. Escucho un ladrido de dolor y le veo desaparecer de nuevo con una pata a rastras.

Tengo que volver rápido a casa. Ellos son más y yo estoy sólo y herido. A reculadas, asfixiado por el dolor, la sangre y el trauma, empiezo mi retirada, lo más rápido que puedo, sin perder de vista el bosque que me rodea. Calculo que no hay más de un kilómetro y medio hasta mi casa.

Intento correr un poco, a trancas y barrancas, pero la pierna no me lo permite. De vez en cuando escucho sus siseos, sus movimientos, unas veces más cerca y otras no tanto. Están perfectamente coordinados en su estrategia, son seres inteligentes y la naturaleza ha hecho de ellos unas ideales máquinas de matar.

Me levanto un poco la pernera para ver la herida. Ahora sngra muy poco. Es curioso, ya no me duele tanto. Aprieto el paso, lo más urgente ahora es ponerme a salvo de esos pequeños seres que pretenden cazarme.

La pierna no me responde, se me ha dormido, es como si pesara una tonelada. Agotado, echo mano de una fuerza que ignoraba poseer y sigo adelante, arrastrando la pierna. La otra se me empieza a dormir también ¿Cómo es posible? Las rodillas me fallan por momentos, un extraño hormiguelo

recorre los dedos de mis manos.

Confundido, pienso lo más rápido que puedo, mientras todo mi cuerpo va cayendo en un inexplicable sopor, se niega a moverse.

Ahora lo veo. La enzima que detectaron en la autopsia de Billy Evans, pertenecía al molobo, la llevaba en la saliva. Debe ser una especie de anestésico natural que paraliza a sus presas para evitar que escapen y para ahorrarse así una persecución inútil. El latido de mi corazón se ha encargado de dispersar la ponzoña por todo mi cuerpo.

Exhausto, me detengo. Me cuesta respirar con normalidad. Incapaz de dar un paso más, me derrumbo y quedo tendido, de espaldas, mirando hacia el cielo.

Pasado un tiempo, no mucho, los oigo venir por mí. No puedo mover ni un dedo, lo van a tener fácil. Me parece como si estuvieran peleando entre ellos, deben de estar disputándose el mejor bocado. Ya están aquí. No los veo porque no puedo levantar la cabeza, pero sus resuellos suenan como si estuvieran encima de mí.

Noto un tirón en la pierna herida. Es una sensación parecida a la de estar en el sillón del dentista, notas lo que te está haciendo, pero no duele. Entre ladridos nerviosos tironean de las piernas, de los brazos. Me siento como un pelele a su voluntad, los imagino arrancando pequeños trozos de carne, de mi carne, saboreándolos con delectación. «Este va por papá» pensarán mientras devoran los tejidos, los músculos, los tendones.

Recuerdo haber leído en cierta ocasión un artículo que hablaba de cómo las hienas, los leones y demás depredadores cazan sus presas y acto seguido se las comen sin esperar a que estén muertas. El artículo decía que las víctimas no sentían dolor, en parte por el shock y en parte porque su organismo segrega una sustancia que inhibe las sensaciones en un momento así. Quizás mi cuerpo también haga lo mismo, me evite el mal trance.

«Lamento haber discutido con Anette por una tontería», pienso mientras noto como llegan a la barriga, arrancando mis entrañas. Es curioso, mi vida no pasa por delante de mis ojos, como dicen. Sólo el cielo azul por entre las copas de los árboles, manchado por alguna nubecilla algodonosa.

Ya todo se va volviendo borroso, oscuro.

—Cada vez me da más asco tener que hacer esto —Rick no puede contenerse más, da media vuelta con la intención de correr detrás de unas matas pero al segundo paso se dobla sobre sí y vomita hasta lo que no ha comido.

—A ver si te crees que para los demás es plato de gusto —responde Francine Farrow, cuya tez va tomando un curioso color que podría parecer pálido o verdoso, según desde dónde se mire.

El pequeño grupo, formado por tres hombres y tres mujeres permanece de pie junto a los restos del festín, lo poco que queda de Jim. Hablan en voz queda, como si sus palabras pudiesen quebrar el inquietante silencio que invade el bosque. La más joven de las mujeres llora, al igual que uno de los hombres. Es ella, Anette, la que toma la palabra.

—Era tan encantador y atractivo... no es justo, no lo es.

Lo dice con una especie de rabia resignada. Sabe que no estaba en sus manos ayudar al pobre desgraciado, pero por unas semanas pensó que podrían huir juntos y desaparecer. Deshacerse de todo el horror y la sangre. «Qué ilusa», piensa. Su destino es permanecer sola, nada de parejas o amantes. Los dos ha tenido que entregarlos en sacrificio. Su sacrificio, que a los demás les importa bien poco.

Su madre se acerca y hace amago de abrazarla, si bien al final cambia de opinión. Visto lo visto, puede esperar cualquier cosa de parte de esa hija injusta y egoísta que ha criado.

—Yo diría que estabas bien avisada, hija —añade con un matiz severo en la voz Paulette—. Este hombre estaba marcado desde el primer día que puso el pie en esa casa, y tú lo sabes perfectamente. Especialmente tú, que entregaste a tu marido. Lo de intentar cambiar a Jim por su amiga fue una estupidez por tu parte. Ellos deciden quién debe morir, no nosotros. Yo creo que la casa debe ser destruida de una vez por todas si queremos que todo esto cese. Aquí es donde radica el mal. Invadimos su espacio vital, los expulsamos del que siempre ha sido su territorio. Si los dejamos en paz, confío en que se olvidarán de nosotros. Al menos por una temporada.

—¡Esto no va cesar nunca! —Interviene Joey. Tampoco tiene buena cara. En esta ocasión la sangre le ha salpicado de forma directa, muy directa

—. No se trata de un suceso puntual, mi querida e ingenua Paulette. ¡Parece que eres nueva en el pueblo! Esos animales nos han convertido en su propio ganado y no pararán. Somos su fuente de alimento más cercana. No tienen que esforzarse para obtenerlo. Estamos obligados a pagar este tributo cada cierto tiempo si queremos seguir viviendo aquí. No creo que merezca la pena darle más vueltas.

Ella le devuelve una mirada llena de desprecio. «Qué carga tener que tratar con estos ignorantes», piensa. Pero ella sola no se puede ocupar de todo.

—No son animales, y todos lo sabemos —aduce la doctora, atajando un diálogo estéril que no les va a conducir a ninguna parte, con un tono de voz gélido—. Esos seres han evolucionado por una vía paralela a la nuestra, y tienen tanto derecho como nosotros a reclamar su lugar en el mundo —Francine permanece impertérrita, fría, a pesar de la situación—. Por cierto, Joey, la próxima vez no seas tan cretino de enviar los restos para un análisis de ADN. Me ha costado un montón de llamadas y mover innumerables hilos para hacer desaparecer el rastro de esos análisis. La existencia de una enzima de naturaleza casi humana en la saliva de un supuesto animal puede llamar la atención. Y mucho. Y eso es lo que pretendemos evitar ¿no?

Joey baja la mirada, avergonzado, sin saber qué contestar.

—Podríamos intentar eliminarlos —propuso Rick—. Humanoides o no, no dejan de ser bestias salvajes. No disponen de armamento ni tecnología.

La doctora se giró hacia Rick. Su rostro temblaba de ira.

—¡Estúpido! Crees que con matar a cuatro o cinco de ellos habrás solucionado algo? Hay muchos más. Los hay por todas partes. ¿Qué te hace pensar que este minúsculo pueblo es el único lugar donde habitan? Si no se sabe nada de ellos, es porque en todas partes el secreto está bien guardado. Lo mismo que hacemos nosotros aquí. Son inteligentes y saben cómo asegurar su supervivencia.

Rick sabe que el argumento de la mujer no admite réplica, pero se resiste a darse por vencido tan pronto.

—Pero nosotros somos muchos más. Yo no le veo la complicación. Si nos lo proponemos, podemos deshacernos de ellos.

—¡No seas ingenuo! —responde ella, encarándose con él—. No es una cuestión numérica. Detrás vendrán más, y no podremos ocultarnos en ninguna parte. Los humanos cuidamos de las ovejas y las vacas porque nos conviene. De no ser así, seguramente a estas alturas se habrían extinguido.

Ellos hacen lo mismo con nosotros ¿no lo ves? Piensa en todos los carteles con fotografías de personas desaparecidas. Gente que sale de su casa, que se dirige a hacer la compra, al gimnasio, a llevar o recoger sus hijos al colegio. Personas que no regresan a su hogar. Sin distinción. Ricos y pobres, no importa el sexo, es igual la edad, la religión. «No soportaba la vida que llevaba y decidió cambiarla por otra», solemos escuchar a menudo. Tú, que trabajas en la policía, sabes muy bien cuántas personas desaparecen sin dejar ningún rastro tras de sí cada día. ¿De verdad crees que uno puede esfumarse del mundo sin dejar traza alguna? Inventamos excusas para mantener a raya nuestra conciencia: han sido secuestrados, han sufrido algún accidente y no recuerdan nada... pero desde tiempos remotos, dentro de nuestra mente, el miedo atávico sigue ahí, esperando su oportunidad, el momento de ser liberado. Todos sabemos que existen, que es mejor no mencionar su existencia, no pensar que quizás un día, al volver la esquina, podemos encontrarnos cara a cara con nuestro destino. Por eso no nos gusta la oscuridad, querido. Desde que el hombre tiene conciencia de sí mismo sabe que cuando la luz se apaga, el peligro acecha tras las sombras. El miedo está escondido en nuestros genes.

Rick agacha la mirada y piensa que es mejor no replicar de nuevo. Tampoco va a ganar nada discutiendo con esa mujer. Ella le sostiene la mirada, pero ve que ha salido vencedora, al menos por esta vez.

—Por cierto, Herb —dice Joey, dirigiéndose al hombre, que llora— a ver si en esta ocasión tienes más cuidado cuando recojas todo esto. La vez anterior has estado a punto de hacer que todo salga a la luz, gracias a tu dejadez. No puede quedar ni rastro de lo aquí ocurrido. Así funcionan las cosas y tú lo sabes.

El viejo se ve derrotado. De forma mecánica ha traído todo, como siempre: un saco impermeable grande, el mono de plástico de los que usan en los mataderos para no pringarse, unos guantos y una mascarilla. El pico, la pala... no ha olvidado nada. Solo su vida, rota por el hijo perdido. Y la culpa, esa que le corroe por haber pensado, por mucho que solo fuese durante un milésima de segundo, por qué no se habían llevado al otro hijos, al tonto. Después de ello se lamentó, pero el daño ya estaba hecho en su cabeza: no merecía seguir vivo.

Sorbiendo los mocos y enjugándose las lágrimas, el aludido contesta:

—No contéis conmigo nunca más. El precio ha sido demasiado alto para mí. Lo dejo.

Joey no puede evitar estallar.

—¿Lo dejas? ¿Pero tú qué te has creído que es esto? ¿Un club de póker? Yo también he perdido a mi hija. Y, aunque puedas pensar lo contrario, la quería ¿sabes? La quería mucho —su voz está a punto de quebrarse, pero hace un gran esfuerzo y sigue—. No seas ridículo, no puedes dejarlo. Ya sabes lo que ocurriría. Piensa en tu mujer y tu hijo Noah. Ellos aún viven y te necesitan. Deja de lamentarte y procúrales una buena vida. Aún tienen esa posibilidad.

—El precio ha sido muy elevado para todos —afirma Paulette, pensando en su hija desaparecida, la pobre Mary, hermana menor de Anette. Nadie se atrevía a mencionarla ya. Le dijo a todo el mundo que se había ido con aquel novio hippie que tenía, que había abandonado a su familia y nunca más se había puesto en contacto con ellos. Falso. La idea se le había ocurrido al volver a la camioneta después de entregarla. Pensó que el corazón le iba a estallar de dolor y permaneció largo rato allí sentada sobre el asiento del conductor, con la radio puesta. Jamás olvidará —se trata de uno de esos recuerdos asociados a una desgracia— la canción que sonaba en ese momento: se trataba de «Hazard», de Richard Marx, con aquella otra Mary imaginada.

*...No one understood what I felt for Mary
no one cared until the night she went out walking alone
and never came home ...
Man with a badge came knocking next morning
here was I surrounded by a thousand fingers suddenly
pointed right at me ...
I swear I left her by the river
I swear I left her safe and sound
I need to make it to the river
and leave this old Nebraska town... [\[1\]](#)*

Fue como si, en ese instante en que se creía incapaz de hilar una idea, de repente una luz se hubiera encendido en su cerebro. No había pensado qué iba a contar a todos cuando volviera, pero ya no necesitaba inventar nada. La respuesta la había encontrado allí, en la letra de una sencilla canción rock que estaba de moda entonces.

»En algún momento —sigue—, todos hemos pagado con sangre esta deuda, por eso estamos aquí. Por eso somos responsables de salvaguardar la vida de los que no han de morir. Debemos seguir adelante como hasta ahora. Si esto llega a saberse, será el final para todos nosotros. Y para millones de personas que aún pueden vivir sus vidas, ignorantes de lo que acecha cerca de ellos. Sería el final para nuestra especie. No lo dudéis.

El grupo se disuelve, cada uno vuelve a sus ocupaciones. Paulette intenta, sin mucho éxito, reconfortar a su hija, que tan tontamente se había encaprichado de ese forastero. El sheriff y su ayudante caminan hasta el lindero del bosque y suben al coche patrulla que se desliza en silencio por la pista de tierra que lleva a la carretera. La doctora Fawcett se queda unos segundos junto a Herb. Este abre el saco que ha traído y va tomando los útiles que necesita: el pico, no le llevará mucho esfuerzo ni tiempo abrir una fosa en el suelo blando; la pala para retirar la tierra y rellenarlo todo después de terminar y un bidón de gasolina para incinerarlo todo antes de volver a cubrirlo de tierra.

—¿Necesitas que te eche una mano, Herb? —dice ella.

—No. Vete a casa si quieres. Lo haré yo solo, como de costumbre. Ve tranquila, no es mi primera vez —afirma con ojos enrojecidos.

Ella se da media vuelta y se aleja sin mediar palabra alguna. Solo los golpes del pico y de la pala retumban en la quietud del bosque.

Camarma de Esteruelas, 18 de octubre de 2018

[\[i\]](#) Nadie comprendió lo que yo sentía por Mary. A nadie le importó hasta el día que salió a pasear sola... y no volvió a casa. Unos hombres vinieron al día siguiente con una orden. Allí estaba yo, rodeado por mil dedos que me señalaban. Juro que la dejé cerca del río, juro que estaba sana y salva. Tengo que llegar al río y escapar de este viejo pueblo de Nebraska...